



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

**FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA**

**La Construcción del Sujeto Moderno, su
transición a una Sociedad Postmoderna y los
Sucedáneos en la Modernidad Periférica**

T E S I S

PARA OBTENER EL GRADO DE:
LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA:
JOSÉ MIGUEL VALENCIA MORENO

DIRECTOR:
Mtro. Rogelio Sebastián Salcido González

PUEBLA, PUE., 2014



**BENEMÉRITA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA**
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
COORDINACIÓN DE TITULACIÓN Y EGRESO

IT/003 /2014
Oficio de Impresión
Sociología.

DR. CARLOS ANTONIO MORENO SANCHEZ
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA BENEMERITA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA
P R E S E N T E

En atención al VOTO APROBATORIO emitido por el (los) C.

MTRO. ROGELIO SEBASTIAN SALCIDO GONZALEZ

Respecto del contenido de la tesis profesional presentada por el (la) pasante:

VALENCIA MORENO JOSE MIGUEL

TITULADA: "LA CONSTRUCCION DEL SUJETO MODERNO, SU TRANSICION A UNA
SOCIEDAD POSTMODERNA Y A LOS SUCEDANEOS EN LA MODERNIDAD
PERIFERICA"

Esta coordinación a mi cargo autoriza la impresión y publicación de la misma, en virtud de reunir los requisitos básicos de un trabajo de investigación.

ATENTAMENTE
"PENSAR BIEN PARA VIVIR MEJOR"
H. PUEBLA DE Z., A 26 DE MARZO DE 2014


MTRA. MARÍA DOLORES RAMÍREZ POLO.
COORDINADORA DE TITULACIÓN Y EGRESO



DR. CARLOS MORENO SÁNCHEZ
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE DERECHO
Y CIENCIAS SOCIALES DE LA BENEMÉRITA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

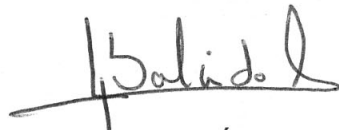
CON ATENCIÓN A LA MTRA. MARÍA DOLORES RAMÍREZ POLO
COORDINADORA DE TITULACIÓN Y EGRESO

PRESENTE.

Por este conducto hago de su conocimiento, en mi carácter de director y revisor de la tesis de licenciatura realizada por el alumno: **JOSÉ MIGUEL VALENCIA MORENO**, matrícula (200332020), que su trabajo de investigación titulado: **“La Construcción del Sujeto Moderno, su transición a una Sociedad Postmoderna y los Sucedáneos en la Modernidad Periférica”**, cumple con los requisitos y exigencias académicas, de acuerdo con el reglamento de la licenciatura. El manejo conceptual y contextual del tema es adecuado y su problematización pertinente; mantiene relevancia sociológica abordando un tema de indiscutible importancia y actualidad. Bajo estas reflexiones es que otorgo el **VOTO APROBATORIO** que avala la forma y el contenido que presenta dicho trabajo.

A T E N T A M E N T E

H. PUEBLA DE Z. 24 DE MARZO DE 2014



MTRO. ROGELIO SEBASTIÁN SALCIDO GONZÁLEZ
CATEDRÁTICO DE LA LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

Ccp. Dr. Gustavo López Ángel: Coordinador de la Licenciatura en sociología
Ccp: Profa. Daniela García Dávila: Presidente de la Academia de Sociología



BENEMÉRITA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

COORDINACIÓN DE TITULACIÓN Y EGRESO

NA/006/2011
DIRECTOR
TESIS
SOCIOLOGIA

MTR. ROGELIO SEBASTIAN SALCIDO GONZALEZ
CATEDRATICO DE LA FACULTAD DE
DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
PRESENTE:

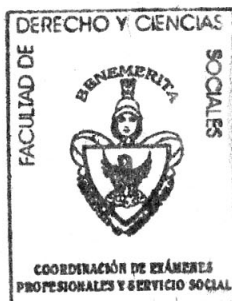
Por este conducto hago de su conocimiento que se le ha designado como director de Tesis del
(la) pasante:

JOSE MIGUEL VALENCIA MORENO

A fin de que se le (s) oriente y asesore en la elaboración de su tesis profesional:

“LA CONSTRUCCION DEL SUJETO MODERNO, SU TRANSICION A UNA SOCIEDAD POSTMODERNA Y A LOS SUCEDANEOS EN LA MODERNIDAD PERIFERICA”.

Así mismo, hago de su conocimiento que el tesista deberá cumplir su investigación en un periodo de tres meses, y de un año como máximo. Es obligatorio entregar cada mes su avance de investigación firmado por su asesor. El voto aprobatorio avalara la forma y contenido de la tesis. De no cumplir con este requisito será cancelado su proyecto todo esto con el fin de autorizar la impresión y publicación de la misma.



ATENTAMENTE
“PENSAR BIEN PARA VIVIR MEJOR”
H. PUEBLA DE Z., A 29 DE AGOSTO DE 2011.

MTRA. LILIA SILVIA VASQUEZ CALDERON
COORDINADORA DE TITULACIÓN Y EGRESO

A LOS BUSCADORES DE LO ABSURDO...

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
INTRODUCCIÓN: ¿Por qué es éste un trabajo sociológico?	7
CAPÍTULO 1	
Sociedad moderna, sujeto moderno	15
1.1 ¿Qué es la modernidad?	15
1.2 Las directrices de la Ilustración	18
1.2.1 Características y rasgos de la «razón ilustrada»	19
1.3 El perfil del sujeto moderno desde la perspectiva de la Ilustración	22
1.3.1 El ciudadano, sujeto político	22
1.3.2 El sujeto libre	23
1.3.3 El sujeto igualitario, una quimera	28
1.3.4 La universalidad y el sujeto universal	29
1.4 El perfil del sujeto moderno en la perspectiva de la burguesía	30
1.4.1 El sujeto de la modernidad capitalista	33
1.5 La otra modernidad: El mundo socialista	37
1.6 El sujeto de la modernidad socialista	41
CAPÍTULO 2	
Homogeneización mundial, heterogeneidad global	45
2.1 Conformación del sistema-mundo-moderno	46
2.2 Estandarización del sujeto	50
2.3 Heterogeneidad global	53
2.4 ¿Qué es la globalización?	57
2.5 Producción en el mundo global	59

CAPÍTULO 3	
Sociedad en transición, modernidad - posmodernidad	65
3.1 De la simulación moderna al cinismo posmoderno	69
3.2 Nihilismo, el traje de la posmodernidad	78
3.3 Los sujetos de la posmodernidad	84
CAPÍTULO 4	
Modernidad periférica, sujeto región IV	89
4.1 La modernidad periférica	96
4.2 Sujeto región IV	97
CAPÍTULO 5	109
Iconos representativos de las distintas modernidades	
CONCLUSIONES	126
REFERENCIAS	129

INTRODUCCIÓN

¿Por qué es éste un trabajo sociológico?

En el transito formativo de nuestra disciplina se nos insiste en comprender de manera certera el objeto de estudio de la misma, siendo éste, en su nivel más abstracto la sociedad y las relaciones sociales que se realizan entre los miembros que la conforman. Touraine (1978) señala que “La sociología sólo existe desde el momento en que las sociedades dejan de verse determinadas por la relación que mantienen con un orden que les es ajeno y son comprendidas en cambio por su historicidad, por su capacidad de producirse.” (p. 14) Esto le da sentido como una ciencia que asume la realidad con objetividad, siguiendo con Touraine, “La sociología consiste en explicar las conductas sociales, no por el conocimiento del autor o por la situación en que éste se encuentra, sino por las relaciones sociales en las que se halla implicado.” (1978:16).

En este orden de ideas, la sociología estudia la sociabilidad que se expresa a través de las relaciones sociales que se producen en cada época histórica, sin perder de vista que la sociología se ocupa de las sociedades modernas; en palabras de Mariano F. Enguita (1998) “...lo hace de sociedades alfabetizadas, metropolitanas, desarrolladas, próximas y pertenecientes a una misma cultura que es la nuestra”. (p. 49)

Siendo de esta manera, el estudio del sujeto desde la perspectiva que nos ocupa, sus rasgos característicos y sus transformaciones en momentos diferenciados del desarrollo de la modernidad y su transición a la postmodernidad, el propósito de este trabajo. Para algunos, este objetivo se prestaría más para un estudio sobre cultura, y por ende de antropología, que de sociología. Sin embargo, a pesar del dominio que ha ejercido la antropología en los estudios sociales con enfoque cultural, no olvidemos, siguiendo a Enguita que “...la antropología se ocupa normalmente de sociedades agrarias, coloniales, primitivas, lejanas y extrañas a

nuestra cultura...” [...] “...porque la antropología se inclina hacia los aspectos simbólicos de la cultura...” (1998: 49)

En este sentido, cabe señalar que éste trabajo, teniendo como propósito aspectos de orden cultural, no se inserta en la perspectiva antropológica porque su temporalidad refiere la época moderna, y lo relevante del aspecto cultural que se aborda, es el estudio de las relaciones sociales que produce. Esto atiende también a lo señalado por Touraine (1978) respecto al estudio de sociedades dueñas de su destino e insertas en su historicidad.

El estudio de la construcción del sujeto moderno busca identificar los rasgos distintivos propios del sujeto de este periodo histórico, contrastándolos con los de etapas anteriores, y cómo estos rasgos derivan de procesos relacionales diferenciados. El desarrollo ulterior de este perfil en sociedades con diferentes características de modernidad, y la transición a la postmodernidad, desde la perspectiva de los cambios relacionales que implicaron la modificación del perfil del sujeto.

No obstante, este trabajo no se reduce a una descripción de estos cambios, si bien se propone una reflexión sobre el tipo de sujeto que se constituye bajo las características de la llamada modernidad, en sí misma ya constituye un esfuerzo de reflexión sociológica, no debemos olvidar que *sin descripción no hay comprensión*. El tema de la modernidad aparece en casi todos los teóricos de la sociología, abordando sus características desde diversas perspectivas teóricas, principios epistemológicos y formaciones sociales relevantes.

En este trabajo se estudia la modernidad desde tres perspectivas: como modelo social de origen ilustrado que define las características distintivas del sujeto moderno, pero en su sentido más abstracto; como etapa histórica, donde las transformaciones de la modernidad se insertan en un intenso proceso social que repercute en el perfil del sujeto definido originalmente, pero conservando los rasgos fundamentales; el tercer corte se posiciona ante el impacto del despliegue de la llamada postmodernidad.

El trabajo refiere los procesos de desarrollo de estas perspectivas y su especificidad en sociedades como la nuestra; la que será asumida como

modernidad periférica. Esta última acepción se relaciona con aspectos como la dependencia y el atraso económico derivados de la implantación del modelo de la modernidad en regiones donde no existían las premisas fundamentales exigidas por esta opción social. Es decir, sociedades industrializadas, fuerza de trabajo proletarizada, inversionistas de capital, y si seguimos a Weber, una ética de orden protestante generalizada. Desde la perspectiva marxista, estas regiones habrían experimentado una «desacumulación originaria de capital».

Históricamente, nos ubicamos en el siglo XIX, pensando estos procesos a partir de la etapa de independencia, cuando nuestros países eran sociedades agrarias, de campesinos y terratenientes, y católicas por excelencia. Veremos cómo la implantación de la modernidad por la vía política, tuvo por resultado el subdesarrollo; el cual que dio lugar a un tipo de sujeto, cuyo perfil resultó una mala copia del perfil del sujeto propio de las sociedades modernas originarias.

Al tratarse de una reproducción de contextos sociales ajenos a estas sociedades, adoptados por encima de lo propio, las consecuencias que resultaron alteraron el modelo original. Refiriendo en particular el asunto del sujeto, encontramos en ésta modernidad periférica rasgos que podríamos entender como sucedáneos del modelo original, y que van a definir lo que trataremos como sujeto región IV.

Para mantener direccionalidad en una línea de investigación tan frágil como la que se pretende en este trabajo, se definió el siguiente problema de investigación:

Identificar los rasgos distintivos del sujeto moderno y sus transformaciones para llegar al sujeto de la modernidad periférica, cuestionando su pertinencia con las transformaciones propias del modelo.

El tema se justifica sociológicamente pues es un aspecto obligado en todas las disciplinas de las ciencias sociales, pero particularmente para la sociología por los alcances que se plantean ante las transformaciones del modelo de la modernidad, desde su aparición hasta el despliegue de la llamada postmodernidad. Percibidas, estas últimas, desde la década de los sesenta a través de visionarios como Daniel Bell y Alain Touraine quienes identificaron en el complejo entramado social de la época, rasgos de un proceso en desarrollo que anticipaba el

advenimiento de una nueva etapa social, la que denominaron provisionalmente como sociedad postindustrial, en razón de una característica expresada en las transformaciones en el modo de producción, aspecto que dado el predominio estructuralista de la época, vendría a ser la evidencia de ulteriores cambios de orden superestructural.

Si bien fueron necesarios veinte años más para que nadie dudara que efectivamente grandes transformaciones se encontraban en acelerado proceso de difusión; hechos como la caída del Muro de Berlín en 1989 y su secuela con la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991, dejaron claro que las transformaciones sociales eran una contundente realidad.

En este orden de cosas, la reorganización de las sociedades y la fenomenología que acarrea la llegada de la postmodernidad, dio pauta para revisar las percepciones conceptuales de la realidad. Así, el carácter estructuralista de los estudios sociales se vio abruptamente cuestionado, abriendo espacios en los que el enfoque predominantemente economicista dejó de ser hegemónico, cediendo su lugar a estudios donde los aspectos relevantes se perfilaban de orden cultural y en la perspectiva de la construcción del sujeto.

No debemos olvidar que la sociología nunca ha sido una disciplina estática, todo lo contrario, al sociologismo durkheimiano le siguió el individualismo metodológico de Weber. La influencia marxista se expresó en corrientes estructuralistas y críticas. Los trabajos de Parsons encauzaron a un estructural funcionalismo y al enfoque sistémico. Recordemos también que desde la década de los cincuenta se trabajaron los enfoques microsociológicos, desde la fenomenología de Alfred Schütz de influencia hurseliana, el interaccionismo simbólico de Blumer, la etnometodología de Garfinkel, y el enfoque dramaturgico de Erving Goffman, sin olvidar que el precursor de la microsociología viene a ser en realidad Georg Simmel.

La posibilidad de la posmodernidad marcó su influencia en los trabajos sociológicos, abriéndose una nueva coyuntura para revisar sus enfoques. Se empezó a hablar de accionalismos, postestructuralismo, estudios postcoloniales, entre otros enfoques.

Este trabajo no responde estrictamente a algún enfoque en particular, tratando de hacer un esfuerzo intelectual por no perder el hilo sociológico, podríamos hablar de sociología de la cultura, en la línea de un constructivismo sociocultural. Para no caer en un sesgo obvio, se busca combinar lo histórico con lo subjetivo al reconstruir desde la perspectiva de un modelo social las etapas de conformación y transformación del perfil del sujeto así como las relaciones sociales derivadas de estos procesos.

Para dar seguimiento a estos planteamientos se propuso el siguiente razonamiento hipotético:

La construcción del sujeto moderno, producto de la implantación de un modelo social, en un contexto determinado, presenta resultados que difieren de la perspectiva del mismo modelo, al desarrollarse en espacios ajenos a los requeridos por el modelo original.

Esta investigación pretende ser una reflexión teórica que se desarrolla a través de una perspectiva sociocultural que permitirá organizar en torno a un eje temático, –la modernidad- diferentes aspectos que problematizan la construcción del sujeto en este tipo de sociedad. Aunque se parte de un modelo abstracto, las observaciones sobre el sujeto se sustentan en criterios de verdad determinados por la práctica social, inserta en una realidad histórica, la que se constituye en diferentes contextos.

El diseño de la investigación partió del principio de que las teorías sobre la modernidad constituyen un proceso dinámico que debe ser problematizado, es decir, no se asumieron como un hecho *dado* e incuestionable –estructurado- y por lo tanto inamovible, sino como algo *dándose* y en constante cambio, como una cuestión para tomar conciencia de su naturaleza, esto nos permitió encontrar diferentes significados acerca del sujeto que transitó diferentes etapas de la modernidad.

Finalmente podemos afirmar que la sociología actual debe ser consecuente con la conformación de nuevos fenómenos sociales, mismos que van más allá de los conocidos como objeto tradicional de la sociología. Es abundante la tarea por realizar y los que decidimos ser parte de una nueva orientación somos quienes

deben empezar a perder el miedo a temas no obviamente sociológicos, sino aventurarse a descubrir en esta compleja fenomenología las relaciones sociales que se están conformando, así como señalar los cambios en las existentes y ubicar las que han dejado de tener vigencia, a fin de mantener una visión congruente con la disciplina a la que nos hemos adscrito.

Los objetivos específicos que se definieron para el desarrollo del capitulado fueron:

- a) Describir el modelo social de la modernidad ilustrada y su perfil de sujeto moderno.
- b) Contrastar los procesos de homogeneización mundial y heterogeneización global como dos momentos relevantes de la modernidad y sus repercusiones en las transformaciones del sujeto moderno.
- c) Identificar los aspectos relevantes de una sociedad en transición de la modernidad a una postmodernidad posible.
- d) Obtener argumentos para sustentar una conceptualización de modernidad periférica y su perfil de sujeto región IV.
- e) Recopilar iconos que permitan representar el sujeto típico de las diferentes modernidades.

Estos objetivos fueron desarrollados en un proceso de reconstrucción histórica de los contextos a través de los cuales se fue desplegando la modernidad capitalista enfatizando los momentos de cambio y transición que influyeron en las modificaciones del perfil del sujeto construido en la modernidad.

Los resultados que aquí se presentan significan un doble esfuerzo por parte del autor y el director del trabajo, que requirió una inversión mayor de tiempo del programado originalmente dada la complejidad en que se vio envuelto el trabajo y a la imposibilidad de seguir en el círculo hermenéutico de interpretación en que se insertó la reflexión.

Este es un trabajo con muchas omisiones, pero despierta también muchas inquietudes respecto a cómo es posible que el sociólogo perciba la realidad social.

Por último pido disculpas adelantadas por las controversias que se levantaran debido el enfoque final de la tesis, en cuanto a presentar a través de imágenes, que

algunos interpretaran como agresivas, las mutaciones del sujeto moderno y los sucedáneos periféricos.

No se pretende desvalorizar la realidad social que produce estos resultados, se busca problematizar los efectos de un *habitus* impuesto por los grupos de clase que dominan el desarrollo social. No se trata de burlarse simplemente de esta realidad, ya que uno mismo se encuentra inserto en ella, incluso este trabajo puede que a muchos les parezca una caricatura mal hecha, y puede ser cierto, pero tampoco renunciaré a criticar la cultura que nos mantiene en el estatus de sociedad periférica y de sujetos región IV.

Febrero de 2014

Capítulo 1. Sociedad moderna, sujeto moderno

El debate en torno al significado de la «modernidad» es un aspecto que aparece de manera recurrente en los trabajos de muchos pensadores de las ciencias sociales; tanto los clásicos, como los contemporáneos, y los que aún siguen produciendo teoría, se han preocupado por comprender e interpretar las distintas expresiones y características de este período histórico. Para tratar de entender lo que denominaremos «sujeto moderno», necesitamos tener claro, al menos, los principios fundamentales que caracterizaron la modernidad

1.1 ¿Qué es la modernidad?

Muchos pensadores entienden por modernidad a un largo periodo histórico que define una nueva visión del mundo cuyo eje central lo constituyó la sociedad y su organización; otros limitan este periodo al Renacimiento, aunque esto reduce significativamente su historia, ya que encontramos gente que se consideraba moderna desde el siglo XII, como en Francia a fines del siglo XVII.¹

Su cobertura abarca los ámbitos más significativos de la vida humana: la economía, la política, la cultura, la religión y, [...] las formas posibles de conocimiento y difusión social del mismo: educación formativa y aprendizajes funcionales específicos. Signada por la racionalidad (Weber), la modernidad (si bien como señala Habermas no puede ser mecánicamente fijada en un sólo momento histórico), se prefigura para nosotros como síntesis precipitada por los acontecimientos de la praxis social, perfilada ya desde el siglo XIII, y manifiesta objetivamente en las postrimerías de siglo XV. Se expresa como totalización en

¹ "La palabra «moderno» en su forma latina «modernus» se utilizó por primera vez en el siglo V a fin de distinguir el presente, que se había vuelto oficialmente cristiano, del pasado romano y pagano. El término «moderno», con un contenido diverso, expresa una y otra vez la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, la antigüedad, a fin de considerarse a sí misma como el resultado de una transición de lo antiguo lo nuevo. [...] Es decir, que el término «moderno» apareció y reapareció en Europa exactamente en aquellos periodos en los que se formó la conciencia de una nueva época a través de una relación renovada con los antiguos y, además, siempre que la antigüedad se consideraba como un modelo a recuperar a través de alguna clase de imitación". (Habermas, citado en Hoyos, 1992: 20)

el decurso del siglo XVI y XVII, hasta su entronización en el siglo XVIII. (Hoyos, 1992: 20)

De acuerdo con A. Touraine, la modernidad se instaura con el triunfo de las “revoluciones que crearon los estados nacionales, en primer lugar en los Países Bajos e Inglaterra, luego en Francia y los Estados Unidos, más tarde en la América española y portuguesa y finalmente en Europa central y otras partes del mundo.” (2003: 135)

La definición claramente política y social de este proceso, puso énfasis en la creación de instituciones, las cuales giraron en torno a dos ideas divergentes pero fundamentales para la nueva sociedad en construcción: la racionalidad y el individualismo. El establecimiento de la razón como elemento ordenador del caos heredado del régimen antiguo, transformó el mundo antiguo en moderno, alcanzando su punto álgido en el siglo XVIII con la Revolución Francesa, la que difundió la idea del progreso, como la idea central del nuevo mundo.

La modernidad, señala Touraine “...en su forma más ambiciosa, fue la afirmación de que el hombre es lo que hace y que, por lo tanto, debe existir una correspondencia cada vez más estrecha entre la producción –cada vez más eficaz por la ciencia, la tecnología o la administración-, la organización de la sociedad mediante la ley y la vida personal, animada por el interés, pero también por la voluntad de liberarse de todas las coacciones.” (2006: 9) Esto tenía un sustento en lo que afirmaba el triunfo de la razón sobre el pensamiento religioso y metafísico. Siguiendo con Touraine “Es la razón la que anima la ciencia y sus aplicaciones; es también la que dispone la adaptación de la vida social a las necesidades individuales o colectivas; y es la razón, finalmente, la que reemplaza la arbitrariedad y la violencia por el estado de derecho y por el mercado.” (2006: 9)

Esta idea de la modernidad con base en la razón se debe en mucho a la influencia francesa, la que también difundió el ideario ilustrado como fundamento del proceso de consolidación de la instauración de la modernidad en Europa. Al ser la razón y la concepción ilustrada la base de la modernidad, se identifica el actor social presentando la unidad entre la razón, la voluntad y la defensa de la libertad, a través de sus obras y su producción. Este formato se va a constituir en la

concepción filosófica clásica de la modernidad, a la que se unirán de manera inmediata los aspectos económicos derivados de la producción capitalista industrial.

Sin embargo, reiteramos que el aspecto que resulta fundamental y característico de la modernidad, será el político, cuyas propuestas se difundirán en la organización de la nueva sociedad como una sociedad democrática y cada vez más secular. El nacimiento del Estado-Nación, primer Estado Público, asumido como una organización jurídico-política, traerá consigo la difusión del Liberalismo, cuyo ideario constituyó la base y el soporte de los sistemas políticos creados por las revoluciones burguesas. El Estado Liberal debía garantizar, a través de las leyes, el ejercicio de las libertades individuales y dar al ciudadano garantías ante los poderes públicos. Los liberales deseaban un Estado que respetara las libertades y que hiciera aplicar una ley igual para todos. En este sentido, la modernidad asume la filosofía política liberal como la garantía de la libertad del individuo, justificación fundamental de la sociedad política, cuyo titular último del poder sería el pueblo.

Para Touraine “La concepción clásica de la modernidad es, pues, ante todo la construcción de una imagen racionalista del mundo que integra el hombre en la naturaleza, el microcosmos en el macrocosmos, y que rechaza todas las formas de dualismo del cuerpo y el alma, del mundo humano y el mundo trascendente.” (2006: 35) Señalando que “El triunfo de la modernidad supone la supresión de los principios eternos, la eliminación de todas las esencias y de esas identidades artificiales que son el yo y las culturas en beneficio de un conocimiento científico...” (2006: 36 – 37). Y termina afirmando que “El ideal consiste en que el hombre sea un ciudadano y que las virtudes privadas concurren al bien común.” (p. 37)

Tenemos aquí, pues, un primer esbozo del perfil del sujeto moderno; gobernado por la razón y el interés, el ciudadano libre que concilia el interés individual y el bien común sujeto a las leyes que constituyen el instrumento de la igualdad y la voluntad general, individuo que tiene vida privada y social al mismo tiempo, que es libre y tiene límites, aquellos donde encuentra fundamento la libertad de los demás. Este perfil es la representación de una modernidad delineada por el ideario ilustrado, la cual fue subvertida casi desde su misma instauración, y que nos marca la pauta, no de una idea homogénea de modernidad, sino de una diversidad

de acepciones que también significan la multiplicación de las posibilidades de la idea de un sujeto moderno.

1.2 Las directrices de la Ilustración.

Se conoce como Ilustración a la etapa histórica que constituyó un movimiento de orden intelectual en la Europa de fines del siglo XVII y todo el siglo XVIII, este último conocido como el Siglo de las Luces, -haciendo referencia a otra de las denominaciones de la Ilustración, el *Iluminismo*, pues sus más representativos pensadores sostenían que la luz de sus obras terminarían despejando la oscuridad y las tinieblas impuestas por el dominio de siglos de la iglesia católica en la Edad Media- hasta el estallido de las revoluciones americana y francesa.

En este sentido, la Ilustración reúne bajo una consigna a todos los grandes pensadores europeos, la consigna de la *razón*, a través de la cual se privilegiaban el conocimiento y la ciencia como explicación de la vida, abandonando el orden sustentado en la idea de Dios, e instaurando el orden de los hombres.

“Desde Lisboa hasta los Urales, Europa experimentó durante ella -la Ilustración- una transformación de mentalidad de ideas, creencias y comportamientos cuya consolidación daría luz al mundo moderno.” (Giner, 2008: 313)

Los pensadores ilustrados herederos de los grandes hombres del Renacimiento y de las transformaciones impulsadas por la Revolución Científica², resumidas en las ideas de Descartes, Galileo y Newton, desarrollaron la idea del conocimiento racional como fundamento de todos los ámbitos de la cultura: la filosofía, la política, la economía, las ciencias, la técnica, el arte y la religión, reemplazando casi por completo el paradigma tradicional medieval por el que será denominado modernidad.

² Por revolución científica se denomina habitualmente el periodo comprendido entre 1500 y 1700 durante el cual se establecen los fundamentos conceptuales e institucionales de la ciencia moderna. El elemento central de la Revolución Científica es el abandono de la visión cosmogónica de que la Tierra era el centro del Universo (sistema geocéntrico de Ptolomeo) y de la física aristotélica, por una en la que los planetas se mueven en torno al Sol (sistema heliocéntrico), una idea que, aunque también habían considerado algunos antiguos (Aristarco), fue introducida con detalle por Nicolás Copérnico. En línea: <http://www.monografias.com/trabajos14/revolucion-cientifica/revolucion-cientifica.shtml> consulta del 15 de agosto de 2011.

Siendo la razón el concepto central del ideario ilustrado, y siendo ésta una cualidad producida por el ser humano, será también la principal característica del sujeto moderno, un ser racional, que a diferencia del hombre antiguo y medieval que no era dueño de su propio destino, y se encontraba incapacitado para usar su inteligencia de manera autónoma, se desprendía –de acuerdo con Kant- de su inmadurez causada por él mismo, para pasar a transitar “el terreno de la secularización, el triunfo de la ciencia y la entronización del racionalismo”. (Giner, 2008: 313)

1.2.1 Características y rasgos de la «razón ilustrada»

Si bien la razón es una capacidad humana que existe desde que aparece el «Homo Sapiens», no siempre ha sido utilizada por los humanos de manera consciente como factor de desarrollo de su propio ser, dejando en muchos periodos de lado esta posibilidad a merced de fuerzas que operan más allá de ella. En este sentido se afirma que el «espíritu ilustrado» asume la razón como su característica principal destacando los siguientes rasgos:³

Autonomía de la razón. Lo que le permitirá servirse de su propio entendimiento sin depender de otro para dirigir sus acciones. Kant resumía la actitud del intelectual ilustrado de la siguiente forma: «La Ilustración consiste en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la ayuda y dirección de otro. Uno mismo es culpable de la minoría de edad, cuando la causa de ella no yace en un efecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y de ánimo para servirse con independencia de él, sin la ayuda de otros. *Separade aude*: Ten valor de usar tu propio entendimiento».

³ Las citas provienen de *Historia de la Filosofía*, tema7, Documento en línea <http://www.liceus.com/cgi-bin/ac/pu/Kantcou.asp> consultado el 22 julio de 2011

He aquí la premisa de la Ilustración. Este carácter autónomo de la razón, expresado en la época ilustrada manifiesta una confianza en la capacidad de razonamiento como fuerza para proceder con independencia y sujeta únicamente a los límites que le imponga su propia conciencia.

Los límites de la razón. Señalábamos que la razón es una capacidad de todos los humanos independientemente de cada cultura, época y sociedad, sin embargo, las creencias y la ignorancia han impuesto limitaciones a las cuales la razón ha sido sujeta en distintas épocas y contextos.

Carácter "crítico" de la razón. El uso consciente de la razón da pauta al desarrollo criterial, este a su vez desata todo el poder de la misma, pudiendo identificar los factores que le imponen restricciones y restan autonomía, como los prejuicios, las tradiciones que la atan al pasado como imposición de otros que habiendo dejado de ser legítimos siguen ostentando poder sustentados en la superstición y la idolatría a dioses y divinidades fetichizadas.

De esta manera en la Ilustración predominó un espíritu crítico, el cual adoptó planteamientos de orden científico respecto de temas reservados hasta entonces a la exclusiva creencia de la fe religiosa, a su vez éste fue condicionado por la influencia de dos corrientes filosóficas aparecidas en el siglo XVII: el empirismo británico y la filosofía racionalista. Resumiendo, estas dos corrientes filosóficas constituyeron la síntesis teórica de la Ilustración. Su difusión se debió básicamente a dos pensadores franceses: Montesquieu (1689-1775), y Voltaire (1694-1778) cuyas obras se hicieron representativas de las nuevas ideas, por sus críticas contra la autoridad y la Iglesia.

Carácter analítico de la razón. Uno de los rasgos que asume la razón a partir de la Ilustración es su carácter analítico, lo que le permite interpretar al mundo y ejercer la crítica, basándose en aspectos metódicos como la deducción, dando lugar a la llamada concepción racionalista de la razón caracterizada por la capacidad de adquirir conocimiento de las experiencias y la empírea, de la cuál buscará sus leyes y patrones de comportamiento.

Secularización de la razón. Para la Ilustración la razón tenía que ser secularizada, pues para pensadores como Descartes y Locke la razón poseía un fundamento teológico que daba cuenta de un Dios bueno y veraz, por ello la razón tenía que desprenderse de su uso trascendente que reducía las verdades racionales a contenidos de fe.

La razón secularizada reinterpreta y modifica estas cuestiones, pero las mantiene. Frente al teocentrismo, «fisiocentrismo»: la naturaleza constituye el centro y punto de referencia. Se pasa ahora a tener fe en lo natural. Frente al «providencialismo divino», se cree ahora en el progreso continuo e ilimitado de la razón y de la sociedad humana. Y frente a la redención sobrenatural, se confía más en la redención que el mismo hombre debe procurarse mediante su trabajo y esfuerzo por vencer las circunstancias desfavorables de la historia. La historia y la sociedad aparecen ahora como el marco y horizonte de salvación.

De esta manera, la vida intelectual europea del siglo XVIII se vio marcada por la aparición de la secularización, que caracterizó desde entonces la mentalidad occidental moderna.

El ideario Ilustrado, desarrollado por las mentes más brillantes de la época quedó plasmado en una obra que sería a través de los tiempos uno de los más fieles representantes de esta etapa histórica, la Enciclopedia Francesa (1751-1766), esta magna obra fue producto del esfuerzo de más de un centenar de colaboradores bajo la dirección de Diderot y D'Alambert. La Enciclopedia resume los aspectos más relevantes de la Ilustración: su carácter antirreligioso y el rechazo a las tradiciones del oscurantismo, la fe en el progreso y la ciencia y el predominio de la razón como única vía para llegar a la verdad de las cosas.

Los hombres de la Ilustración dieron nuevas explicaciones de la naturaleza y el mundo, ahora basados en el raciocinio y la ciencia, crearon la astronomía basada en la observación de los astros; crearon la geometría analítica y buscaron las leyes que rigen el universo. Acabaron con las verdades absolutas, todo quedó bajo la duda y sometido a la razón, se cuestionaron las viejas instituciones como la iglesia y las costumbres de la sociedad feudal, dando una nueva visión al mundo, donde

los hombres se posicionaron como el eje de todo acontecimiento sustentados en la voluntad y la razón.

1.3 El perfil del sujeto moderno desde la perspectiva de la Ilustración.

Las transformaciones que experimentó la sociedad en el proceso de conformación de la modernidad fueron verdaderamente radicales respecto al período que abandonaba, el oscurantismo que caracterizó a la Edad Media mantuvo por un largo tiempo sometida a la razón y sus posibilidades de autogestión, de hecho no había expectativas para el sujeto común, pues éste existía tan sólo para una supervivencia que lo mantenía casi en el mismo nivel de cualquier otro animal no racional.

Fue la Ilustración la que sentó las bases para dar al sujeto un perfil propio, pues fue hasta entonces que el despertar de la razón permitió crear nuevas condiciones sociales proclives a que todos los miembros de la sociedad pudiesen tener las mismas posibilidades de desarrollo, como veremos enseguida los principios que sostuvo el ideario ilustrado constituyeron el sustento del perfil del sujeto moderno.

1.3.1 El ciudadano, sujeto político

Sin duda una de las primeras expresiones concretas de la influencia del ideario ilustrado en la Revolución Francesa fue abanderar el establecimiento de los derechos para todos los miembros de la sociedad a través de la instauración del Estado público. "...*citoyen* frente a *súbdito*. Los súbditos dejan de depender del rey y se convierten en hombres con derechos, en ciudadanos y «entre todos forman el sustrato social desde el que emergerá el único poder con suficiente legitimación...». La ciudadanía es una conquista social y política. Pues, como miembros de un estado, además de la condición de nacionales, tienen la consideración de ciudadanos." (Allegue, s/f)

Estos derechos quedaron consagrados en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* del 26 de agosto de 1789. Para T. H. Marshall (1998, citado en Allegue s/f: 37) "ciudadanía es un *estatus* que se concede a los miembros

de pleno derecho de una comunidad”, en este sentido el vocablo hace referencia a una condición de los miembros de la comunidad, el tener derechos y deberes, pero también alude al conjunto de ciudadanos que conforman una nación, es decir ciudadanía puede significar nacionalidad. “En la modernidad los teóricos del derecho natural entienden los derechos de la ciudadanía como derechos naturales e universales, que corresponden por ser miembros de una comunidad política.” (Allegue, s/f) Lo que de acuerdo con Ferrajoli el “«universo» jurídico-positivo de los derechos del «hombre» coinciden con el ordenamiento interno del Estado...” (Ferrajoli, 1996 en Allegue s/f: 37)

Aunque el concepto de ciudadano y su origen histórico dio lugar a una percepción del sujeto político que implica derechos y pertenencia territorial, es un principio con muchas fallas ya que su característica inherente a la nacionalidad establece que los derechos y los deberes son para el conjunto de ciudadanos que conforman una nación en específico. Esto implica exclusión la que se expresó históricamente de acuerdo con Lucas (1992) en tres principales expresiones: “de género, porque han quedado fuera las mujeres; de clase, porque no votaran los censados, por tanto, los propietarios, excluyendo a los asalariados; por último, de pertenencia, porque no contempla a los extranjeros o barbaros, ya que no forman parte del territorio, llamado nación o nación-estado”. (Lucas, 1992. en Allegue s/f: 40) “...porque derechos no pueden ser más que los que los distintos ordenamientos establecen en cada lugar y en cada época, contribuye también esta perspectiva a comprender las condiciones económicas, políticas y sociales de su garantía”. (Ferrajoli, 1996 en Allegue s/f: 40)

1.3.2 El sujeto libre

Después de varios siglos de oscurantismo, germina la aspiración a la libertad, pues es prácticamente imposible ubicar algún periodo plenamente definido en el cual haya existido la libertad para todos los miembros de una sociedad, ni en las sociedades arcaicas ni en la Antigüedad del mundo occidental, tampoco en la Edad Media esta posibilidad benefició a las mayorías sociales. La libertad al instaurarse como aspiración social, se constituyó en una bandera de lucha para todos,

particularmente para aquellos que habían sido sometidos y dominados por los poderosos.

La idea de una vida libre se constituyó como la parte más importante del ideario ilustrado, pues asumía una sociedad compuesta por individuos y no por clases, o estamentos privilegiados, erigiendo como doctrina la defensa de la libertad individual. Libertad, que se definía como la ausencia de sometimiento a otros, era un bien en sí mismo en todos los campos: civil, religioso, político y económico. La nueva ideología defendía la libertad de comprar, vender, contratar o establecerse, sin otros límites que el propio deseo y el respeto a la libertad de los otros. En teoría, este principio no podría ser limitado por ningún tipo de autoridad, política o espiritual. Se proclamaba el derecho de libre reunión, y asociación, a la abierta expresión de las ideas, a la manifestación y a la libertad de prensa. Se defendía la libertad de pensamiento y todo intento de limitar la libertad de conciencia y de creencias era firmemente rechazado a tal grado que la libertad del individuo quedó garantizada, ante cualquier abuso, por un conjunto de derechos reguladores; integridad personal y familiar, libertad religiosa y de industria, protección de la propiedad.

“De este modo, la voluntad de los individuos y de las comunidades se ha emancipado de antiguas tutelas. Esto no quiere decir, sin embargo, que pueda hacer lo que quiera. Una libertad ilimitada supondría una total infirmitad y la consiguiente pérdida de la condición humana. Así, pues, los ilustrados no sólo reflexionarán y lucharán por conquistar un mayor grado de autonomía, sino que también buscarán nuevos límites, nuevos medios de regulación, que serán, de un lado, el humanismo, entendido como finalidad humana de nuestros actos, y, del otro, la universalidad, entendida como fundamento de todos los derechos.”
(Castany, 2010)

El ejercicio de la libertad individual supone el camino ideal para el bienestar colectivo pues cada individuo al ser responsable de sus actos deberá respetar los derechos de sus semejantes. De esta manera se beneficia la convivencia social, pues todos los hombres nacen libres e iguales ante la ley, lo que permite controlar las relaciones entre los individuos al ser regidas por una norma nacional, la

Constitución, que garantizará los derechos toda la sociedad, la cual se ira construyendo de manera positiva, mejorando día a día.

Un derecho relevante de tipo social, fue la libertad de prensa, principio en todos los movimientos revolucionarios, porque este permitió a los partidos convocar a los ciudadanos ante varias opciones políticas. Estas ideas dieron lugar a una corriente de pensamiento que subsiste hasta nuestros días el Liberalismo.

El liberalismo es una filosofía política orientada hacia la salvaguardia de la libertad del individuo, justificación última de la sociedad política. Esta libertad individual no puede depender de la decisión exclusiva del rey, que tendría la facultad de revocarla; el titular último del poder es el pueblo. El poder popular, o la soberanía nacional, que es la expresión utilizada, implica la limitación de las facultades de los reyes, mediante constituciones, en las cuales se consignan las garantías de los ciudadanos y la división de los poderes, que nunca deben estar concentrados.⁴

Esta corriente se conformó como doctrina política a partir de las transformaciones ideológicas y políticas que se habían desarrollado en Europa y América a finales del siglo XVII y el fin del Imperio napoleónico (1815). En resumen, se denominó Liberalismo al conjunto de ideas que fueron el sustento de los sistemas políticos conformados a partir de las revoluciones liberal – burguesas. Como corriente filosófica se conforma por dos importantes vertientes el Liberalismo social y el económico. La base del liberalismo social fue la conquista de la libertad del individuo y a partir de esta la participación en la vida política, por su parte el liberalismo económico cuya divisa fundamental fue el *Laissez Faire*, constituyó la base de la economía capitalista, perspectiva que dominó por encima del ideario social.

Respecto a la primera tendencia, se puede afirmar que el liberalismo fue la resultante política de la Ilustración más acabada, pues las grandes decisiones pasaron a ser debatidas por representantes elegidos por el voto libre de los ciudadanos agrupados en partidos, a través de los cuales se manifestaban las diversas corrientes de la vida política —reaccionarios, moderados, independientes,

⁴ (El Liberalismo, en URL: http://www.portalplanetasedna.com.ar/liberalismo_politico.htm consultado el 30 de septiembre de 2011.

revolucionarios— que perfilan la vida política en un juego de tensiones, propaganda y sucesión de programas y gestiones de gobierno.

Benjamín Constant, en su obra *De la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos*, nos da uno de los resúmenes más claros de lo que es el liberalismo político: *“La libertad es el derecho que cada uno tiene a estar sometido sólo a las leyes, de no ser detenido, encarcelado ni condenado a muerte o molestado, en cualquier forma que sea, por el capricho de uno o más individuos. Es el derecho que todos tienen a expresar su opinión, a seguir sus inclinaciones, a trasladarse de un lugar a otro, a asociarse. Es, finalmente, el derecho a influir sobre la marcha del Estado, bien sea nombrando todos o parte de los funcionarios, bien aconsejando o preguntando, o mediante las peticiones que la autoridad esté más o menos en la obligación de tomar en consideración”*.⁵

Por su parte el liberalismo económico surge de una premisa, restringir el poder al campo estricto de la política, al postular la no intervención en las actividades económicas por parte de los grupos aspirantes al poder político. En esta perspectiva la economía se constituía como asunto estrictamente privado, haciendo abstracción de las implicaciones que esto significaba, es decir sin considerar el impacto social que esto conllevaba, lo cual significó finalmente una alianza del poder político con los grupos de poder económico, al garantizarles el principio de libertad con el principio «Dejar hacer, dejar pasar», divisa de la *libre concurrencia* en economía. Bajo estas premisas se denominó Capitalismo Liberal al formato asumido por la economía capitalista en esta primera etapa, caracterizada en resumen por la no intervención del estado en la economía. Otra variable que concurre en la preeminencia del liberalismo económico fue la controversia con las teorías mercantilistas que sustentaban la regulación por parte del estado como fundamento de este tipo de economía.

Ante esta contradicción surgida por la alianza del liberalismo con el poder económico se acuñaron nuevas condiciones que dieron lugar a otras ideologías

⁵ El Liberalismo, en URL: http://www.portalplanetasedna.com.ar/liberalismo_politico.htm consultado el 30 de septiembre de 2011.

revolucionarias que fueron asumidas como bandera de lucha de las causas sociales, pasando a ser la ideología de la clase dominante, la burguesía, y por tanto transformarse en una ideología de orden conservador.

El fundador del liberalismo económico e iniciador del período de los llamados economistas clásicos fue *Adam Smith* (1723 – 1790), con su obra *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* (1776). El propósito de Smith, como el de los fisiócratas y los mercantilistas, era indagar el origen del enriquecimiento del estado, pero concluye que es condición previa que se genere la riqueza individual, lo que asienta en su obra de esta manera: “Cuando uno trabaja para sí mismo sirve a la sociedad con más eficacia que si trabaja para el interés social” lo que terminaba siendo una apología del interés particular sobre el interés general.

El predominio del Capitalismo Liberal y su doctrina de la libre concurrencia fueron la característica de las actividades económicas de la primera fase de la modernidad, lo que fue también una de las principales influencias en la configuración del perfil del sujeto moderno. Como hombre libre, este sujeto comparte los principios del liberalismo, la glorificación de la libertad en todas sus expresiones, entre las cuales se perfiló también el trabajador libre o fuerza de trabajo libre, que se compra y vende en los mercados como una mercancía más, de esta manera el trabajo se reguló como libre acuerdo entre obreros y patrones. El papel del Estado se reduce entonces a defender la libertad de una actividad económica autónoma de cualquier regulación política. Para expresarlo en términos más modernos, el Estado se debería limitar a mantener el orden y hacer cumplir los contratos que las partes acuerden libremente. Todo lo demás debería quedar librado a las leyes de la economía.

Además de su contenido político o económico, las ideas liberales se plasmaron también en un modo de entender la sociedad y en una actitud hacia las personas y las relaciones sociales. Así, en nombre de la razón y del derecho de todo hombre a vivir libre, se establece la característica fundamental del perfil del sujeto moderno, un sujeto libre, característica que pronto va a mostrar sus limitaciones reales ante un orden social de dominación y control, de clases sociales y trabajo enajenado. El

perfil libertario va a subsistir a través de todo el periodo moderno como la ideología del mundo capitalista, el «mundo libre».

1.3.3 El sujeto igualitario, una quimera

La igualdad se constituyó en el principio, después de la libertad, más anhelado por los promotores de la modernidad, sin embargo cuando los ilustrados citan la igualdad, no se refieren a la igualdad económica, sino a la política y legal: igualdad ante la ley, lo cual tampoco ha sido nunca una realidad. “La igualdad de todos los hombres y todas la mujeres debe ser una igualdad en derechos como proclaman las declaraciones universales y si esta igualdad no existe en *droits*, estamos considerando a ese otro/a como desigual” (Allegue, s/f: 40)

En este encuadre se inserta la idea de *búsqueda de la felicidad*, considerando que la Naturaleza creó al hombre para que sea feliz. Pero desde la perspectiva burguesa, esta felicidad para que sea auténtica debe basarse en la propiedad privada, la libertad y la igualdad. No olvidemos que incluso esta divisa figurará en la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

El principio de igualdad partía de la creencia en la bondad natural del hombre, por ello el sujeto moderno del siglo XVIII emergido de los principios ilustrados era un sujeto optimista pues, si el hombre es bueno, todo lo que hace es perfecto y no duda de su constante perfectibilidad, lo que supone la evolución progresiva de la humanidad y por ende el alcance de la igualdad de toda la humanidad, referida como un estadio social perfecto. Esta fe constante en el poder de la razón humana dio lugar a la creencia de un progreso ilimitado, expresión que terminó constituyéndose en un dogma para encubrir la inalcanzable igualdad de toda la humanidad. Aunque es necesario recordar que no todos los pensadores ilustrados comulgaban con este optimismo, si bien autores como Turgot, Voltaire, D’Alembert, o Condorcet sostenían esta postura, otros como Hume y Mendelssohn no compartían la fe en el avance de la humanidad a la perfección.

Tampoco Rousseau coincidía plenamente con la idea de fe ciega en el progreso, para él la idea de hacerse mejor y mejorar al mundo era un proceso de perfectibilidad que podía ser o no en la realidad. “En su Discurso sobre el origen de

la desigualdad (1755), Rousseau afirmará que «el bien y el mal surgen de la misma fuente», esto es, que es privativo del hombre gozar de cierta libertad, que le permite transformarse y cambiar el mundo, y esa libertad le lleva a hacer tanto el bien como el mal. «De ahí se sigue que toda esperanza en el progreso lineal es vana» y que «la aspiración a la perfectibilidad no implica fe en el progreso.»” (Castany, 2010)

Así como la ciudadanía se constituye en un estatus excluyente, para los no ciudadanos, dado que en el surgimiento de la modernidad, tanto las mujeres, como los esclavos y los extranjeros no alcanzaban este estatus, pues no poseían los mismos derechos, lo que en la práctica se traducía en desigualdad y discriminación para los otros, lo que a su vez contradecía el principio de universalidad.

“Igualdad y libertad están íntimamente relacionadas, son interdependientes. Sin embargo, condición previa para la adquisición del estatus de ciudadanía en nuestras sociedades es la de pertenecer al grupo que constituye con sus características la organización política.” (Allegue, s/f: 40)

1.3.4 La universalidad y el sujeto universal

Este principio de la Ilustración engloba varios de sus principales postulados al darles sustento, como es el caso de la igualdad, esta sólo es pensable si la sociedad considera que *todos* sus miembros deben compartir los mismos derechos y por lo tanto las mismas obligaciones. La naturaleza de este principio es muy abstracta por lo que funciona solo en una percepción de las cosas muy general. “«Si todos los seres humanos poseen una serie de derechos idénticos, de ahí se sigue que el derecho es el mismo para todos.» Esto da lugar a luchas por derechos que siguen hasta nuestros días.” (Castany, 2010)

El principio de Libertad se encuentra también en relación con la universalidad pues esta “...afirma, recogiendo la herencia del derecho natural que se formuló en los siglos XVII y XVIII, que todos los seres humanos, por el mero hecho de serlo, poseen derechos inalienables. «El ejercicio de la libertad está, pues, limitado por la exigencia de universalidad, y lo sagrado, que ha abandonado los dogmas y las reliquias, se materializa en adelante en los «derechos del hombre», que acaban de reconocerse.»” (Castany, 2010)

Las aspiraciones de la Ilustración resultaban para la época muy ambiciosas pues Europa no era el mundo, y la existencia de sociedades muy diferentes era una realidad, de hecho la colonización de remotos territorios se inscribía ahora en la imposición de la perspectiva cultural europea. “Los ilustrados viajarán por todo el mundo reuniendo «datos y análisis que con el tiempo transformarán su idea de humanidad.» Lo mismo sucederá con la pluralidad en el tiempo, de la que surgirá el interés por culturas alejadas en la historia. Este conocimiento de la diversidad le permitirá al observador contemplarse con una mirada menos ingenua, dejando de confundir su tradición con el orden natural del mundo, y construir un sentido común universal que hoy se nos revela tan necesario.” (Castany, 2010)

El ciudadano del mundo, que vendría a ser el resultado esperado por el principio de universalidad resulto muy complejo y muy lejano ante una realidad tan diversa como la que presentaba el mundo de los siglos XVII y XVIII, será hasta el advenimiento del siglo XIX que el proceso de mundialización alcanzará dimensiones significativas y la difusión de un sujeto universal volverá a refrendarse posible, y de nuevo se verá frustrada. Ulrich Beck expresa esta idea de la siguiente manera: “Lo que se hace pasar por universalismo occidental de la Ilustración y de los derechos humanos no es otra cosa que la opinión de «hombres blancos, muertos o viejos» que oprimen los derechos de las minorías étnicas, religiosas y sexuales mientras imponen de manera absoluta su «metadiscurso» partidista”. (2008: 29)

1.4 El perfil del sujeto moderno en la perspectiva de la burguesía

La transición a la modernidad también fue una transición clasista del poder, y redefinió la perspectiva del sujeto moderno inspirado en la Ilustración, dando pauta a un nuevo perfil forjado a través de casi dos siglos.

El año 1789 puede marcar bien el fin de la Edad Media, porque en él la Revolución Francesa dio el golpe de muerte al feudalismo. Dentro de la estructura de la sociedad feudal de clérigos, guerreros y trabajadores, surgió un grupo de clase media. A través de los años fue ganando fuerza, y libró una larga y dura pelea contra el feudalismo, caracterizada por tres batallas decisivas. La primera, la Reforma Protestante; la segunda, la llamada

históricamente Gloriosa Revolución en Inglaterra; y la tercera, la Revolución Francesa. Al concluir el siglo XVIII que al fin lo bastante poderoso para destruir el viejo orden feudal. Y en vez del feudalismo, un sistema social distinto, fundado en el cambio libre de mercancías, con el objetivo primordial de hacer utilidades a expensas del trabajo ajeno, fue instaurado por la burguesía. (Huberman, 1979: 191)

El ascenso de la burguesía como clase dominante en las sociedades que adoptaron la modernidad, trajo consigo el establecimiento de algunas relaciones sociales que no eran propiamente producto de esta nueva etapa histórica, pero que eran necesarias para sostener el régimen de la modernidad en una variante favorable a la clase social emergente, promotora de la industrialización y la economía capitalista. Estas relaciones sociales se presentaron en franco antagonismo con las directrices de la Ilustración, la cual resultó muy grande para ponerla en práctica en un mundo donde sus planteamientos resultaban de cierta forma utópicos.

Una de estas relaciones, que resultó fundamental para la nueva clase dominante, fue la instauración de la *propiedad privada* como derecho casi sagrado, lo que garantizó el mantenimiento del *status* de los que ya poseían recursos, y gancho para los que no poseían nada, pues como derecho resultaba atractivo poder poseer legalmente aquello que nunca habían tenido, y que de tenerlo se les abrirían las puertas del ascenso social, idea que resultó suficiente para que todos aceptaran que el derecho a la propiedad privada era defendible por todos los miembros de la sociedad. La propiedad privada no fue una creación de la modernidad, esta relación social ya existía en los estadios históricos precedentes, salvo en lo que se define como comunismo primitivo -período cuya existencia tampoco está plenamente demostrada- pudo no existir esta relación social, la cual se ha mantenido hasta los tiempos actuales como promesa que sigue presentando el atractivo de la movilidad y el escalamiento social.

En la práctica fue este principio el que garantizó a la burguesía poder mantener la posesión de los medios de producción y con ello desarrollar el sistema de acumulación capitalista en el cual los que no son poseedores jugaron el papel de fuerza de trabajo constituyéndose en una pieza más del aparato productivo.

La existencia de *clases sociales* diferenciadas fue otra de estas relaciones refrendadas por la burguesía y originalmente ajena a la modernidad. El obstáculo a superar era el principio de igualdad sostenido por la Ilustración, al cual como ya se señaló se le dio un viraje hacia la igualdad en derechos, no igualdad económica, finalmente sería más fácil manipular el derecho y con ello legitimar la existencia de clases sociales. Obviamente el derecho a la propiedad privada para todos no establecía igualdad en la posesión real de los bienes.

Como se sabe las clases sociales o bien la diferenciación social de los miembros de una sociedad ha sido característica de casi todas las sociedades previas a la modernidad.

Finalmente cabe incluir en este recuento el establecimiento del modelo de *sociedad patriarcal*, el cual subvertía de manera grave otro de los principios de la Ilustración, *la universalidad*, pues al mantener un orden en el cual la mujer tendría que someterse al predominio del hombre se negaba plenamente la aspiración que suponía igualdad para todos quedando limitada a solo la mitad de la humanidad, es decir a los hombres. Cabe recordar el hecho histórico recuperado ahora por el pensamiento feminista de la suerte que jugó Marie Gouze; Montauban, París, (1748 - 1793) mejor conocida como Olympe De Gouges, escritora y heroína francesa que reivindicó la igualdad de derechos entre hombres y mujeres en el marco de la Revolución Francesa, considerada hoy día como una de las primeras precursoras del movimiento feminista, la cual murió en la guillotina por combatir el terror revolucionario y escribir la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* (1791), donde reclama la igualdad de derechos entre hombres y mujeres por medio de 17 artículos, en un texto que replica el original de 1789.

La burguesía va a imprimir nuevos rasgos al perfil del sujeto moderno, pues si bien abrazó el ideario ilustrado, fue por su naturaleza de hombres prácticos, esto les permitió asumir que este último era capaz de interiorizar principios del pasado que se presentaban de manera conflictiva con la nueva era, manteniendo en apariencia el formato original, esto favoreció la difusión del pensamiento de la burguesía como pensamiento dominante de la modernidad, lo que a su vez dio lugar a una sociedad de lucro por encima de los principios originales.

1.4.1 El sujeto de la modernidad capitalista

El dominio de la burguesía y la difusión de la industrialización capitalista perfilaron un nuevo orden clasista de la sociedad donde las viejas clases aristocráticas sobrevivieron en pequeños reductos diseminados por toda Europa, sin poder, y como gente de ornato mantenidas por el Estado. En el nuevo orden social la clase dominante y poseedora de los medios de producción fue la burguesía y su antagonista la clase trabajadora, el proletariado. Entre estas dos clases se distribuyó una importante cantidad de personas que sin una definición plena constituyó un conjunto muy amplio de estratos, los que Weber clasificó de *pequeños burgueses*, en el siguiente alegato:

Bajo la denominación de «burguesía», en el sentido de la historia social, se comprenden tres acepciones fundamentales, distintas una de otra. «La burguesía» puede incluir, de una parte, determinadas categorías de clases sociales, caracterizadas por unos ciertos intereses económicos; conforme a esta delimitación la clase burguesa no es un todo homogéneo; grandes y pequeños burgueses, empresarios y artesanos caben, a la vez, en dicha clase. En sentido político, la «burguesía» abarca todos los ciudadanos del Estado, como titulares de determinados derechos políticos. Por último, comprendemos bajo la denominación de burguesía, en sentido estamental, aquellas capas sociales a las que la burocracia, el proletariado y, en una palabra, los que están fuera de ella, consideran como «gentes de posición y cultura»: empresarios, rentistas y, en fin de cuentas todas las personalidades que poseen una determinada formación académica y, a la vez un nivel de vida más elevado y un prestigio social. (Weber, 1983: 267)

En esta perspectiva tan ampliada por Weber, el sujeto producido por la modernidad se va a perfilar en mayor medida a características determinadas predominantemente por cuestiones económicas, dejando en segundo plano la influencia política de origen ilustrado. El nuevo perfil delineado por los rasgos burgueses se investiría de nuevas cualidades. El burgués revolucionario, aquel que asumiría la etiqueta de ciudadano, liberal y progresista va a declinar su

protagonismo general cediendo el poder político a estratos menores, pero bajo su control, para liderar la economía, dando lugar a una característica del sujeto moderno que se tornará hegemónica hasta nuestros días, resumida en la expresión *Homo Economicus*.

Esta expresión con carga filosófica convertida en una categoría plenamente económica en la etapa liberal del capitalismo deviene de ciertos principios ilustrados, pero adecuados a la ideología de la burguesía, básicamente deriva de la racionalidad del sujeto, la que sostiene la existencia de individuos responsables de su propio devenir y bienestar. “Mediante esa expresión se designa una abstracción conceptual o, mejor, un modelo y una previsión que hace la ciencia económica sobre el modelo de comportamiento humano perfectamente racional, que es definido por tres características básicas: el «homo economicus» se presenta como «maximizador» de sus opciones, «racional» en sus decisiones y «egoísta» en su comportamiento. La racionalidad de la teoría económica descansa sobre la existencia y las «virtudes» calculadoras de ese individuo, que actúa en forma hiperracional a la hora de escoger entre las diversas posibilidades. (Alcoberro s/f)

La razón ilustrada, aquella que permitía al sujeto ser consciente de su destino y dueño de sí mismo, se verá exacerbada de tal manera que llevará al sujeto de la modernidad a someterse a nuevos amos en la pretensión de alcanzar un estadio terrenal superior. De esta manera el principio se torna fundamental de la nueva percepción del sujeto moderno. Volviendo con Alcoberro se sigue que:

El «homo economicus» constituye un modelo teórico que pretende explicar cómo actuaría en condiciones ideales el sujeto «perfectamente racional». Un individuo tal sería exclusivo, excluyente e insaciable o, si se prefiere, sería «maximizador» de sus preferencias: actuaría siempre de manera que consiguiera «más» por «menos»; el modelo da por supuesto que todo lo que hacen los hombres tiene sentido en y para el mercado. Es racional quien toma sus decisiones en términos de «coste de oportunidad»: cada opción (estar aquí en vez de ahí, trabajar en esto o en aquello) conlleva, a la vez e inseparablemente, alguna ganancia y alguna pérdida. Pues bien, será

máximamente racional quien mejor sepa escoger en términos de oportunidad entre las diversas posibilidades reales que se le ofrecen. (Alcoberro s/f)

En esquema, los principios del *homo economicus* se resumen en los siguientes postulados de acuerdo con Alcoberro:

- 1.- Todo hombre busca la felicidad
- 2.- La felicidad se logra a través de la posesión
- 3.- Para que sea posible la posesión de un bien se necesita la propiedad
- 4.- Sólo la propiedad efectiva de un bien permite su intercambio
- 5.- El intercambio lo garantiza el mercado
- 6.- El mercado está movido por dinero
- 7.- El dinero da la felicidad porque permite la posesión

La difusión de la ideología del lucro transformó el perfil del sujeto original producido por la burguesía, pues en las reflexiones de Max Weber hechas en su trabajo *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* (1904/1905) se encuentran fuertes argumentos sobre las influencias de esta religión en la conformación del «espíritu del capitalismo», ideas que aparecen en plena contradicción con el ideario ilustrado que sostenía por su parte una posición antirreligiosa y que también terminaron siendo subvertidas por la búsqueda insaciable de ganancias del *homo economicus*, el cual finalmente termina coincidiendo más con la perspectiva weberiana que con los principios ilustrados.

La construcción del sujeto moderno no se constituye como un proceso homogéneo, si bien históricamente sus orígenes se ajustan a las directrices de la ilustración, estas nunca se pudieron concretar en toda su plenitud, como hemos señalado, el ascenso de la burguesía replanteó a favor de sus intereses un nuevo perfil del sujeto moderno. “Tal vez hoy a un «economicus» postmoderno y postmaterialista le beneficia más utilizar que poseer. Cultivar relaciones sociales, dedicarse al ocio o colaborar gratuitamente en asociaciones cívicas no pueden identificarse sin más con ninguna de las tres opciones clásicas al alcance del «homo economicus», pero son también acciones que maximizan preferencias.” (Alcoberro s/f)

Cabe señalar también que no debemos hacernos una percepción errónea de lo que caracterizó al capitalismo original y su impacto en el perfil del sujeto moderno ilustrado, el cual se vio modificado por la perspectiva de la ideología burguesa que de acuerdo con Weber tendría raíces en la ética protestante y las ideas puritanas resumidas en la búsqueda racional del beneficio económico, lo que entiende como el «espíritu del capitalismo». Obsérvese que la idea de búsqueda racional no concuerda estrictamente con la idea de *homo economicus* que se presenta como proceso «maximizador» de las ganancias, lo que se puede entender en cierto tipo de irracionalidad. Weber identifica como componentes del «espíritu del capitalismo» la ambición de ganancias con un mínimo esfuerzo; la idea de que el trabajo es una maldición y una carga que debe evitarse, especialmente cuando las ganancias de éste exceden lo que es necesario para una vida modesta. (Weber, 1904)⁶

Otro de los componentes éticos señalados por Weber se refieren a que no todo beneficio es legítimo, ni todo enriquecimiento resulta justo, por lo tanto, tampoco toda acumulación, es lícita. El capitalismo tendría, desde su punto de vista, como rasgo específico la moderación racional de este impulso. Si bien el espíritu del capitalismo legitima y limita el proceso de acumulación, desempeña también un papel central en el proceso capitalista a cuyo servicio está, que consiste en limitarlo: en efecto, las justificaciones planteadas que permiten movilizar a las partes implicadas obstaculizan la acumulación. (Boltanski y Chiapello, 2002)

Las limitaciones que el espíritu del capitalismo impone al capitalismo se ejercen de dos formas distintas. Por un lado, la interiorización de las justificaciones por parte de los actores del capitalismo introduce la posibilidad de una autocrítica y favorece la autocensura y la autoeliminación, en el propio interior del proceso de acumulación, de las prácticas no conformes con dichas justificaciones. Por otro lado, la puesta en marcha de dispositivos constrictivos, los únicos que son capaces de proporcionar credibilidad al espíritu del capitalismo, permite incorporar pruebas de realidad que ofrecen elementos tangibles con los que responder a las denuncias. (Boltanski y Chiapello, 2002)

⁶ En <http://www.laeditorialvirtual.com.ar/>

El perfil del *homo economicus* a pesar de su origen en el capitalismo del siglo XVIII se alejará cada vez más del llamado espíritu del capitalismo tornándose en una ideología que aterrizará en una nueva fase, el «consumo» exacerbado, propio de una nueva etapa del capitalismo, también alcanzada por el principio weberiano de racionalidad instrumental.

No olvidemos que el perfil del sujeto de la modernidad capitalista que hemos caracterizado como *homo economicus* tiene su contraparte en su antítesis representada por el proletario, aquel que Marx describía como el que ya nada tiene que perder pues lo ha perdido todo.

1.5 La otra modernidad: el mundo socialista

El siglo XX dio pauta al surgimiento de un nuevo fenómeno social inscrito en la modernidad, pero apareció como su contraparte, el cual propugnaba un nuevo tipo de sujeto, con otra ética y otra moral, la moral socialista. Mucha tinta ha corrido en torno a esta suposición y posibilidad, la realidad de esta perspectiva, siempre cuestionada por la ideología del mundo capitalista, se constató con la caída de la Unión Soviética en diciembre de 1991. El mundo capitalista echó a volar las campanas del triunfalismo, «los buenos» habían ganado la lucha ideológica y «los malos» se replegaban abandonando rápidamente aquel perfil por el que tanto se había luchado. Aclaremos algunos aspectos importantes que nos permitan evaluar la dimensionalidad de este fenómeno de manera objetiva explorando el modelo del perfil del sujeto moderno socialista.

Lo primero que este tópico implica es puntualizar en qué sentido se habla de otra modernidad, es decir, ¿se puede incluir en el modelo de la modernidad al régimen que fue configurado por los soviéticos? y en un segundo momento ¿cómo podemos entender lo que fue el perfil del sujeto socialista como parte del proceso de construcción del sujeto moderno?

En sentido estricto el modelo soviético distaba mucho de ser un modelo de modernidad, en principio, la revolución bolchevique no era comandada por la burguesía rusa, si es que se pudiera hablar de burguesía rusa, pues sabemos que si bien el régimen zarista podría equipararse al régimen feudal, en Rusia no se

contaba con un sector social equiparado a la burguesía europea, en razón de no encontrarse aún en un proceso de industrialización significativo. Por otra parte, el régimen político establecido por los bolcheviques, el estado soviético, no se puede equiparar a una democracia liberal, pues sabemos que se pretendía establecer un régimen que se denominó, al menos desde la perspectiva política, la «dictadura del proletariado» dirigida por un partido único, el Partido Comunista. En qué sentido entonces se puede hablar de otro tipo de modernidad, si las diferencias de entrada son incompatibles con este modelo.

Pensadores como Alain Touraine consideran que “Marx fue el principal creador del pensamiento moderno, cuando descubrió, detrás de la mercancía y el orden aparente de las cosas, el orden real de la dominación social.” (2003: 139) Esto dio pauta a un conjunto de contradicciones en el naciente mundo socialista ya que no podían sino identificar todo progreso moderno con el propio capitalismo, lo que generaba resistencias ante el proceso industrializador, ante este debate M. Berman expresa lo siguiente “Marx proclama una fe paradigmáticamente modernista: «Por lo que a nosotros se refiere, no nos engañemos respecto a la naturaleza de ese espíritu maligno que se manifiesta en las contradicciones que acabamos de señalar. Sabemos que para trabajar bien a las nuevas fuerzas de la sociedad se necesita únicamente que éstas pasen a manos de hombres nuevos, y que tales hombres nuevos son los obreros. Estos son igualmente un invento de la época moderna, como las propias máquinas». Por lo tanto una clase de «hombres nuevos», hombres totalmente modernos, será capaz de resolver las contradicciones de la modernidad...” (2008: 6-7) Esto anticipa una primera acepción de modernidad contemplando desarrollos diferenciados del propio modelo. No olvidemos que el propio Marx acuñó la categoría de «formación económica social» para referir distintas posibilidades del modelo capitalista.

Volviendo con Touraine (2003) “La idea de progreso se empeñó durante mucho tiempo por mantener el ideal de un orden racional en una sociedad en movimiento: este orden sería instaurado, al final de la evolución, por el triunfo de la razón. Tal fue la idea dominante del periodo central de la modernidad, que las más de las veces se denomina sociedad industrial...” (2003: 138) En este sentido, hablar

de desarrollo con cierto orden es también hablar de modernidad, lo que no excluye la creación de una sociedad industrial asentada en relaciones sociales de producción «no capitalistas», lo que finalmente intentaron los bolcheviques al derrocar al régimen zarista. De nuevo Touraine afirma, “...para vivir en la modernidad, no tenemos que elegir entre la unidad impuesta por una comunidad y la competencia salvaje, entre el imperio de los mercados y los reinos integristas y nacionalistas: nos basta vivir en la complementariedad de un mundo abierto (y hasta fragmentado) y un Sujeto que lucha por dar sentido a su experiencia de vida, individual y colectiva”. (2003: 154) Lo que nos marca la pauta de que el modelo de modernidad basado en la racionalidad no se reduce a la posibilidad capitalista, aunque “En la sociedad industrial, el desarrollo se redujo a los efectos del crecimiento sobre la mejora del nivel y las condiciones de vida, y las formas de vida social y cultural sólo se analizaron en cuanto factores que favorecían o perjudicaban ese crecimiento.” (2003: 154)

Hablar de modernidad en lo que fue la Unión Soviética, es reconocer de inicio que en esa formación social floreció también una sociedad industrial, en este sentido podemos recurrir a los argumentos de M. Castells para diferenciar el desarrollo industrial capitalista y el socialista, lo que también podemos trasladar a entender la modernidad occidental y la no occidental.

De acuerdo con Castells (2001) Las sociedades industriales contemporáneas del siglo XX se alinearon básicamente en dos ejes, las capitalistas, constituidas por la Europa Occidental y los Estados Unidos de Norteamérica, y sus socios en oriente, Japón, Corea del sur entre otros; y las sociedades estatistas o socialistas, con núcleo en la Unión Soviética y sus socios de Europa oriental. Los otros países socialistas no industrializados como Cuba o Vietnam, no aplican en esta taxonomía. Esta diferenciación permite hablar de dos *modos de producción* industrial el *capitalismo* y el *estatismo*, que no son diferentes sólo por sus sistemas políticos sino por el conjunto de sus relaciones sociales de producción. Este nivel de abstracción se reduce al puntualizar características aparecidas en el último tercio del siglo XX, Castells (2001) las denomina *modos de desarrollo* donde contempla el *industrialismo* y el *informacionalismo*, el primero abarcaría a los dos modos de

producción, capitalista y estatal, pero el último sólo alcanzó al mundo capitalista, ya que la ex Unión Soviética se desmoronó en parte por su incapacidad de reestructurarse en la línea informacional, en tanto que el capitalismo la asumió de manera pertinente, dando lugar a un nuevo perfil social dominante en el mundo, en palabras de Castells (2001) “ Esta nueva estructura social está asociada con el surgimiento de un nuevo modo de desarrollo, el informacionalismo, definido históricamente por la reestructuración del modo capitalista de producción hacia finales del siglo XX.” (P. 39)

Bajo estos argumentos podemos aceptar que en la ex Unión soviética se manifestó una modernidad de orden racional con particularidades, pero también con referentes comunes respecto a la modernidad occidental. Es decir, siendo ambas formaciones de tipo industrial, característica fundamental de un proceso modernizador; ambas se encuadran en la modernidad. Las diferencias en el tipo de relaciones sociales de producción, que son las que determinan la apropiación y el uso de los excedentes, son las que demarcan la diferencia entre capitalismo y estatismo y serán estas las que se consideren para la tipificación de un sujeto moderno socialista.

Para fortalecer este análisis consideremos la perspectiva de Marshall Berman (2008), quien establece la diferenciación entre modernidad, modernización y modernismo. La modernidad se entiende como una etapa histórica. La modernización como un proceso socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad, y el modernismo como el proyecto cultural que trata de seguir a la modernidad. Lo que Berman resume en el siguiente argumento:

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua

desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, «todo lo sólido se desvanece en aire». (p.1)

1.6 El sujeto de la modernidad socialista

Como lo señaló Marx, los proletarios son producto de la modernidad, un proceso de envergadura mundial que incluyó, con sus especificidades a las sociedades industriales socialistas.

En contraposición del sujeto moderno liberal, cuyas características hemos enunciado más arriba, el sujeto forjado en las sociedades llamadas socialistas presentaran un perfil formal, del deber ser, o querer ser, derivado de una fuerte ideología y por otra parte una forma de ser no muy convencida de la postura ideológica propugnada por los socialistas.

En el primer rubro es donde se pueden apreciar ciertas diferencias respecto al sujeto liberal y es donde se forja el término «moral socialista». El hombre nuevo; un ser en relación con su comunidad, generoso, desinteresado, altruista y solidario, en lugar del individualismo egocéntrico particular del sujeto liberal; como ideal parecía atractivo, sin embargo en la práctica este discurso no solo se mostró como una buena aspiración sino que las acciones de sus abanderados resultaron no muy diferentes a las de los occidentales. Las intervenciones militares de la Unión Soviética en nombre de la «defensa del socialismo» en los países de su órbita: Alemania (1953), Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1980), países que buscaban un sustento más sólido del ideal del hombre nuevo, fueron contundentes de que no se permitiría más ruta que la soviética, en esos momentos aún permeada de estalinismo. Este imperialismo social mostró el rostro real del socialismo soviético. No podemos pensar que en este intento los valores sustentados por la ideología socialista hayan sido mero propaganda, no dudo que muchas personas hayan tenido fe en este ideal, pero los dirigentes de estas masas no refrendaron los ideales ampliamente difundidos por la propaganda pro comunista.

Un caso aparte podría ser la figura y el pensamiento de Ernesto Guevara conocido como el Che Guevara, cuyos escritos en torno a la idea del hombre nuevo, producto de la revolución socialista, dejaron ver que para él esto no era solo un ideal, sino que significaba el verdadero sentido de la transformación social; engendrar un sujeto nuevo en el marco de la construcción de una nueva sociedad. No debemos olvidar que el ideario guevarista se produce en los primeros años de la Revolución Cubana y la definición del rumbo socialista de la misma.

El pensamiento del Che no fue sólo una réplica propagandista del pensamiento marxista-leninista, ya que sus reflexiones como teórico revolucionario chocaron en muchos sentidos con la visión soviética de socialismo. La percepción de Guevara manifestaba un gran contenido humanista, el cual se resume en el escrito *El socialismo y el hombre en Cuba*, publicado en 1965, donde desarrolla sus ideas y conceptos sobre el «Hombre Nuevo». En carta a Carlos Quijano editor del escrito comenta “Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esa cualidad...Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.” (Guevara, E., 1979) A partir de ese escrito el tema del «Hombre Nuevo» será el eje central de sus discursos y escritos, y se convertirá en la meta revolucionaria más acabada y completa de su concepción de socialismo. Para Guevara esta meta no es pura ideología sino un proceso histórico posible. “El socialismo no es una sociedad de beneficencia, no es un régimen utópico, basado en la bondad del hombre como hombre. El socialismo es un régimen al que se llega históricamente, y que tiene como base la socialización de los bienes fundamentales de producción y la distribución equitativa de todas las riquezas de la sociedad, dentro de un marco en el cual haya producción de tipo social”. (27) Las ideas del hombre nuevo no eran algo descabellado, pues la transformación social que implicaba una revolución socialista constituía un verdadero laboratorio social preocupado por llevar a la humanidad a un estadio social superior, no se trataba de cambiar sólo las estructuras sociales que sostenían la ideología burguesa, se trataba de un cambio radical, de lo que podía ser el

hombre en el socialismo, una nueva conciencia, otros valores culturales, hábitos y costumbres sociales, alcanzar una versión del sujeto, más justo y más humano superador del viejo modelo burgués caracterizado por el egoísmo, la perversidad, la mezquindad y enemigo de la solidaridad y el amor a sus semejantes.

La creencia en la posibilidad de una nueva moral socialista fue expresada por muchos pensadores sociales latinoamericanos, entre ellos José Carlos Mariátegui quien refutó las acusaciones contra el marxismo de falta de ética. En su libro Defensa del marxismo, Mariátegui señala que la moral proletaria es producto de la lucha librada contra los mezquinos principios de la ideología burguesa, y no el resultado mecánico de intereses económicos.

Las expectativas sobre las posibilidades del socialismo se fueron marchitando al entrar éste, en la dinámica marcada por el capitalismo; la Guerra Fría, la carrera militar y la confrontación ideológica permanente. Los contextos sociales después de la Segunda Guerra mundial terminaron por consolidar el liderazgo mundial de los Estados Unidos y su lucha contra el comunismo se vio coronada al concluir la década de los ochenta con el derrumbamiento de la Unión Soviética y sus aliados, columna vertebral de la ideología promotora de un sujeto y una moral nueva, al menos desde los planteamientos de su propia ideología.

CAPÍTULO 2. Homogeneización mundial, heterogeneidad global.

El despliegue de la modernidad se expresa como un intenso movimiento de transformaciones que va adquiriendo una característica general basada primeramente en la idea ilustrada de igualdad. La modernidad, en este sentido, une a la humanidad al pretender igualarla, aunque esta unidad de acuerdo con Marx resultó contradictoria, ya que por un lado aspira al desarrollo del individualismo, basado en las ideas de libertad e igualdad, pero insertos en el proceso de expansión hegemónica mundial de la burguesía, trajo consigo enajenación y opresión social.

En este sentido, no resulta extraño que las fuerzas conservadoras se expresaran contra la Ilustración, ponderando la idea de colectividad, sobre el individualismo, producto de la Ilustración, lo que parecía ser el origen del caos social criticado por esta revuelta, donde los miembros más radicales propugnaban por el retorno al orden de la Edad Media.

Los resultados de esta reacción antiilustrada, terminaron expresando una negación de la negación, pues encauzaron la disminución del radicalismo ilustrado, lo cual facilitó el proceso de consolidación hegemónica de la burguesía como clase dominante, marcando la pauta para el despegue de un orden que se difundió como una tendencia de homogeneización mundial.

No olvidemos, sin embargo, que las ideas de modernización y mundialización se correspondían originalmente al autoconcepto de los propios europeos, para quienes el mundo moderno era Europa, y en todo caso los Estados Unidos, el resto del globo no podía ser moderno, pues presentaba un estatus de atraso que negaba el concepto de modernidad, pues eran pueblos sin historia, según ellos.

Cuando repararon que existían pueblos como China y la India con historias milenarias, su argumento del atraso quedó sin fundamento.

Uno de los componentes de la modernidad que va a marcar las tendencias homogeneizadoras del mundo es la idea de universalidad; cada cultura con su cosmovisión acuñará su propia versión de universalidad, pero todas terminarán convergiendo en al menos tres bloques universalistas.

El primer universalismo vino a ser el cristianismo, éste evolucionó a partir de supuestos universalistas, fue la primera de las grandes religiones válida para todos los seres humanos, al no tener origen étnico particular, se difundió en todo el mundo, de hecho nuestra era se denominó era cristiana. La cultura moderna occidental terminó asumiéndose cristiana.

El segundo universalismo fue el de la razón, sustentado en la tradición cartesiana e ilustrada, marcó la pauta del progreso con un inusitado desarrollo de la ciencia y la tecnología, las que en el marco de la sociedad industrial dio auge a un capitalismo avanzado, principal sustento de la homogeneización mundial.

El tercer universalismo vino a ser el marxismo, cuya visión dio lugar a la fundación de un bloque social diferente al capitalismo occidental, el socialismo. En el primer capítulo se estableció que el socialismo también fue parte de la modernidad, y por ende parte de la cultura occidental mundial.

2.1 Conformación del sistema-mundo-moderno.

Los universalismos aludidos, van a constituir la base de un proceso de homogeneización mundial, que será reinterpretado mucho tiempo después desde una perspectiva sistémica. Wallerstein (2006) señala que “El análisis de sistemas-mundo se originó a principios de los años setenta como una nueva perspectiva acerca de la realidad social.” (p. 5) Una nueva perspectiva de un proceso social aporta elementos inéditos que contribuyen a una explicación más pertinente del mismo proceso. Es obvio que el sistema-mundo no surge en los setenta, sino ésta herramienta teórica en particular, el concepto que permite reinterpretar una realidad particular.

Para Wallerstein hay:

...tres puntos de inflexión importantes del sistema-mundo-moderno: 1) el largo siglo XVI, durante el cual nuestro sistema-mundo-moderno vio la luz como economía-mundo capitalista; 2) la Revolución francesa de 1789, como acontecimiento mundial que dio lugar a la dominación subsiguiente, durante dos siglos, de una geocultura para este sistema-mundo, cultura que fue dominada por un liberalismo centrista, y 3) la revolución mundial de 1968, que

presagió la larga fase terminal del sistema-mundo moderno... y que socavó la geocultura liberal centrista que mantenía al sistema-mundo unificado. (p. 3)

Desde este punto de vista queda claro que la posibilidad de homogeneización mundial se dio partiendo de la economía-mundo capitalista, la que alcanzó a penetrar todo el orbe en distintas medidas e intensidades.

Es indiscutible que el centro de este proceso fue durante mucho tiempo Europa, donde se desarrolló el capitalismo liberal, sustentado en el *laissez faire*, el capitalismo de la libre competencia. Después de dos guerras mundiales con sede en Europa, y de un conjunto de transformaciones en la producción capitalista, de origen norteamericano, el mundo cambió.

A partir de 1945 los Estados Unidos se constituyen como la potencia hegemónica indiscutible del sistema-mundo. Pero no sólo en razón de su papel en la Segunda Guerra Mundial, como líder de los aliados; sino también por haber sido el promotor de las innovaciones en los procesos productivos industriales que dieron lugar a un crecimiento inusitado de las fuerzas productivas y la productividad capitalista norteamericana.

La introducción del taylorismo primero y del fordismo posteriormente, elevaron cualitativa y cuantitativamente la capacidad productiva industrial de los Estados Unidos, esta fue sustentada por un gran masa de migrantes europeos que sirvieron como fuerza de trabajo en momentos clave de la expansión norteamericana. A partir de este momento, la producción del capitalismo norteamericano adquirió dos rasgos fundamentales: producción en serie, y producción en masa, lo que significaba, abundancia de productos, pero con escasas diferencias entre ellos. Había mucho de lo mismo, y esto fue un factor importante en el proceso de homogenización mundial, puesto que se estandarizó la forma de vida, la cotidiana y la productiva, ya que "...gracias a los métodos tayloriano y fordiano, el proceso de explotación tiende a «uniformarse» y a «homogeneizarse». (Coriat, 2005: p. 75)

"Después de Taylor y Ford, Keynes viene así a terminar el edificio. *Tras la teoría y la práctica de la producción en masa en el taller, la teoría y la práctica del tipo de Estado y de regulación que le corresponden.*" (Coriat, 2005: p. 88)

La producción en masa, exigió el consumo en masa, esto dio lugar a una nueva necesidad social, el «consumo forzoso», lo que a su vez requería de un poder adquisitivo suficiente y garantizado.

Esta posibilidad se dio con la introducción del modelo económico de John Maynard Keynes, economista inglés que sostenía que el liberalismo económico de corte clásico necesitaba adecuarse a las circunstancias económicas y sociales del nuevo siglo. En su obra "*Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero*", publicada en 1936, analizaba las causas de la depresión mundial y proponía una serie de recetas para solventarla, de las que sobresalió la estrategia del «pleno empleo».

Keynes sostenía que la crisis de 1929 había retraído la demanda y era necesario estimularla generando una demanda adicional para mantener el ritmo de la producción. La tradición no intervencionista de los estados capitalistas no había contenido la crisis. Proponía por tanto una activa intervención del Estado que restableciera el equilibrio de una economía tan intensa.

De esta propuesta nace el capitalismo regulado, fórmula que dio lugar a un período de bienestar denominado «los años dorados del capitalismo», que duró poco más de tres décadas y conformó un nuevo estilo de vida en las sociedades capitalistas, caracterizado por el consumo forzoso y un tanto irracional.

La vida de consumo dio lugar al «consumismo», característica peculiar de lo que se denominó el «*american way of life*». Bauman (2007) señala que el «consumismo» es "un tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos... en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistémica, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano... El «consumismo» llega cuando el consumo desplaza al trabajo de ese rol axial que cumplía en la sociedad de productores". (p. 47)

La regulación mediada por el Estado permitió la difusión de relaciones sociales que buscaban cierto balance entre el capital y el trabajo, dando como resultado una mayor participación de los trabajadores en los beneficios y por ende mayor acceso al consumo en general. "La particularidad del Estado-Plan keynesiano no se limita,

sin embargo, al hecho de tomar a su cargo la reproducción de la fuerza de trabajo social. Consiste igualmente en el hecho de acoplar la gestión de la fuerza de trabajo obrera a los ritmos y modalidades de la acumulación de capital.” (Coriat, 2005: p. 100)

Este fenómeno repercutió en los países centrales en la elevación de los salarios de la clase trabajadora y por supuesto de las clases medias, lo que al interior de las sociedades altamente industrializadas, repercutió a la baja de los índices de ganancia de las empresas.

Una manera de amortiguar la pérdida de plusvalor, resultado del alto precio de la fuerza de trabajo, fue exportar ésta contradicción a los países periféricos, donde el valor de la fuerza de trabajo resultaba más rentable para las empresas, difundiéndose la transnacionalización de miles de ellas.

Este fenómeno consolidó el capitalismo internacional productivo, y la difusión mundial de fenómenos como el capitalismo financiero, y los préstamos con altísimos intereses, a los países en proceso de desarrollo capitalista, quienes se endeudaron por décadas, acumulando una deuda externa prácticamente impagable, dejando a muchos países hipotecados.

El concepto de sistema mundo-moderno-capitalista, resultó ser la explicación más pertinente de los fenómenos que se dieron en torno a la mundialización del capitalismo. La organización de este sistema con países centrales y países periféricos y la división internacional del trabajo, dio lugar a una visión sistémica que incluía a todas las sociedades del mundo libre cohesionados por la cultura occidental en el formato de sociedad de consumidores. “Para que una sociedad sea merecedora de ese atributo, la capacidad esencialmente individual de querer, desear y anhelar debe ser separada (alienada) de los individuos (como lo fue la capacidad de trabajo en la sociedad de los productores) y debe ser reciclada/reificada como fuerza externa capaz de poner en movimiento a la «sociedad de consumidores» y mantener su rumbo en tanto forma específica de la comunidad humana, estableciendo al mismo tiempo los parámetros específicos de estrategias de vida específicas y así manipular de otra manera las probabilidades de elecciones y conductas individuales.” (Bauman, Z., 2007: 47)

2.2 Estandarización del sujeto

La homogeneización capitalista del mundo dio lugar a una sociedad de productores y con ello a una sociedad de consumidores. Pero en este momento “El hombre productor está subordinado al hombre consumidor, éste a su vez, al producto vendido en el mercado y, éste último, a fuerzas libidinosas siempre menos controladas, en ese proceso en cadena en el cual se crea un consumidor dependiente del producto y no un producto dependiente del consumidor.” (Reale, G. 1996: 97)

Con la búsqueda ilimitada de *bienestar material*, se asocia la idea de felicidad a la idea de contar con todos los bienes materiales posibles, aunque esto se convierte finalmente en el mal de la civilización, pues, “El consumo desordenado se convierte en hiperconsumo bulímico que se alterna con las curas hechas con privaciones: la obsesión dietética y la obsesión de la línea, multiplican los temores narcisistas y los caprichos alimentarios, mantienen vivo el costoso culto de las vitaminas y de los oligoelementos. Entre los ricos, el consumo se vuelve histérico, maníacos del *standing*, de la autenticidad, de la belleza, del color puro de la salud.” (Reale, G. 1996: 97)

Pero esta realidad no es privativa de los ricos, la abundancia de bienes materiales permite el acceso, aunque diferenciado, al consumo en general. Fenómenos como el crédito para el consumo de bienes, que fueron llamados duraderos, aunque hoy ya no lo sean, (lavadoras, refrigeradores, televisiones) terminó por generalizar en las sociedades del mundo capitalista, la idea del «tener» por encima del «ser». Los «pagos chiquitos», o «crédito para pobres», terminaron abriendo las puertas del consumo histérico a todas las clases sociales.

Soy lo que tengo, o bien, si tengo, soy, si no tengo, no soy. Reale (1996) señala que de acuerdo a la sabiduría antigua “La felicidad no es un tener, no depende de la posesión de determinadas cosas, cualquiera que éstas sean, sino que es un modo de ser del hombre y depende de la manera consecuente con la que se relaciona con las cosas.” (p. 106)

La ideología del sujeto estandarizado por el consumismo, ha hecho del poseer, una doctrina, donde lo necesario no es suficiente, se considera muy poco, y la

consecuencia es que “*por tener-siempre-más, corremos el riesgo de no-ser-más.*” (Reale, G. 1996: p. 109)

El consumo irracional de bienes materiales, no sólo fue producto del incremento de la capacidad productiva, la producción en serie y en masa; fue también producto de la difusión del nihilismo en la sociedad moderna, pues con la desaparición de los valores y el predominio de lo efímero, se sustituye la idea de felicidad por la de consumo. La paradoja es que entre más consume, más vacía se siente la persona. El vacío y la pobreza de valores, la pérdida del sentido de las cosas y la disolución de los fines, no es otra cosa que la esencia del nihilismo, y éste se constituye como el movimiento ideológico fundamental de la sociedad occidental.

El sujeto estandarizado es un sujeto aburrido, saciado, cansado, falto de ideales y valores. Huxley, citado por Reale (1996) lo expresa así: “Dadme televisión y hamburguesas y hacedme el grandísimo favor de dejarme en paz con vuestras prédicas sobre la libertad y la responsabilidad” (p. 14). Es la característica del espíritu perezoso, siempre en riesgo de caer en los vicios, el alcohol y la droga, o en los fanatismos religiosos. “Nuestra forma de vida basada en intereses materiales, tecnológicos, industriales, sobre el éxito y el dinero, han empobrecido radicalmente al hombre.” (Reale, 1996: p: 14)

Esta realidad estandarizada, dominada por las cosas provisionales, y el sujeto que emerge en ella, no significa otra cosa, que el triunfo del nihilismo previsto por Nietzsche, como el rasgo dominante del siglo XX en adelante.

Las tendencias de uniformización que expresan las sociedades más avanzadas, en razón de sus condiciones de desarrollo material, se refleja en las sociedades menos avanzadas con sucedáneos culturales e ideológicos que imitan los rasgos dominantes de la cultura de los países centrales.

Este fenómeno puede explicarse considerando las tendencias que señalaba Marcuse (1985) en su obra “*El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*” sobre el achatamiento cultural que se deriva de la civilización industrial avanzada: “el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades,

de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo-objeto en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina.” (p. 39).

La homogeneización del mundo se constituye en un proceso que afecta a todos los desempeños humanos, convirtiendo al sujeto en un hombre unidimensional, ya que se diluyen diferencias fundamentales, culturalmente hablando. “Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreo, si la mecanógrafa se viste tan elegantemente como la hija de su jefe, si el negro tiene un *Cadillac*, si todos leen el mismo periódico, esta asimilación indica, no la desaparición de las clases, sino la medida en que las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del sistema establecido son compartidas por la población subyacente.” (Marcuse, 1985: p. 38)

Esta reflexión aplica para entender la asimilación cultural e ideológica de los países no desarrollados, a los avanzados. El modelo homogeneizador del mundo occidental capitalista y su patrón de consumo, se constituyó en la aspiración del llamado tercer mundo, el que se insertó en el modelo desarrollista con la idea de alcanzar el estatus de los países del primer mundo.

El resurgimiento de las crisis en el mundo capitalista, en la década de los setenta, puso de nuevo a este sistema a buscar alternativas de desarrollo diferentes al modelo que había funcionado con efectividad para el mundo desarrollado. El modelo homogeneizador.

2.3 Heterogeneidad global.

El ímpetu económico del boom de posguerra, alcanzado gracias a la política monetaria estadounidense y británica, de extraordinaria flexibilidad, se mantuvo durante el período de 1969 – 1973, pero las economías capitalistas de organización keynesiana del primer mundo, empezaron a resentir los defectos de un modelo sustentado en la idea de un sistema cerrado. El principio keynesiano de pleno empleo, funcionó al interior de cada sociedad altamente industrializada donde el

Estado fungía como regulador entre capital y trabajo, mientras se cumplían ciertas condiciones que permitían el balance adecuado para seguir creciendo sin violentar el modelo. Lo que llegó a sus límites en los setentas.

Mientras el modelo regulador homogeneizante avanzaba en el primer mundo industrializado, fortaleciendo el modo de vida del consumo sin límites, los desajustes económicos, políticos y sociales en el mundo no desarrollado, acumulaban contradicciones cada vez más difíciles de contener.

“En términos más generales, en el lapso que transcurre entre 1965 y 1973 se puso de manifiesto cada vez con más claridad la incapacidad del fordismo y el keynesianismo para contener las contradicciones inherentes al capitalismo.” (Harvey, 1998: 167)

La crisis se manifestó, primero, a través de los procesos mundiales de hiperinflación, atribuidos por los enfoques conservadores de derecha, al malfuncionamiento del Estado Benefactor que regulaba las relaciones sociales. Ya que los excedentes de fondos alcanzados por los países desarrollados, habían manifestado impactos negativos en la inversión productiva, se giró a la inversión financiera, lo que marcó la pauta para tratar de frenar la creciente inflación, generando finalmente una crisis mundial en los mercados inmobiliarios.

A esta crisis se sumó la de los energéticos, que disparó los precios mundiales del petróleo, cuando la OPEP decidió incrementar significativamente sus precios, lo que se complementó con el embargo árabe de las exportaciones de petróleo a Occidente por su apoyo a la Guerra árabe-israelí de 1973. Y tercero, la intensificación de los procesos migratorios al primer mundo desde los países periféricos, donde la crisis hacía estragos, ante la falta de recursos para combatirla.

El balance regulador, no pudo seguir siendo sostenido ante la generalización de las crisis mundiales, y comenzó a desmantelarse, abriendo las puertas a un periodo de desestabilización global.

La rivalidad entre el mundo capitalista y el socialista, mediado por la carrera armamentista y la Guerra Fría, así como la propaganda mutuamente descalificadora también entró en crisis, afectando a ambos antagonistas. En esta etapa de la confrontación bipolar, el mundo socialista fue el más afectado, pues el deterioro

económico derivado de los altos costos de manutención de la Guerra Fría, tuvo repercusiones sociales que no pudieron ser contenidas.

Mientras que en el mundo capitalista se paliaban las crisis con medidas emergentes —como el recorte presupuestal a los programas sociales, implementadas por los gobiernos de derecha; en Inglaterra con Margaret Thatcher que tomó el poder en 1979, y en los Estados Unidos con Ronald Reagan, que gobernó a partir de 1981—, el mundo socialista se convulsionaba tras las reformas promovidas por Gorbachov, quien llegó al poder en 1985.

El año crucial fue 1989, con la caída del Muro de Berlín y la ola revolucionaria que recorrió Europa central y oriental en el otoño de ese año, se desencadenó el derrocamiento de los estados socialistas de estilo soviético, proceso que se dio en el espacio de unos cuantos meses.

La crisis originada en Polonia, tras la confrontación del Estado con el movimiento político/laboral del sindicato Solidaridad, y los cambios de línea en la Unión Soviética, desataron una oleada revolucionaria con movilizaciones multitudinarias pacíficas, en Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, y Bulgaria. Rumania fue el único país del Bloque oriental que derrocó violentamente al régimen comunista y ejecutó a su jefe de Estado, Nicolae Ceausescu.

El frágil equilibrio de la etapa del mundo bipolar se rompió a favor del mundo capitalista, donde se introdujeron cambios, de orden político y económico, con preponderancia de estos últimos.

La introducción del neoliberalismo se encontraba respaldada por las transformaciones en el proceso productivo desarrolladas desde inicios de la década de los setenta, y los ajustes ochenteros al estilo de consumo.

Los cambios del primero se conocieron como el «postfordismo». La introducción de la electrónica industrial —robots—, y bajo la influencia japonesa del modelo *just in time*, comúnmente llamado «toyotismo», se procedió a una reconversión inspirada en las estrategias del modelo industrial nipón, orientado a la calidad como principal factor de alta productividad. Desde este modelo, también llamado de la flexibilidad y la fábrica programada, se cuestionaron profundamente las características de la producción en serie y en masa del fordismo norteamericano.

La lógica de consumo en la etapa fordista respondía a los mercados de masas, homogeneizados y estandarizados por una producción sustentada en la seriación, esta fue una condición para el abaratamiento de los productos y la conformación de un consumidor tipo, que respondía a la razón de la ampliación cuantitativa de los mercados, en la formación y desarrollo de nuevas clases consumidoras, procedentes del nivel medio de la sociedad.

Este modelo de consumo masivo no se alteró, pero el principio de la diferencia se impuso a la producción en serie; quedando plenamente superada aquella soberbia afirmación de Henry Ford “Los clientes tendrán un auto del color que quieran, ¡siempre y cuando lo quieran negro!...”, (Coriat, 2004: 26) la que sintetizaba el período de la homogeneización.

En realidad, el Modelo T, que fue el primer auto al alcance de mucha gente, fue ofrecido en diferentes colores entre 1926 a 1927, llegando a utilizarse más de 30 tipos diferentes de pintura, aunque siguieron predominando por mucho tiempo los autos de color negro. En la actualidad, el modelo de base del Ford *Fiesta*, presenta “en promedio un centenar de variantes, según las opciones, las especificaciones, o las normas de exportación”. (Coriat, 2004: 25)

El fordismo, o modo de producción al estilo norteamericano que prevaleció desde 1914, cuando Ford introdujo su política de «*five dollars , and eighth hours*» por jornada laboral, para recompensar a los trabajadores que habían hecho posible la operación de la línea de montaje en cadena de los automóviles; y cuyas innovaciones tecnológicas se extendieron a otras áreas industriales, tocó fondo en la década de los setentas; en adelante se reconfiguraría de nuevo el mundo y el modelo regulador predominante cedería ante las políticas neoliberales, las que tenían todo el camino por delante.

El impacto de las crisis de los setentas, particularmente el aumento del costo de los insumos energéticos, dio pauta a la promoción de un cambio cultural en los hábitos de consumo, lo que requería de innovaciones tecnológicas y productivas que se adecuaran al concepto de economía energética. Uno de los cambios promovidos, que desató una gran resistencia en la sociedad norteamericana fue el uso de coches compactos; pues rompía con uno de los baluartes del modelo de

consumo yankee, y símbolo de prestigio para su sociedad, el tener un enorme *Cadillac*.

Bajo este contexto, apareció, a principios de los setenta, un libro donde se exaltaba lo pequeño y el uso de tecnologías alternativas. Bajo el título de *Small is beautiful*, el economista alemán E. F. Schumacher, en plena crisis del petróleo, 1973, publicó esta obra donde cuestionaba el paradigma de lo grande, lo enorme y colosal que había caracterizado el periodo fordista del modelo regulador.

La prestigiada editorial *The Times Literary Supplement* de Londres clasificó “*Lo pequeño es hermoso*”, entre los 100 libros más influyentes publicados desde la Segunda Guerra Mundial, recibiendo el premio *Prix européen de l'essai Charles Veillon* en 1976. La intención real era muy clara en el marco de búsqueda de alternativas ante las crisis, aunque fuesen de orden ideológico/cultural.

Los ensayos reunidos en este texto, lograron calar hondo en el modelo de macroconsumo de las sociedades del mundo capitalista, aunque mayormente en las europeas, creando el contexto adecuado para reorientar las prácticas del consumo irracional, por un consumo más selectivo, mediado por la búsqueda de la calidad del producto.

En esta trama, se difunde el modelo de la diferencia y del detalle, En adelante el mundo seguiría nuevos lineamientos y directrices que perfilarían la era de la *heterogeneidad global*. Productos no masivos, seleccionados y numerados para los clientes que por su capacidad económica buscaban diferenciarse de la masa consumidora.

Sin embargo, esto no significaba renunciar al modelo del consumo masivo, pues sería una contradicción verdaderamente grave; como decir que el capitalismo renunciaba a seguir siendo capitalismo. La alternativa del consumo diferenciado y selectivo, tendría que convivir con el modelo del consumo masivo, incorporando pertinentemente el producto diferencial. “Al parecer, las economías de escala buscadas bajo la producción en masa fordista se enfrentaron con la posibilidad de manufacturar una gran cantidad de bienes con menos costos en pequeñas series” [...] “La producción de series pequeñas y la subcontratación sin duda tenían la virtud de pasar por alto las rigideces del sistema fordista y satisfacer un espectro mucho

más amplio de necesidades de mercado, incluidas las que variaban con rapidez.” (Harvey, 1998: 179). Esta nueva necesidad del mercado capitalista se le delegó a las llamadas pequeñas y medianas empresas, (PyMES).

2.4 ¿Qué es la globalización?

Hoy todos hablan de globalización, de manera que parece ser un término que ha sido asimilado con cierto desenfado e incorporado al habla coloquial sin mayor problematización. Para el sentido común se trata de dos variables básicas, la económica y la tecnológica, esta última en la perspectiva de la informática y las comunicaciones; ambas, en un sentido tan amplio que involucran a todo el mundo. Es común también, hablar tanto de innovación constante como de incertidumbre y riesgo; y algunos están a favor y otros en contra.

Los que se perfilan a favor de la globalización son identificados como gente de derecha y económicamente pudiente, se piensa coloquialmente en los «burgueses». En contraparte se encuentran las izquierdas, aquellos que han sido críticos del sistema capitalista de consumo y de su orden político, comúnmente son los «eternamente inconformes».

Estas posiciones no son producto de las inercias sociales, ni se trata de más de lo mismo para todo el mundo, pero en grande. Aunque no se puede negar que todos estamos ligados a la globalización, tampoco podemos reducirla a lo conocido, buscando los equivalentes respectivos. La idea de globalización contiene una múltiple y compleja dimensionalidad, que realmente afecta todos los ámbitos del desempeño humano; desde lo cotidiano, hasta lo más profundo de su quehacer científico, social, cultural y humanístico.

Aunque muchos autores han tratado de definir la globalización, cada uno de ellos aporta algún detalle no observado por los otros, en ese sentido, cualquier enfoque serio resultaría suficiente para los fines de esta investigación, cuya intención sería la de contextualizar los procesos que han envuelto las transformaciones del sujeto en este período. Tomaremos algunas ideas prestadas de distintos pensadores a fin de tener un cuadro de referencia básico, pero sólido, en función de las intenciones de este trabajo.

A. Giddens (2000) señala que “La globalización está reestructurando nuestros modos de vivir, y de forma muy profunda. Está dirigida por Occidente, lleva la fuerte impronta del poder político y económico estadounidense y es altamente desigual en sus consecuencias. [...] La globalización influye en la vida diaria tanto como el los acontecimientos que se suceden a escala mundial.” (pp: 15-16).

La globalización como dijimos es un fenómeno muy complejo, pero aparte, se expresa desde la contradicción, como algo que le es característico, algo de sí misma. En la globalización encontramos en convivencia las ideas más encontradas, sociedades multiculturales y fundamentalismos; pues, “En un mundo globalizado, donde se transmiten rutinariamente información e imágenes a lo largo del planeta, todos estamos en contacto regular con otros que piensan diferente y viven en forma distinta que nosotros.” (Giddens, 2000: 16). Sin embargo, lo grave es que esta realidad conserva una contradicción fundamental, la más fundamental, el crecimiento mundial de la pobreza; la existencia de muchos pobres y pocos ricos.

Si bien, desde cierta perspectiva la globalización pareciera un proceso igualador, homogeneizador, por incluir en sus dinámicas a toda la humanidad, en realidad esto ni es cierto, ni considera a todos. En la práctica, la globalización ha venido a exacerbar las desigualdades, no sólo las económicas, sino todo tipo de desigualdad, favoreciendo a ciertas minorías, obviamente las que han sido sus principales precursores y defensores.

La globalización, “Emancipa a ciertos humanos de las restricciones territoriales a la vez que despoja al territorio, donde otros parecen confinados, de su valor y su capacidad para otorgar identidad. Para algunos, augura una libertad sin precedentes de los obstáculos físicos y una inédita capacidad de desplazarse y actuar a distancia. Para otros, presagia la imposibilidad de apropiarse y domesticar la localidad de la cual tendrán escasas posibilidades de liberarse para ir a otra parte.” (Bauman, 2003: 28)

Son demasiados los aspectos que se involucran en el proceso de globalización, pues en realidad son todos, muchos de los cuales ya hemos comentado, pero en el contexto de la globalización se pueden apreciar con mayor claridad.

Un aspecto que cabe subrayar, es el que ha dado lugar a una dependencia cada día mayor del *conocimiento*, pues quien lo posee, tiene mayores posibilidades ante la abrumadora globalización. Pero lo más relevante no es esto, sino como ha venido creando las condiciones de una nueva forma de existencia social, que teje relaciones inéditas y sumamente complejas que han abonado al principio de heterogeneidad social.

Esto tiene sus efectos en el perfil del sujeto de la época, pues es notable que la mayoría de los pensadores que han abordado el tema, coincidan en los efectos y consecuencias de este proceso en la vida de los hombres y las mujeres, niños y ancianos, cultos e incultos, ricos y pobres.

2.5 Producción en el mundo global

Habíamos comentado que el advenimiento del neoliberalismo, y sus mercados libres y globales, fueron parte del proceso transformador del mundo, experimentado desde fines de la década de los ochenta. Por la forma relevante en que se dio este proceso, pareciera que fue un producto sólo de naturaleza política; sin embargo, el caldo de cultivo tuvo otros ingredientes tan importantes como el de tipo político, y con impacto proporcional, aunque no obvio para la mayoría de la gente.

Es interesante como en el imaginario, la creación de mitos sobre la realidad le pone sabor a las cosas. Es el caso de las innovaciones tecnológicas, que han sido atribuidas hasta a los alienígenas, cuando en realidad se deben en parte al develamiento de los secretos de guerra, expuestos al término de la Guerra Fría.

La innovación tecnológica en el terreno de la electrónica, vino a renovar los procesos productivos, insertándolos en un proceso tan intenso que logró constituir una nueva coyuntura histórica, la de la informática y las comunicaciones. “En 1971 nació la microcomputadora, verdadero corazón y centro nervioso de las máquinas modernas.” (Coriat, 2004: 27) En adelante, las normas de competencia productiva estarán signadas por la capacidad de adaptación y diferenciación.

“La posibilidad que ofrece la electrónica de aportar a las líneas de producción la flexibilidad y la adaptabilidad requeridas por el carácter ya esencialmente aleatorio de los mercados, las dota de un atributo irremplazable.” (Coriat, 2004: 27).

Los cambios, apenas perceptibles al inicio de los setentas, se desbordaron, como señalábamos más arriba a fines de los ochenta.

“En efecto, en torno a la microcomputadora y a la computadora en la interface de la electrónica, de la informática y de las telecomunicaciones, un florecimiento de objetos técnicos inéditos, hecho de procedimientos o de productos, lentamente invade el mundo material o teje en secreto las redes de lo inmaterial. [...] una revolución está en curso.” (Coriat, 2004: 27-28)

Esta revolución, de orden tecnológico, marcó definitivamente la muerte de los sistemas rígidos y la producción estandarizada, bases de lo que fue conocido y vanagloriado como parte de la identidad norteamericana, el fordismo.

En el marco de las grandes transformaciones, es importante poner énfasis en lo que se denominó *postfordismo*. Término que incluyó toda una variedad de tendencias, no sólo en el modo de producción técnico y organizativo, sino en un sentido más amplio, cubriendo las exigencias de los dos elementos característicos de la nueva época; la economía neoliberal y la cultura globalizadora.

El postfordismo, de acuerdo al enfoque económico presenta las siguientes características:⁷

Flexibilización del sistema productivo: Se pasa de la rigidez del sistema productivo fordista (productos tipo que requieren sistemas de fabricación estandarizados) a un modelo de especialización y automatización flexible, con capacidad de producir productos diferenciados según exigencias de los diferentes mercados. Esta flexibilidad es posible gracias a:

La introducción de nuevas tecnologías que permiten el uso de máquinas que se pueden reprogramar y que trae como consecuencia la necesidad de una mayor capacitación de los trabajadores. Específicamente las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que permiten tanto una planificación precisa y monitorización en tiempo real, como la gestión de sedes

⁷ El resumen que se presenta se tomó del siguiente portal: <http://www.forocomunista.com/t17900-postfordismo-el-nuevo-modo-de-produccion-capitalista>

físicamente muy alejadas entre sí. Unido a la automatización de los procesos más rutinarios y repetitivos, que acaba con el tipo medio de trabajador fordista de muy baja cualificación.

La subcontratación: las grandes empresas encargan partes o la totalidad de un proceso a otras empresas especializadas. La deslocalización sería una forma específica de la subcontratación con empresas de otros países con un mercado laboral más barato.

La introducción del concepto de red, tanto el de “empresa red” como el de “redes de empresas”, como forma organizativa más eficaz para afrontar y gestionar las nuevas demandas y las nuevas formas de producción. La empresa deja de ser una estructura monolítica, para convertirse en un conglomerado de unidades que se relacionan entre sí y cuya gestión deja de estar jerarquizada.

Producción Just-in-time: es decir, producir únicamente aquello que se necesita, manteniendo los stocks al mínimo. Lo que lleva a la necesidad, por parte de las empresas, de buscar formas de flexibilizar la contratación de trabajadores. El postfordismo industrial es un modelo que prioriza la gestión del excedente, busca optimizar la relación entre lo que se necesita (materias primas, fuerza de trabajo, energía, etc.) y lo que se produce.

Flexibilización del mercado laboral: La flexibilización del mercado laboral viene determinada por los cambios de la organización industrial para adaptarse a los nuevos escenarios económicos y de consumo. Al contrario que en el fordismo, en donde un trabajador podía pensar en un ciclo de vida laboral largo y seguro, en el postfordismo es característica la precariedad.

La temporalidad es el recurso de las empresas para afrontar ajustes de la actividad productiva. Los contratos se hacen por tiempos limitados, mientras la empresa necesita mano de obra para responder a un pico de demanda o a un incremento estacional. También podríamos incluir aquí el aumento de contrataciones de tiempo parcial.

Salarios bajos, al deslocalizar o subcontratar en mercados laborales más baratos y al producir para la exportación se rompe la asociación entre producción y clase media trabajadora característica del fordismo. Ya no es necesario pagar sueldos altos a los trabajadores porque las empresas venden a otros y porque pueden encontrar trabajadores más baratos.

Fragmentación de la negociación laboral, a consecuencia de la diversidad de estructuras productivas y la configuración en red, las empresas negocian con una diversidad de situaciones laborales y tipos de empleados (fijos, temporales, subcontratas) lo que reduce la capacidad de negociación de cada uno de esos grupos e incluso permite a la empresa evitarla por situarlos fuera de convenio, etc., por no mencionar los distintos requisitos por países si la empresa está internacionalizada.

Estas directrices resumen adecuadamente lo que se dio en llamar el postfordismo, las cuales, si bien parecían sólo tendencias ante situaciones de crisis generalizadas, terminaron por imponerse como políticas de Estado, tanto para el primer mundo, como para el resto de los países; ejemplo de ello fueron las propuestas de los neoliberales para hacer frente al problema del subdesarrollo en América Latina, que era para ellos parte de las crisis en curso, las cuales quedaron sintetizadas en lo que se conoce como el Consenso de Washington, signado en 1989 por los organismos financieros internacionales, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de desarrollo (BID) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE); donde aparecen en perspectiva estos principios traducidos en políticas de desarrollo, neoliberal, por supuesto.

El postfordismo, antes de su denominación como tal, constituía las estrategias corporativas para la supervivencia ante la magnitud de las crisis. “El cambio tecnológico, la automatización, la búsqueda de nuevas líneas de producto y de nichos de mercado, la dispersión geográfica hacia zonas con controles laborales más cómodos, fusiones y medidas destinadas a acelerar el giro del capital, aparecieron en el primer plano...” (Harvey, 1998: 170).

El modelo de acumulación flexible resultó el más pertinente ante las transformaciones del mundo productivo y de las pautas de consumo. Su difusión mundial, prácticamente sin trabas, ni políticas, ni de mercado, ni de tipo laboral, terminó consolidándose con la incorporación de China al sistema globalizado.

Una nueva realidad se hacía cotidiana, las elucubraciones teóricas fueron sorprendidas por la fragilidad de sus argumentos ante hechos inéditos y contingentes, la posmodernidad ya se había instalado mientras se seguían discutiendo los efectos del último crack de las bolsas.

La heterogeneidad global invadía todos los ámbitos, convirtiéndose en la nada, a lo que el sujeto hubo de replegarse casi religiosamente, ya que ahora no era nada, lo único con sentido era la nada. “La búsqueda de respuestas políticas a las grandes cuestiones del futuro se ha quedado ya sin sujeto y sin lugar.” (Beck, 2008: 29)

CAPÍTULO 3. Sociedad en transición, modernidad - posmodernidad

La capacidad de adaptación que alcanzó el sistema capitalista ante la crisis económica de 1929, dejó sentado un precedente fundamental de este tipo de organización socioeconómica nacida con la modernidad: no sería sencillo su relevo. Los nuevos tiempos de crisis de la década de los setentas, fueron precedidos por movilizaciones en muchas partes del mundo en 1968, anunciando que los buenos tiempos se acercaban a su fin. Aunque en ningún país estas movilizaciones evolucionaron a un movimiento social de trascendencia, se pueden considerar como un precursor político y cultural del surgimiento del posmodernismo. Tras estos eventos, se desató un nuevo proceso de actualización del modelo operándose una metamorfosis en sus prácticas económicas, políticas y culturales que en general constituyeron una dimensionalidad que se entendió como un momento de transición histórica, pues se perfilaron nuevos horizontes sociales que postularon la necesidad de un reordenamiento ante las tendencias caóticas y fragmentarias que evidenciaban tintes posmodernos.

El modelo civilizatorio conocido como modernidad empezó a ser ampliamente debatido, y no era la primera vez que esto sucedía, de hecho, de acuerdo con Alain Touraine el proyecto social original de la modernidad “fue desbordado y luego derribado por la creciente autonomía de la actividad económica, y más precisamente del capitalismo, y quedó reducido a no ser otra cosa que la respuesta ideológica de las clases medias, amenazadas por un lado por el poder y la ganancia de los empresarios y por el otro por la miseria y las reivindicaciones de los trabajadores.” (Touraine, 2003: 135) No obstante, este modelo permitió a Occidente varios siglos de desarrollo e instauró su hegemonía mundial.

Para algunos autores como David Harvey (1998), las características de la sociedad actual a pesar de sus innumerables transformaciones, han configurado una nueva versión de la misma sociedad, una versión actualizada del modelo de la modernidad, pues según él, estos cambios “aparecen más como desplazamientos

en la apariencia superficial que como signos del surgimiento de una sociedad íntegramente poscapitalista, o hasta posindustrial.” (p. 9)

En el argot intelectual se empezó a hablar de posmodernidad muy a la ligera, aludiendo las transformaciones que se expresaron en todos los ámbitos sociales, particularmente al referir los cambios del ámbito de producción industrial, facilitados por el superdesarrollo de la tecnología; aunque el modelo relacional forjado por la modernidad se mantenía vigente en sus aspectos fundamentales, incluso se percibía ahondado.

Es indudable que las aplicaciones tecnológicas siguen acarreado profundas transformaciones que han permitido superar muchas de las limitaciones y dependencias en la producción industrial, lo que ha hecho evidente su capacidad de adaptación e interiorización de contradicciones sin ponerse en un serio peligro y seguir desarrollándose. U. Beck (2008) expresa esta capacidad de la siguiente manera:

Los empresarios han descubierto la nueva fórmula mágica de la riqueza, que no es otra que «capitalismo sin trabajo más capitalismo sin impuestos» [...] Los países de la UE se han hecho más ricos en los últimos veinte años en un porcentaje que oscila entre 50 y 70%. La economía ha crecido mucho más deprisa que la población. Y, sin embargo, la UE cuenta ahora con veinte millones de parados, cincuenta millones de pobres y cinco millones de personas sin techo. ¿Dónde ha ido a parar este plus de riqueza? En Estados Unidos, es de sobra sabido que el crecimiento económico sólo ha enriquecido al 10% más acomodado de la población. Este 10% se ha llevado el 96% del plus de riqueza. (p. 23)

La conformación de un capitalismo sin trabajo es una idea muy radical que vendría a trastocar uno de los principales sustentos de la modernidad, el de la valorización del capital. Al difundirse la automatización de los procesos de trabajo, desde inicio de los setentas, se redujo sustancialmente la participación de la fuerza de trabajo, esto sin embargo, no logró desplazar el principio de la valorización capitalista. A pesar de ello, se empezó a hablar de una sociedad postindustrial.

El supuesto colapso de la modernidad, fue en realidad la superación de muchas de sus contradicciones, la refuncionalización de otras, y la conservación de aquellas que sirvieron a sus intereses, como la existencia de la propiedad privada, que sin ser producida por ella, sustentaron su sentido clasista.

Si la idea de posmodernidad supone de entrada una superación de los principios modernos, no se podría hablar entonces de posmodernidad, sin la extinción del principio de la propiedad privada; pero como este principio no fue de origen moderno, aunque la modernidad lo adoptó, igual puede pasar en la posmodernidad.

Esto nos lleva a suponer que posmodernidad, no significa en realidad la idea de superar la modernidad, sino algo que si bien, está más allá de lo moderno, puede ser en realidad su continuidad o su necesaria actualización. La difusión del neoliberalismo constituye una evidencia contundente de esta afirmación.

David Harvey se hace esta pregunta “¿En qué consiste entonces este posmodernismo del que muchos hablan hoy? ¿Acaso la vida social ha cambiado tanto desde comienzos de la década de 1970 como para que podamos hablar con razón de estar viviendo en una cultura posmoderna, en una época posmoderna? ¿O se trata simplemente de que las tendencias de la alta cultura exhiben, como de costumbre, una nueva torsión, y que las modas académicas también han cambiado sin generar casi una variación de efecto o un eco de correspondencia en la vida diaria de los ciudadanos corrientes? (Harvey, 1998: 21)

El debate es muy amplio y complejo, abarca prácticamente todos los ámbitos del desempeño humano, pero es particularmente notable en el arte, la arquitectura y la literatura. Harvey (1998) cita al crítico literario Terry Eagleton (1987) en una ilustrativa definición de la posmodernidad en estos términos: “Existe quizás un cierto consenso según el cual el típico artefacto posmodernista es leve, auto-irónico y hasta esquizoide; y reacciona a la autonomía austera del alto modernismo adoptando de manera imprudente el lenguaje del comercio y de la mercancía. Su posición con respecto a la tradición cultural es la de un pastiche irreverente, y su artificial superficialidad socava toda solemnidad metafísica, en ocasiones mediante una estética brutal de suciedad y shock.” (p. 23)

En muchos sentidos las expresiones identificadas con la posmodernidad son una reacción a las directrices de la modernidad, pero esto no significa que se postule una antítesis de la misma. Un importante aspecto que caracteriza a la posmodernidad es el rechazo de los discursos universales o totalizantes, aunque estos se identifican con la modernidad, no olvidemos que las principales directrices de origen ilustrado que signan la modernidad fueron subvertidas desde casi su surgimiento, como el principio de la universalidad y la igualdad.

También los anhelos emancipatorios, las expectativas de progreso moral, de justicia y libertad se fueron apagando. “Peor aún, existe la sospecha de que el proyecto de la Ilustración estaba condenado a volverse contra sí mismo, transformando así la lucha por la emancipación del hombre en un sistema de opresión universal en nombre de liberación de la humanidad.” (Harvey, 1998: 28)

El hecho de que el posmodernismo privilegie “la heterogeneidad y la diferencia como fuerzas liberadoras en la redefinición del discurso cultural” no lo posiciona tan lejano del modernismo; ya pensadores como Marx o Baudelaire, sostenían sobre la modernidad un sentido de fragmentación, de lo efímero, del cambio caótico, de lo huidizo y lo contingente. De hecho los llamados meta-relatos universalistas, totalizantes y emancipatorios, como el marxismo o el freudismo, quedaron en eso en meros relatos.

Harvey (1998) afirma que “la modernidad no sólo supone una violenta ruptura con alguna o con todas las condiciones históricas precedentes, sino que se caracteriza por un proceso interminable de rupturas y fragmentación internas.” (p. 27) De acuerdo con esto se podría suponer que la llamada posmodernidad podría ser otra más de estas rupturas.

Lo cierto es que las expresiones diferenciadas de estas tendencias, en las diferentes disciplinas, han puesto en evidencia la falta de consenso sobre las coincidencias y las diferencias entre los principios de modernidad y posmodernidad, si este último es revolucionario o conservador, si es un estilo o un periodo. “¿O se trata simplemente de la comercialización y domesticación del modernismo, y de una reducción de las aspiraciones ya gastadas de este último a un *laissez-faire*, a un eclecticismo mercantil del «todo vale»? Por lo tanto, ¿socava la política neo-

conservadora o se integra a ella? ¿Y acaso atribuimos su aparición a una reestructuración radical del capitalismo, a la emergencia de una sociedad «posindustrial», o lo consideramos como «el arte de una era inflacionaria» o como «la lógica cultural del capitalismo tardío»...?» (Harvey, 1998: 59)

Las reflexiones sobre esta contraposición son de importancia indiscutible, sin embargo, para los fines de este trabajo, si la posmodernidad es una continuación de la modernidad, o si es una negación de la misma, resulta lo mismo, ya que lo que nos ocupa es tratar de identificar los cambios operados en el sujeto de acuerdo con este contexto.

Desde la perspectiva de la contraposición de lo moderno y lo posmoderno, Hassan (1975, 1985, citado en Harvey, 1998) elabora un esquema de las diferencias, o bien oposiciones estilísticas, entre estos conceptos.

Diferencias esquemáticas entre el modernismo y el posmodernismo	
<i>modernismo</i>	<i>Posmodernismo</i>
romanticismo/simbolismo	patafísica/dadaísmo
forma (conjunta, cerrada)	antiforma (dislocada, abierta)
propósito	juego
jerarquía	anarquía
maestría/logos	agotamiento/silencio
objeto de arte / obra terminada	proceso/performance/happening
distancia	participación
creación/totalización/síntesis	destrucción/deconstrucción/antítesis
presencia	ausencia
centramiento	dispersión
género/frontera	texto/intertexto
semántica	retórica
paradigma	sintagma
hipotaxis	parataxis
metáfora	metonimia
selección	combinación
raíz/profundidad	rizoma/superficie
interpretación/lectura	contra la interpretación/equívoco
significado	significante
legible	escribible
relato/ <i>grande historie</i>	anti-relato/ <i>petit historie</i>
código maestro	idiolecto
síntoma	deseo
tipo	mutante
genital/fálico	polimorfo/andrógino
paranoia	esquizofrenia
origen/causa	diferencia-diferencia/huella
dios padre	espíritu santo

metafísica	ironía
determinación	indeterminación
trascendencia	inmanencia

Y yo le agregaría.

simulación	cinismo
------------	---------

Este último aspecto reviste una particular importancia en la comprensión de los cambios que han configurado el tipo de sujeto de los tiempos posmodernos, por ello desarrollaré un pequeño apartado sobre este aspecto en particular.

3.1 De la simulación moderna al cinismo posmoderno

Para entender el carácter simulador de la modernidad tenemos que explorar un poco en torno a la ideología, y su función en el mantenimiento de un conjunto de creencias que se asumen en la sociedad como verdades que le otorgan cierto sentido en particular, lo cual juega un papel fundamental en la conformación del perfil del sujeto en distintos momentos históricos.

La ideología fue también producto de la modernidad, se conforma en el contexto de la Revolución Francesa, en 1917, el término se atribuye a Antonie Destutt De Tracy, quien era el responsable del Instituto de Francia, cuya misión era la difusión de las ideas de la Ilustración. Originalmente el término constituía la base de una ciencia de las ideas y tenía una connotación positiva, pues buscaba ser el fundamento explicativo de la construcción de las ideas y su función en la regulación social.

La ideología pasó rápidamente a representar los intereses de quienes la sustentan, en ese sentido, no puede ser ni buena ni mala, sino en razón del carácter de los mismos intereses. Si existe una preocupación por la emancipación de ciertos prejuicios podrá ser una ideología positiva, si los intereses son por mantener un estatus de dominación y control de la sociedad, entonces se verá negativa.

El descrédito de este concepto se va a difundir por los excesos de quienes la utilizaron para tratar de lograr supremacía social; ejemplos paradigmáticos de

ideología negativa fueron el nazismo y el estalinismo, de donde se asoció el término con la irracionalidad y el dogmatismo.

En la perspectiva negativa, la ideología se define como, “el conjunto de ideas y de representaciones que se imponen a las personas como verdades absolutas, produciendo un autoengaño, una ocultación en su pensamiento y formas de actuar...” (Torres, S.J., 1998: 17).

En sentido positivo se puede entender que “La función de la ideología en la sociedad humana se concentra principalmente en la constitución y modelado de formas bajo las cuales las personas viven y construyen significativamente su realidad, sus sueños, deseos y aspiraciones.” (Torres, S.J., 1998: 17)

¿Cómo opera la ideología en los sujetos?, de acuerdo con Göran Therborn (1987) citado en Torres (1998), conformando su pensamiento en relación a tres aspectos fundamentales:

1. *Lo que existe*, y su corolario, lo que no existe; es decir, contribuyen a hacernos conscientes de la idea de quiénes somos, qué es el mundo y cómo son la naturaleza, la sociedad, los hombres y las mujeres.
2. *Lo que es bueno*, correcto, justo, hermoso, atractivo, agradable, así como todos sus contrarios. Esto ayuda, por consiguiente, a la normalización de nuestros deseos y aspiraciones.
3. *Lo que es posible e imposible*. Conociendo ambas dimensiones definimos las posibilidades y sentido del cambio, así como sus consecuencias. Nuestras esperanzas, ambiciones y temores quedan así contenidos dentro de los límites de las posibilidades concebibles. (p. 17)

Estas tres dimensiones del proceso ideológico van a jugar de manera importante en la conformación del discurso de mantenimiento de la sociedad; subrayando los aspectos de la realidad que refuerzan los intereses dominantes, y negando los antagónicos. Disfrazando la realidad para ocultar la responsabilidad del poder dominante respecto de los males de la sociedad, transfiriendo su abandono a los que los sufren. O bien, se atribuyen a la influencia de variables exógenas imposibles de modificar.

“La ideología traduce [...] una visión del mundo, una perspectiva sobre las cosas, acontecimientos y comportamientos, pero siendo al mismo tiempo conscientes de que esta concepción del mundo es una construcción sociohistórica y que, por consiguiente es relativa, parcial y necesita de una reelaboración permanente, para evitar caer en un absolutismo que impida la reflexión y favorezca la dominación de los hombres y mujeres.” (Torres, S.J. 1998: 18)

Al constituirse como base de una visión del mundo, la ideología aparece en toda actividad individual y social y se constituye como fundamento del sentido identitario de una sociedad, normaliza sus actos y restringe sus deseos; de esta manera, la ideología se incorpora como parte del sentido común en las personas y dar lugar a conductas tanto racionales como irracionales. No actúa de manera homogénea, mecánica, ni automática, se constituye de manera un tanto caótica, pues aunque existen directrices sociales generales, también se manifiesta como una diversidad de opinión y acción de cada sujeto.

Este doble estándar de la ideología es lo que encauzó la tendencia simuladora de la modernidad, al constituirse como una solución flexible ante las contradicciones que se hicieron evidentes ante el ascenso de la burguesía como clase hegemónica a escala mundial. La necesidad de mantener ciertas relaciones sociales sin negar los principios derivados de la Ilustración, fue el caldo de cultivo de la simulación. Marx ya identificaba en la modernidad un proceso contradictorio al propugnar el individualismo y la igualdad al mismo tiempo; lo que se tradujo en la conversión de los principios ilustrados en meras apariencias.

La idea de igualdad resulta ilustrativa, cómo sostener este principio en una sociedad de clases, y lo que es más complejo, donde existen unas clases sobre otras, es decir, desigualdad social. Para no perder legitimidad, la burguesía mantuvo el principio como igualdad abstracta, pero en la práctica se difundió una desigualdad social diferenciada intencionalmente. Abundan los ejemplos de igualdad abstracta, ya que opera cuando esta beneficia los intereses de la clase dominante. La discriminación del negro desaparece cuando hay que mandarlo a la guerra; la mujer resulta igual al hombre, si se trata de trabajar.

Estas prácticas sociales resultan en una sociedad hipócrita, donde se valora significativamente la apariencia, lo que termina conformando una gran pantalla ideológica de verdades a medias, de prácticas simuladoras, donde lo real se diluye, donde la mentira es la regla y la verdad, como dice Joaquín Sabina, es tan sólo un cabo suelto de la mentira.

Es curioso explorar la difusión de las prácticas simuladoras en todos los ámbitos sociales, en otras palabras, la alta modernidad termina conformando un sujeto simulador, lo que se va a mantener en formas muy refinadas hasta la llegada de la posmodernidad.

En la etapa del mundo bipolar se acuñó un autoconcepto del mundo capitalista como el «mundo libre», la intención ideológica era obvia, en los mundos adversarios no existía la libertad, y nadie cuestionaba de qué tipo de libertad se hablaba. Era claro que de la misma manera que se manipulaba la igualdad abstracta, se manipulaba una libertad abstracta.

Coloquialmente se entiende por simulación, el esfuerzo que hace una persona por convencer, o demostrarle a los demás, que está haciendo, lo que no hace. En la burocracia mexicana se puso de moda la expresión, «ellos hacen como que me pagan, y yo hago como que trabajo».

El mundo de las apariencias y la imagen, se impone sobre los principios y los valores, como establece el nihilismo, se trata del triunfo de lo estético sobre lo ético.

Se puede decir que en la modernidad la legitimación de algo, se encuentra mediada por la eficacia de la simulación. Y esto se manifiesta prácticamente en todos los desempeños humanos. El poder político, legítimo, va mediado de un proceso electoral, no importa que se realice con fraude y compra de votos; las campañas electorales son el medio simulador más hipócrita que hay, desde la selección del candidato, el cual repite y repite en cada proceso, y siempre se presenta como el futuro. En la propaganda aparece con una imagen joven y proactiva, ya que utiliza fotos de 30 años atrás. Los compromisos son absolutamente incumplibles, y se sigue insistiendo en este mecanismo como propio de la democracia.

Se puede decir entonces que el carácter simulador de la modernidad es parte de su perfil y no un caso aislado como pudiera pensarse.

Hoy en día las cosas son más graves, el poder de las clases privilegiadas ha llegado a un punto donde ya no le es necesario mantener el principio simulador, pues el control que han logrado es tan amplio y eficaz que les permite pasar sin consecuencias al cinismo.

En la cotidianidad se fomenta este principio posmoderno. Antes de ver algunos ejemplos, veamos ¿por qué es un principio posmoderno?

La modernidad sostenía la existencia de un conjunto de principios, valores y fines sociales e individuales, los que ante la imposibilidad de mantenerlos vigentes, dieron la pauta para las prácticas simuladoras. Nietzsche, el profeta y teórico del nihilismo, comprendió profundamente este proceso, anunciando el advenimiento del nihilismo en los siguientes términos: “El hombre moderno cree experimentalmente a veces en este, a veces en aquel *valor*, para abandonarlo después; el círculo de los valores superados y abandonados es siempre muy vasto; constantemente se advierte más el *vacío* y la *pobreza de valores*; el movimiento es incontenible –si bien se ha intentado frenarlo con gran estilo-. Finalmente, el hombre se atreve a una crítica de los valores en general; reconoce el origen; conoce demasiado para no creer más en ningún valor; he aquí el pathos, el nuevo escalofrío... Esta que les cuento es la historia de los próximos dos siglos. Describo lo que sucederá, lo que no podrá acontecer de manera diferente: el advenimiento del nihilismo.” (Nietzsche, citado en Reale, 1996: 22-23)

La posmodernidad al negar todo lo moderno renuncia a todo tipo de principios, de valores, y de fines, adscribiéndose así al nihilismo, el cual sostiene que las cosas son como son, punto. La posmodernidad se despliega al margen de los escrúpulos, niega la hipocresía moderna y se presenta con descaro. «Se ve caro, lo es...» versaba un comercial de una bebida alcohólica, «es un pequeño lujo, pero creo que lo valgo» decía otro, y que tal «soy puro palacio», o los coches para los triunfadores, o la zona Vip.

Ya no se trata de avergonzarse de los defectos de la sociedad, pues ahora se consideran virtudes, ya no se trata de una división en clases sociales simple, pues parece que vivimos en una sociedad de castas.

El sujeto de la modernidad trataba siempre de aparentar, el rico que no era tan rico y el pobre, que no era tan pobre. En una encuesta a principios de los noventa, se preguntaba al entrevistado, a que clase social pertenecía, independientemente de la zona económica, casi todos respondieron que a la clase media, pobres, muy pobres y ricos. La posmodernidad no hace concesiones, eres pobre o eres rico. La simulación ha cedido al cinismo, particularmente en los que pertenecen a los privilegiados. El sujeto posmoderno puede renunciar a los atavismos si quiere, y si no, pues no pasa nada tampoco, ya que cada quién cree en sí mismo, y en lo que cree qué es.

El cinismo posmoderno opera ya en muchos ámbitos, se refleja en el poder, económico, político, y cultural, en la impunidad, en el abuso, y no se diga en la explotación del trabajo, pero estas nuevas directrices van a convertirse también en la regla de los «jodidos», que van a robar, matar y secuestrar, sin sentir culpa alguna, y si los «tuercen» pues ya se verá si se soborna a la autoridad.

Que podríamos esperar si se nos pone como ejemplo del éxito a personas como Bill Gates o Steve Jobs, «yuppies» que amasaron sus fortunas apropiándose de ideas ajenas, con triquiñuelas y engaños. Y qué es, lo que sostienen estos ejemplos de la juventud posmoderna. En 1984, Steve Jobs en una entrevista declaró, apropiándose se la frase original de Picasso, “los buenos artistas copian, los grandes roban...”. Práctica que elevó Bill Gates a virtud y principio.

En 2007, Bill Gates dictó una conferencia a estudiantes y padres de familia en una universidad, donde, cínicamente enumeró sus 11 reglas para el éxito de los jóvenes, la primera sostiene: *La vida no es justa, acostúmbrate a ello*. Realismo sociológico o cinismo; la segunda regla dice: *Al mundo no le importará tu autoestima. El mundo esperará que logres algo, independientemente de que te sientas bien o no contigo mismo*. ¿Al mundo?, para qué sentirse mal, si al mundo le vales, el único fin es el del beneficio, todo lo demás es intrascendente, y así siguió descosiéndose cínicamente.

Es ilustrativa la nota que da cuenta de que Joaquín «el Chapo» Guzmán, celebre narcotraficante mexicano, ya no apareció en 2013 en la revista Forbes, que hace el conteo de multimillonarios en el mundo, después de figurar en ella desde 2009. La revista es objetiva, el señor tiene el pase a la portada, el origen del dinero es lo de menos, no hay simulación, es puro cinismo.

La simulación aunque es algo obsoleto, cabe aún en ciertos estratos de clase media, que tratando de escalar socialmente, echan mano de este recurso, convirtiéndolo en capital simbólico para mantener una imagen de éxito a crédito.

El problema de las clases medias es que su posición los constriñe a rechazar lo que se encuentra por debajo de ellos y a idolatrar lo que está por encima. Estas actitudes las explica Pierre Bourdieu a través de su concepto de *habitus*, que viene a ser un elemento fundamental de la reproducción cultural en una sociedad, pues al imponerse arbitrariamente se legitima como la verdadera cultura, aunque no sea producida por estas clases.

“El *habitus* es el conjunto de modos de ver, sentir y actuar que, aunque parezcan naturales, son sociales. Es decir: están moldeados por estructuras sociales, se aprenden.” (Flachslan, 2003: 53)

Los miembros de una sociedad hacen lo que tienen que hacer, pues las reglas sociales, son reglas establecidas que actúan más allá de la conciencia individual. Aunque el *habitus* actúa sobre toda la sociedad, son las clases medias quienes se interiorizan fuertemente con él y lo hace suyo de manera más significativa.

Esto no quiere decir que las clases bajas sean inmunes al *habitus*, ya que este da lugar a un conjunto de relaciones de sentido dentro de la sociedad. “Estas relaciones de sentido constituyen la dimensión simbólica del orden social. La dimensión simbólica habilita la existencia de situaciones de injusticia. ¿Y cómo lo hace? ¿A través de un plan deliberado trazado con maldad por los agentes poseedores del capital para perpetuar su dominación? No sólo, Es peor aún: el plan, algunas veces, surge de los mismos agentes oprimidos.” (Flachslan, 2003: 57)

Veamos con calma, si el desempeño social es resultado, en cierto sentido, de un *habitus*, que pesa socialmente y que hace actuar a los individuos de manera, que, incluso lleguen a negarse a sí mismos, entonces la tendencia puede

identificarse como de simulación, ya que en realidad, lo que hacen no es lo que en realidad son. Bourdieu lo entendía como violencia simbólica, es decir una violencia que se ejerce sobre un agente con la anuencia de éste. “La violencia simbólica es aquella que un sistema cultural determinado impone con el consentimiento de los propios dominados. Ese consentimiento es el que permite que la cultura «arbitraria» sea vista como legítima y triunfadora. En la medida en que la cultura es aceptada como indiscutible legitima las relaciones de poder y contribuye a su reproducción sistemática.” (Flachsland, 2003: 71)

La simulación es pues producto de la modernidad, histórica y procesualmente, surge de la manera en que la burguesía resolvió las contradicciones que imponían las directrices ilustradas al proyecto de sociedad. Se fortalece al establecerse una ideología dominante que hace aparecer aquellos principios ilustrados como la libertad y la igualdad, como meros conceptos abstractos que no tienen nada que ver con la realidad; y se consolida con el desarrollo del *habitus* social que logra que los desposeídos interioricen la dominación. Este aspecto lo han abordado desde distintas aristas varios pensadores en el ámbito pedagógico, como Pablo Freire en su “*Pedagogía del oprimido*”, o en los trabajos de Michel Apple o Philip Jackson con el concepto de curriculum oculto.

Si en un momento dado, mantener las apariencias era parte del juego para mantener el orden social de la modernidad, esto está siendo superado por los usos de la posmodernidad.

La necesidad de simular no ha desaparecido, ya que se encuentra en función del capital que cada grupo social y sus miembros, logren adquirir. Siguiendo a Bourdieu, existen tres tipos de capital: el *capital clásico*, que se refiere al económico; el *capital social*, que son las relaciones, contactos y prestigio que alguien adquiere; y el *capital cultural*, los conocimientos y las habilidades que se logran en el desarrollo de cada persona.

Todos compiten por apropiarse de cierto capital, y lo logran casi siempre de manera parcial, pero entre más capital de los tres tipos se posee, es menos la necesidad de simular. Por el contrario, el que logra capital económico, aunque tiene poder de consumo y acceso a ciertos espacios, no es fácilmente aceptado en donde

hay más capital cultural o social que el que él posee, así que éste se ve en la necesidad de aparentar hasta donde le permite su poder económico. Ejemplo típico de esto, son las personas que han hecho algo de fortuna y de inmediato deciden enviar a sus hijos a colegios privados caros, donde su integración es casi siempre parcial, por las diferencias y prácticas sociales, en términos de Bourdieu, el capital adquirido nunca va a ser tan poderoso con el capital heredado.

Actualmente, lo que se hace evidente es el cinismo, aquellos que logra superar las limitaciones que imponen los capitales, y adquieren mucho poder, pueden manifestarse con cinismo, es lo que llamamos los «influyentes», que bien puede ser el chofer de un potentado, pues asume el poder de su amo y es cínico con los demás. Esto es posible en la posmodernidad, veamos por qué.

3.2 Nihilismo, el traje de la posmodernidad

La doctrina nihilista es elaborada por Nietzsche en varias de sus obras a fines del siglo XIX, con ella anticipaba la decadencia y los excesos de la humanidad al abandonar los valores y fines que le daban sentido a su existencia. Nietzsche muere en 1900, aquejado por una grave enfermedad mental, paradójico fin del filósofo que aborrecía la humildad, la misericordia, y afirmaba el poder, lo superior ante los sentimientos.

Nietzsche elabora el significado del nihilismo a partir de 1887 acotando: “...falta la finalidad; falta la respuesta el ¿para qué?... Los presupuestos del nihilismo son: Que no existe una verdad; que no existe una constitución absoluta de las cosas, una cosa en sí” [...] “Nietzsche resumió la esencia del nihilismo, en sentido global, con la fórmula «Dios ha muerto»” (Reale, 1998: 23-24).

Mucha de la fama de Nietzsche se debe a esta frase, la que se ha interpretado como la tendencia al ateísmo; en realidad no se trata de ello. Heidegger clarifica el carácter hermenéutico de esta expresión señalando que “...la afirmación «Dios ha muerto» es la *fórmula emblemática del nihilismo y significa que ha perdido toda consistencia y toda relevancia el mundo meta-sensible (el mundo metafísico) de los ideales y los valores supremos, concebidos como ser en sí, como causa y como fin,*

es decir como aquello que da sentido a todas las cosas materiales en general y a la vida de los hombres en particular”. (Reale, 1998: 29)

En la modernidad el nihilismo se asociaba con los excesos, falta de ideales, pérdida de valores, ausencia de Dios. Hoy, después de un siglo de la muerte de Nietzsche, su profecía sigue vigente, sólo que, lo que él veía como exceso, actualmente es parte de la vida cotidiana posmoderna.

El nihilismo no sólo fue la raíz de los males espirituales de la humanidad, él mismo floreció en un estilo de vida fundado sobre intereses materiales, donde el «valor supremo» es el dinero, la búsqueda del éxito en lo superficial y lo cosmético, en resumen el empobrecimiento espiritual humano.

Este espíritu perezoso del sujeto posmoderno se proyecta en el vacío y la nada, la falsificación y los sucedáneos, por ello proliferan los vicios, los falsos ideales, las pseudo-religiones, las drogas, la pornografía, la pedofilia, los asesinos en serie, los niños sicarios. No existe el pasado, no hay futuro.

La influencia del nihilismo en la posmodernidad fue evidente, Giovanni Reale enlista siete aspectos principales que denomina las máscaras del nihilismo, y que se ajustan a la posmodernidad como un traje hecho a la medida. Nietzsche no habló de posmodernidad, pero advirtió que el nihilismo era una doctrina que al menos sería vigente por dos siglos, ya pasó uno, y sus principios en lugar de agotarse se fortalecen.

Resumiré los postulados de estas tendencias del nihilismo y su incorporación a la posmodernidad:

Bienestar material como sucedáneo de la felicidad. Este punto ya lo exploramos un poco anteriormente. El inusitado desarrollo de la productividad que experimentó la producción industrial en el primer tercio del siglo XX, dio lugar a una abundancia de bienes materiales, y la búsqueda ilimitada de los mismos, en un consumo irracional que se convirtió en hiperconsumo desordenado y sin sentido. El hombre productor de la modernidad se trastoca en el hombre consumidor posmoderno.

Nietzsche sostiene que el hombre no aspira a la felicidad sino al poder, y ya vimos cómo el poder permite al hombre pasar de la simulación al cinismo, así, la

pretensión de felicidad se sustituye por el gusto de los bienes de consumo producidos por la técnica, es decir, la felicidad queda rebajada al plano material y físico, de manera que el consumo se constituye como un sucedáneo de poder.

La difusión de la violencia. Esta parece ser una constante de la humanidad, desde tiempos bíblicos tiene seguimiento; la figura de Caín representa al primer asesino de un hombre. El aniquilamiento mediante la mano acompaña el aniquilamiento mediante el juicio, señala Nietzsche.

La diferencia estriba en que la violencia en la modernidad siempre trataba de ser justificada, se argumentaban los por qué de estos actos, se buscaban los móviles ocultos del crimen, hasta la guerra tenía una justificación. Aunque las justificaciones nunca eran convincentes, pues casi siempre se evidenciaban los intereses, pero estos constituían siempre la última justificación. Si no aparecían los móviles del crimen, entonces la persona podía considerarse demente.

Actualmente las cosas no han cambiado mucho, de hecho se han agravado, pues los intereses parecen cada vez más espurios, sin sentido, ni justificación válida, ni ética, ni moralmente. Parece ser pues, que hoy en día la violencia se constituye en el método privilegiado para la solución de cualquier tipo de problema.

El genocidio, practicado de manera excelsa en la modernidad, se practica ahora a nivel micro, los narcos realizan sus minigenocidios de migrantes en los estados del norte de la República Mexicana. Y el asesino serial, hace su microgenocidio personal utilizando su patio como fosa común, algo muy visto en los Estados Unidos.

El olvido del amor. Resulta difícil de aceptar que entre los valores perdidos, también se haya perdido el amor, si bien ha sido negado y desarraigado de las formas de vida actual y sustituida por el sexo, puede ser que el amor sea la única cura posible contra el nihilismo. El Eros ha sido sometido a las leyes del mercado, el mercadeo de sexo se practica de manera impune e indiferente; el beneficio económico que esto representa, revela la poca y casi insignificante relevancia del amor. El sexo es el sucedáneo del amor.

En la posmodernidad este principio nihilista se ha difundido de manera muy amplia, ya casi nadie quiere compromisos derivados del amor, si se puede obtener

sexo seguro y sin mucho esfuerzo, para que dejar el confort que implica la vida en familia y asumir responsabilidades de adulto, si se puede seguir siendo «chavo» a los cuarenta.

Individualismo al exceso. El individualismo llevado al exceso es resultado del proceso de transición de la modernidad a la posmodernidad, como tal, deviene de la propia Ilustración, aunque desde esta perspectiva existía su contrapeso en lo colectivo. En la óptica del nihilismo nietzscheano el hombre ha perdido la fe en su valor, la eliminación de todos los ideales y todos los valores, son en la práctica la negación de lo humano, es la muerte del hombre como consecuencia de la muerte de Dios.

En la posmodernidad el hombre ha degenerado en un instrumento de producción, con el agregado de ser así mismo un instrumento viviente de consumo, lo único que persiste de su humanidad es su dimensión física. A este tipo de individualismo le llamó Marcuse, hombre unidimensional.

Desde la óptica del nihilismo existencialista, Camus niega a Dios también, y con ello niega todos los valores e ideales que tendrían sentido en razón de la existencia de Dios. En la modernidad se trataba de comprender si la vida tenía sentido para ser vivida. La posmodernidad propugna que se vive mejor en tanto que la vida no tiene sentido alguno. Vive y deja morir, reza la canción de McCartney.

La pérdida del sentido de la forma. La belleza como valor moderno daba sentido a uno de los principales aspectos de la felicidad, «la vida es bella», se decía, y por ello se podía ser feliz. Nietzsche sostiene que la belleza es una ilusión y por lo tanto no da felicidad, pues como se ya se señaló, de acuerdo con este pensador, el hombre no ha elegido ser feliz, sino poderoso. La dimensión de lo bello implicaba aspectos, tanto ontológicos como axiológicos, con su pérdida, la misma belleza pierde sentido y se atribuye a cosas sucedáneas.

Nietzsche, en “Fragmentos póstumos” advierte que “la belleza no existe en las cosas, puesto que es el mismo hombre el que la produce para después atribuirla a las cosas a fin de empobrecerse y volverse miserable.” (Reale, 1998: 132)

En los valores antiguos, belleza era igual a forma, era a través de la forma como podía apreciarse una obra de arte y establecer su calidad, al perderse el sentido de la forma, se pierde el sentido de la belleza.

Esta tendencia es lo que predomina en la posmodernidad, “En distintos campos del arte, se admiten como obras de exquisita factura abstracciones que señalan el triunfo del de-forme y del in-forme: se trata por este motivo, de una autentica fealdad.” (Reale, 1998: 134)

El sentido estético de la posmodernidad se sustenta en la difusión de lo feo, del de-forme, del in-forme, es decir, sin forma o de la forma trastocada, esto lleva al sometimiento del concepto moderno de arte, que sostenía la idea de la belleza como un logro del orden, en el deforme predomina el desorden, nada se encuentra en su lugar. En la modernidad, el orden se imponía al desorden, y esto constituía el sentido civilizatorio, en la posmodernidad este valor se ha transmutado, en el sentido nietzscheano, pues se pierde el sentido del orden, que se sustentaba en el número y la medida, en la simetría.

La transición actual es en sentido inverso al sentido de la belleza y el mantenimiento de la forma, actualmente vamos del orden al desorden

El extravío del sentido del fin. Este es el principio nihilista por excelencia, el artículo de fe del nihilismo, y este se ha vuelto la divisa del posmodernismo, hoy el primer argumento es el cuestionamiento de todo, ¿con qué fin? Se decía que el universo tenía sentido en razón de tener un fin, hoy esta idea parece más difícil de sostener, pues de acuerdo con los avances de la ciencia actual “Cuanto más comprensivo nos parece el universo, tanto más nos aparece sin objetivo” (Reale, 1998: 185).

La idea del cosmos era la del proceso de establecimiento del orden ante el desorden, esto daba sentido a la inteligencia, Sócrates en coloquio con Aristodermo apuntaba “Si la inteligencia no existiera absolutamente, ¿cómo crees que tú sólo, por afortunado azar, la has obtenido; y cómo estas cosas enormemente grandes y en cantidad infinita crees que se encuentren bien dispuestas por una estupidez? (Reale, 1998: 204) La negación de todo como principio se ve cuestionada, pues una inteligencia al negar otra inteligencia, no puede ser inteligente.

De acuerdo con esto, la idea de posmodernidad pudiera ser sólo una coartada para justificar los excesos de los privilegiados, sostener que no hay valores es otro valor, sostener el sinsentido, le da sentido a otro sentido. El nihilismo es pues un traje de la posmodernidad y como tal también puede ser desechado por otro más cómodo.

El materialismo y el olvido del ser. Este es otro principio nihilista, pues se trata de la eliminación de la dimensión del ser metafísico, la incredulidad que obliga a perder la credibilidad en algo, en el ser mismo. Las condiciones materiales determinan todas las posibilidades del ser, por tanto, todo transcurre fuera de cualquier estructura ontológica.

Con el predominio de la materialidad pierde sentido la idea de la trascendencia y todo se reduce a la posesión de las cosas materiales, lo que incluye a los cuerpos. Paula Sibilia (2006) en su trabajo “El hombre postorgánico”, sostiene que:

En la actual «sociedad de la información», la fusión entre el hombre y la técnica parece profundizarse, y por eso mismo se torna más crucial y problemática. [...] En este contexto surge una posibilidad inusitada: el cuerpo humano, en su anticuada configuración biológica, se estaría volviendo obsoleto. Intimidados (y seducidos) por las presiones de un medio ambiente amalgamado con el artificio, los cuerpos contemporáneos no logran esquivar las tiranías (y las delicias) del *upgrade*. Un nuevo imperativo es interiorizado: el deseo de lograr una total compatibilidad con el tecno cosmos digital. ¿Cómo? Mediante la actualización tecnológica permanente. Se trata de un proyecto sumamente ambicioso, que no está exento de peligros y desafíos de toda índole: valiéndose de los sortilegios digitales, contempla la abolición de las distancias geográficas, de las enfermedades, del envejecimiento e, incluso de la muerte. Así entran en crisis varias ideas y valores que parecían firmemente establecidos. (11-12)

Esto último, no les recuerda algo que ya se argumentó anteriormente. Michel Foucault, uno de los paladines de la posmodernidad apuntaba que la verdad, al fin al cabo, no es más que «una especie de error que tiene a su favor el hecho de no poder ser refutada, porque la lenta coacción de la historia la ha hecho inalterable»,

lo que Sibilia (2006) complementa señalando, “De las verdades consideradas eternas y universales, o de aquellas otras verdades efímeras constantemente exaltadas por los medios de comunicación, conviene desconfiar: hacer como si nada fuese evidente y ensayar nuevas refutaciones o provocaciones.” (p. 15) No es este el discurso de la posmodernidad.

3.3 Los sujetos de la posmodernidad

La superación de su propia humanidad se ve como la meta del hombre posmoderno, los límites humanos se avizoran superables. “Alejados de la lógica mecánica e insertos en el nuevo régimen digital, los cuerpos contemporáneos se presentan como sistemas de procesamiento de datos, códigos, perfiles cifrados, bancos de información. Lanzados a las nuevas cadencias de la tecnociencia, el cuerpo humano parece haber perdido su definición clásica y su solidez analógica: en la estera digital se vuelve permeable, proyectable, programable.” (Sibilia, 2006: 14) En esta última reflexión, ¿no se avizora también, la superación de la materialidad? Lo que nos posiciona incluso más allá del nihilismo.

Vuelvo a los argumentos posmodernos de Sibilia:

Lo que cuenta cada vez más no es tanto la posesión de los bienes en el sentido tradicional, sino la capacidad de *acceder* a su utilización como *servicios*. Así, surgen soluciones como el *leasing*, que permite esquivar la obsolescencia constante de productos como los automóviles y las computadoras, convirtiéndolos en servicios a los cuales los interesados pueden *acceder*. En vez de comprar un producto específico y concreto, el consumidor adquiere el derecho a usar un bien siempre actualizado, mediante el pago de una cuota mensual a instituciones financieras que operan como intermediarias. En un clima que mezcla las tendencias virtualizantes con una preocupación creciente por la seguridad física, proliferan las contraseñas, tarjetas magnéticas, cifras y códigos que permiten acceder a los diversos servicios ofrecidos por el capitalismo de la propiedad volatilizada.” (Sibilia, 2006: 23)

El modelo productivo cuenta ahora con más, y más potentes fortalezas. El capitalismo posmoderno, digital y virtualizado ha dejado atrás las limitaciones de la modernidad tradicional abriendo espacios para la reconfiguración y el papel de los sujetos; en este sentido es importante reflexionar sobre aquellos que eran la palanca de la valorización, los trabajadores, los cuerpos productivos, la fuerza que movía los pesados engranes del capitalismo mecanizado, y que está dejando de ser necesaria, para constituir una masa ingente de pobreza en medio de la abundancia y el despilfarro del orden desordenado de la posmodernidad.

Z. Bauman (1999) comenta estas tendencias en el siguiente tenor: “La economía actual no necesita una fuerza laboral masiva: aprendió lo suficiente como para aumentar no sólo su rentabilidad sino también el volumen de su producción, reduciendo al mismo tiempo, la mano de obra y los costos.” (p. 139)

Esto significa la superación de uno de los fundamentos del capitalismo moderno, donde la fuerza de trabajo era el eje de la valorización, y los parados, en todo caso, eran la reserva para los periodos de intensificación del trabajo. “En el nuevo modelo estos pobres ya no tienen función alguna, ya que se consideran consumidores defectuosos pues dependen del ingreso de otros, no obstante, aunque no se ajustan de manera estricta al modelo donde el consumo es central, siguen consumiendo, ahora bajo nuevas estrategias que también son rentables al capital, como la piratería.” (Rivera, 2009: 98)

Cuanto más pobre son los pobres, más altos y caprichosos son los modelos puestos ante sus ojos: hay que adorarlos, envidiarlos, aspirar a imitarlos. Y el «sentimiento subjetivo de insuficiencia», con todo el dolor del estigma y la humillación que acarrea, se agrava ante una doble presión: la caída del estándar de vida y el aumento de la carencia relativa, ambos reforzados por el crecimiento económico en su forma actual: desprovisto de regulación alguna, entregado al más salvaje *laissez-faire*. (Bauman, 1999: 69)

En el contexto del capitalismo posmoderno el modelo relacional se sostiene en principios antes impensables como afirma Beck (2008) “Los nuevos ricos ya no «necesitan» a los nuevos pobres” (p. 26). Pero si esta masa sigue creciendo y la

riqueza se sigue concentrando, qué tipo de sujeto conforman los pobres. Bauman (1999) ilustra el cinismo posmoderno respecto a los pobres, comentando:

...por primera vez en la historia, los pobres resultan, lisa y llanamente, una preocupación y una molestia. Carecen de méritos capaces de aliviar –menos aún, contrarrestar— su defecto esencial. No tienen nada que ofrecer a cambio del desembolso realizado por los contribuyentes. Son una mala inversión, que muy probablemente jamás será devuelta, ni dará ganancias; un agujero negro que absorbe todo lo que se le acerca y no devuelve nada a cambio, salvo, quizás problemas. Los miembros normales y honorables de la sociedad –los consumidores— no quieren ni esperan nada de ellos. Son totalmente inútiles. Nadie –nadie que realmente importe, que pueda hablar y hacerse oír— los necesita. Para ellos tolerancia cero. La sociedad estaría mucho mejor si los pobres desaparecieran de la escena. ¡El mundo sería tan agradable sin ellos! No necesitamos a los pobres; por eso, no los queremos. Se los puede abandonar a su destino sin el menor remordimiento. (p. 140)

El sarcasmo que utiliza Bauman no deja espacio a la duda, este *no sujeto* es parte de la nueva escenografía posmoderna y aunque el sistema los repudie, ahí seguirán, pues constituyen la mayoría en el mundo; no nos debe asombrar que de éste «desecho social» puedan seguir sacando alguna ganancia, pues finalmente en la posmodernidad lo «feo» cuenta.

Para Paula Sibilia (2006), la escenografía posmoderna es así porque:

El nuevo capitalismo se erige sobre el inmenso poder de procesamiento digital y metaboliza las fuerzas vitales con una voracidad inaudita, lanzando y relanzando constantemente al mercado nuevas subjetividades. Los *modos de ser* constituyen mercaderías muy especiales, que son adquiridas y de inmediato descartadas por los diversos *targets* a los cuales se dirigen, alimentando una espiral de consumo en aceleración constante. Así, la ilusión de una identidad fija y estable, tan relevante en la sociedad moderna e industrial, va cediendo terreno a los «kits de perfiles estandarizados» o «identidades *pret-a-porter*»... Se trata de modelos subjetivos efímeros y

descartables, vinculados a las caprichosas propuestas y a los volátiles intereses del mercado. (p. 33)

Al *no sujeto* de la posmodernidad se le mantiene en un *border line*, donde cause las menores molestias, donde permanezca casi invisible y se manifieste ocasionalmente, sólo cuando sea indispensable y en el marco de alguna novedosa estrategia que permita extraerle algo de ganancia.

Son paradójicos los desempeños posmodernos, pues la lógica del consumo ha incluido a los pobres como consumidores defectuosos, como acotó Bauman (1999), pero ha redefinido puntualmente el significado de pobreza e implementado el concepto de consumidor controlado. El *no sujeto* posmoderno es el «pobre diablo» que consume a costillas del *otro*, condenado a las actividades delictivas y criminales.

Ahora aparece el *sujeto endeudado*, que no es el pobre, pues el pobre no tiene deudas, pues carece de credibilidad en el mercado, no tiene crédito. “La lógica de la deuda sugiere algunas características interesantes de las nuevas modalidades de formateo de cuerpos y almas. A diferencia de lo que ocurría en el capitalismo apoyado con todo su peso sobre la industria, en su versión más actual el adeudamiento no constituye un estado de excepción sino una condena permanente.” [...] “El consumidor –feliz poseedor de tarjetas bancarias, de crédito y débito, que ofrecen acceso a los más diversos bienes y servicios por medio de contraseñas en sistemas digitales- está condenado a la deuda perpetua.” (Sibilia, 2006: 38 – 39)

La miseria extrema y la riqueza extrema son la característica de la posmodernidad, así, en estos tiempos los primeros no llegan a sujetos, son casi cosas, en tanto que los otros constituyen el sujeto cínico y sin valores, además vacío, superficial y posthumano. En medio el sujeto endeudado, el *mass media* posmoderno, ni pobre, ni rico, casi ni sujeto.

CAPÍTULO 4. Modernidad periférica, sujeto región IV

Aunque el fenómeno de la globalización ha reparametrizado el mundo y han desaparecido los conceptos tradicionales de tiempo y espacio gracias al boom de las comunicaciones, la aparición de internet y las redes sociales; el mundo sigue regionalizado bajo nuevos conceptos tiempo y espacio, de distribución y división del trabajo internacional impuestos por el neoliberalismo, ya que la riqueza se sigue concentrando en los llamados países centrales, lo que no es una novedad, en tanto que la pobreza se agudiza en los países periféricos, lo que tampoco es algo nuevo, cabe preguntar entonces, qué es lo que tiene de novedoso este mundo global del que tanto se habla.

La búsqueda de una respuesta no es algo sencillo, pues la complejidad del mundo actual se entrecruza de manera que nunca termina por definirse, pero en grandes trazos contextualizaremos la realidad donde se encuadra la idea de modernidad periférica y el tipo de sujeto que esta realidad engendra.

La “aldea global” que pronosticó MacLuhan en los años sesenta de un mundo unificado por las telecomunicaciones y la informática, es en realidad la coexistencia de muchas aldeas, aldeas centrales y aldeas periféricas. Diego Lizarazo (2007) lo dice de esta manera: “La aldea global se ha imaginado ubicua e inexorable: un sistema universal en el que se entrelazan las variaciones temporales de los cerca de cuarenta calendarios de las culturas humanas: zulúes, budistas, argelinos, anglosajones, tarahumaras, chinos; un escenario nuevo en el que la cercanía que produce la instantaneidad absoluta deshace las distancias.” (p. 2) Cuando en realidad es un aglomerado de mundos diferentes entre sí en una virtual convivencia aldeana, incluso en la propia red electrónica, las aldeas son innumerables. Lizarazo (2007) resume “Debajo de los acuerdos globales y de la corteza globalizante prolifera una multiplicidad de mundos que no se acomoda en el mismo arco y que reivindica sus diversidades témpicas.” (p. 3)

Resulta curioso constatar que la idea de posmodernidad sea aceptada en muchos ámbitos como un proceso en curso que está remodelando las directrices de la vida social y se enfatizan los cambios que pueden atribuirse a este proceso.

Es decir, resulta que los principios ordenadores del modelo de la modernidad, se encuentran en procesos de transición, a algo que está después de, algo que se dice postmoderno. Sin embargo, aunque en muchos sentidos esto tenga ciertos referentes empíricos, no se trata de un proceso homogéneo, ya que aparecen indicadores desiguales para cada formación social, pues la organización del mundo emerge claramente bajo una división intencionada en países que alcanzaron plenamente la modernidad y países que se siguen debatiendo por alcanzarla, cuando ya nos encontramos de hecho en las vicisitudes de otra etapa donde muchos de aquellos principios que le fueron característicos, se están reconfigurando bajo un nuevo contexto globalizador donde se asume que unos producen la modernidad y la consumen, y otros sólo consumen lo que conviene a los intereses de los productores, en atención a un modelo de distribución desigual, favorable a los primeros.

Regresando a la idea de la múltiples “aldeas” Lizarazo (2007) es contundente al poner en cifras como opera este mundo global.

Difícilmente se puede decir que en todos estos ámbitos se comparte una visión común de la aldea. Pero si nos fijamos en cuestiones mucho más estructurales, notaremos de inmediato que cerca del tres por ciento de los pobladores de la “aldea global” poseen el 59 % de la riqueza de toda la aldea, incluso todo lo que en ella hay es insuficiente para cubrir el poder nominal que tienen, porque podrían comprar tres veces la totalidad de lo existente en ella si se decidieran, alguna vez, a usar en un solo movimiento toda su riqueza. La aldea no alcanzaría. En esta aldea cerca del 80% de los pobladores viven en situación de pobreza, y aproximadamente el 30% sobreviven con menos de un dólar diario. Probablemente ese mismo 30% no sabe leer, el 20% no tiene agua potable y 40% no tiene cuarto de baño.

Casi todos los televisores de la aldea están concentrados en pocas personas, sólo el 24% los poseen. Una buena parte carece de ellos, porque ni siquiera tiene red eléctrica donde enchufarlos. Igual ocurre con el número de computadoras y las líneas telefónicas a dónde conectarse. Sólo dos por ciento de esta aldea tiene educación superior. Sin duda se trata de una aldea muy

singular, porque al verla así, de inmediato resulta notable que en ella hay varias aldeas, unas al margen absoluto de las otras, incluso con varios pisos cada una de ellas. Sería una aldea dividida, sin puntos de conexión entre los pocos privilegiados y los muchos desposeídos. Una aldea fragmentada, rota... en fin, no sería una aldea. Especialmente porque los beneficiados no presentan ningún interés en equilibrar las cosas ¿cómo puede tratarse de una aldea donde cerca del 80 % de sus habitantes, de facto, está fuera de ella? (pp. 4-5)

Históricamente la acepción de modernidad no ha sido una unidad inteligible de estudio, ya que se ha manifestado con diferentes características en cada uno de los contextos donde se ha difundido, de esta manera, el papel del sociólogo consiste en identificar sus características bajo contextos diferentes, sus trayectorias y configuraciones, los agentes sociales intervinientes, los cambios reforzadores y desintegradores de la modernidad.

Sin embargo, este proyecto alcanzó, digámoslo así, hegemonía mundial, es decir, alcanzó a constituirse como el proyecto civilizatorio de mayor penetración de todas las épocas. Daniel Bell (1976) señala que de acuerdo con Arnold Toynbee, “Desde la aparición del hombre... han habido,... veintiuna civilizaciones diferentes, una de las cuales es la sociedad occidental, considerada como unidad cultural. Pero la sociedad occidental es sólo una inmensa urdimbre histórica. Dentro de ella han coexistido una amplia variedad de elementos entremezclados, ya sean las diferentes religiones, el surgimiento y decadencia de los imperios políticos o la sucesión de los sistemas socio-económicos.” (p. 11)

La idea de las distintas acepciones de la modernidad es muy difundida, esto puede entenderse también de distintas maneras, ya que la flexibilidad que se le atribuye al término, sirve, tanto para justificar la existencia de naciones desarrolladas y naciones no desarrolladas, como para criticar esta desigualdad. Samuel Arriarán (2005) refiriendo a Berman resume que “La modernidad se entiende como una etapa histórica. La modernización como un proceso socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad, y el modernismo como el proyecto cultural que trata de seguir a la modernidad.” (p. 1) De esta manera,

prosigue, “Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, 'todo lo sólido se desvanece en aire'.”

Siguiendo esta idea, los principios sólidos de la modernidad se han desvanecido o se están desvaneciendo, de esta manera, el capitalismo dominante de los que alcanzaron la modernidad diseña nuevas estrategias que redunden beneficios y transferencias de plusvalía a los países centrales. Una de estas estrategias, muy difundida en el marco del nuevo estadio de la modernidad, modernidad líquida como la llama Bauman, es la difusión del colapso del modelo civilizatorio del crecimiento, refiriendo los esfuerzos del mundo no desarrollado por alcanzar los logros de los países avanzados modernos, pretendiendo que estas regiones renuncien definitivamente a la posibilidad del crecimiento, ya que éste camino requiere inversiones que los desarrollados no asumen arriesgar. La producción de riqueza requiere también de riqueza para sostenerla y en estos espacios de recursos limitados la producción de riqueza se drena hacia los países altamente desarrollados donde se vive incluso en la postmodernidad.

La realidad latinoamericana se apega a este modelo. Las guerras de independencia se dieron en un momento en que se consolidaba la modernidad en los Estados Unidos, modelo que se siguió casi al pie de la letra, instaurándose regímenes que pretendían ser modernos sin contar con las condiciones básicas para hacer viable el proceso modernizador. Condiciones que se pueden resumir en: desarrollo aunque fuese incipiente de la industrialización; existencia de una clase inversionista como la burguesía; conformación de una clase obrera fabril, y una amplia difusión de la ideología liberal, como elementos mínimos para dar cauce al modelo buscado.

Respecto a esta visión, Arriarán (2005) señala que “En la medida en que los países de América Latina se han visto frustrados en su aspiración a lograr

sociedades modernas, es necesario pensar en una modernidad alternativa que implica redefinir totalmente el concepto de modernidad al margen de su ubicación occidental. En efecto, se hace necesario una revisión histórica de la modernidad que no es la misma que en Europa donde arranca de la Ilustración. En América Latina no hemos tenido una ilustración. [...] La modernidad puede ser vista de dos maneras: como algo posible o forma ideal y algo realizable o concreto. La modernidad capitalista solo es una modernidad entre otras. Es defectuosa interiormente ya que conlleva una contradicción explosiva: libertad y represión al mismo tiempo. A la vez que nos ofrece oportunidades de mayor desarrollo individual y colectivo, reniega de ello volviéndose una caricatura o una burla de sí misma.”

Lo que esto significa es que los conceptos filosóficos de modernidad nunca han aplicado para la realidad de países como el nuestro, la acepción de modernidad que es más pertinente para nuestra realidad tiene que cruzarse con esta misma, sin más. “Es necesario ampliar su definición con relación al capitalismo posorganizado o posmoderno, es decir, con las condiciones actuales de la globalización. Lo que determina esta redefinición es el efecto que ocasiona el proceso globalizador en el mundo neoliberal en que vivimos.” (Arriarán, 2005)

En el marco de las transformaciones que el mundo sufrió con el arribo del neoliberalismo, la suerte de América Latina quedó programada en 1989, al ser signado su futuro por parte de los organismos financieros internacionales.

En el caótico proceso de reordenación del mundo, el año de 1989 fue muy simbólico, no sólo por el notable evento de la caída del Muro de Berlín, o las revoluciones en Europa del Este, que vieron derrumbarse el sistema socialista de línea soviética, o por la aparición de la www, hoy sin duda un hecho de gran relevancia, sino por haber sido el año en que se establecieron “las bases para emprender las reformas estructurales necesarias que permitiesen cambiar el rumbo económico de América Latina”, (Casilda, 2004: p. 19) y con ello garantizar su ingreso al orden neoliberal; el Consenso de Washington.

El documento se conformó por 10 puntos, los que implicaban la instauración de políticas económicas pertinentes en todos los países latinoamericanos, ya que se encontraban involucrados organismos financieros mundiales como el Banco

Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo, a fin de dictaminar los lineamientos económico-políticos que habrían de observar los países señalados. Estos puntos fueron:⁸

1. Disciplina presupuestaria;
2. cambios en las prioridades del gasto público;
3. reforma fiscal;
4. tipos de interés;
5. control del tipo de cambio;
6. liberalización comercial;
7. política de apertura respecto a la inversión extranjera directa;
8. política de privatizaciones;
9. política desreguladora;
10. garantía de los derechos de propiedad.

El impacto que tuvieron estas políticas es ampliamente conocido, “Concretamente, el desempleo aumentó, y la pobreza siguió siendo amplia y generalizada. América Latina ingresó en el tercer milenio con más de 450 millones de personas, y más de un tercio de su población viviendo en la pobreza (con ingresos inferiores a los dos dólares diarios) y casi 80 millones de personas padeciendo pobreza extrema, con ingresos inferiores a un dólar diario.” (Casilda, 2004: p. 24)

La presión de las políticas neoliberales mostró sus efectos dando pauta a reformas estructurales en muchos países que marcaron el desmantelamiento de la inversión estatal en economía, el adelgazamiento de las burocracias y el proceso de privatización de las empresas estatales.

Estos procesos característicos del nuevo contexto globalizador, fueron denominados en muchos países latinoamericanos, como procesos de modernización. En México en 1989 se inicia el régimen de Carlos Salinas de Gortari, conocido por todos como el artífice de la entrada de México al neoliberalismo. En 1994 la economía mexicana pone en marcha el primer tratado de libre comercio en

⁸ Boletín económico del ICE N° 2803, del 26 de abril al 2 de mayo de 2004.

este país al firmar con Canadá y los Estados Unidos el famoso Tratado de Libre Comercio (TLC).

La adquisición de la carta de naturalización del neoliberalismo en América Latina borró la última coyuntura de esta región para avanzar a una modernidad de estilo occidental. El desmantelamiento del modelo de Estado Benefactor en el mundo y el fin del keynesianismo económico termino por clausurar las posibilidades del modelo barroco de modernidad o de una modernidad híbrida, ya no por falta de burgueses o proletarios, ni por falta de industrias, sino por los cambios acelerados a un nuevo tipo de sociedad, no estrictamente posmoderna, ni siquiera a una nueva versión de la modernidad, sino de una nueva mutación social derivada de nuevos contextos que se configuran en el terreno del conocimiento, las comunicaciones y los ordenadores.

En este contexto nos encontramos con algo inédito. La novedad es que los padecimientos económicos propios de los países periféricos – desempleo, austeridad, riesgo, inseguridad, en general pobreza- se están manifestando también en los países ricos.

Baste ojear algunas de las cifras del Informe OXFAM (2013) denominado “La trampa de la austeridad” para tener una idea del crecimiento de la desigualdad y la pobreza en el mundo desarrollado. “En 2011, 120 millones de personas en toda la Unión Europea vivían en la pobreza. Según los cálculos de OXFAM, si las medidas de austeridad se mantienen, esta cifra podría incrementarse entre 15 y 25 millones en 2025. Las mujeres serán las más perjudicadas. Entretanto, los más ricos han aumentado su participación en el total de ingresos, mientras que los más pobres están viendo cómo la suya disminuye. Si la tendencia actual continúa, los niveles de desigualdad de algunos países de Europa pronto se encontrarán entre los más elevados del mundo.” (p. 4) De acuerdo con este informe, “son las personas más pobres de Europa quienes están asumiendo el mayor coste, como ya ocurrió en el caso de los programas de ajuste estructural impuestos en América Latina, el Este Asiático y África subsahariana en las décadas de 1980 y 1990.” (p. 7)

Aunque la referencia pareciera improcedente cuando el tema de este apartado es la modernidad periférica, resulta interesante que la auténtica modernidad este

generando un contexto parecido al que determinó el estatus de periferia. Lo que nos podría llevar a una nueva mutación del sujeto en estos países, que pudiera desarrollar algunos rasgos similares con el que estamos tratando de describir.

4.1 La modernidad periférica.

El debate sobre las modernidades continua vigente, el debate de modernidad - posmodernidad también sigue vigente, y sin que se avizore una posible conclusión aparece un nuevo debate que nos posiciona en un espacio cada vez más complejo, el de una acepción diferente de la sociedad actual, se trata de la idea de sociedad del conocimiento también referida como sociedad de la información.

La situación de esta afirmación en realidad sigue en debate, aún hay quienes prefieren hablar de uno o varios tipos de modernidad, y buscar argumentos que sean contundentes para afirmar o desclasificar la denominación sociedad del conocimiento. Esta discusión por demás interesante no la abordaremos en este trabajo, baste señalar que para los países de América Latina tampoco este traje le viene bien. En tanto esto siga en terreno blando, utilizaremos el término de modernidad periférica para referir a sociedades como la nuestra.

La alusión como es obvio, se refiere a la existencia de países centrales donde prosperó el modelo de modernidad, a pesar de manifestarse con defectos y encontrarse en cuestionamiento ante la idea de la posmodernidad, y países que no lograron alcanzarla refugiándose en sus beneficios diferenciados, conocidos como periféricos.

Por modernidad periférica entenderemos aquellas sociedades que emprendieron un modelo de modernidad sin lograr alcanzarlo plenamente después de 200 años, pero que sin embargo trataron de seguir el camino trazado por las directrices del capitalismo en sus diferentes versiones. Hablamos del capitalismo liberal nacido en Europa, del capitalismo regulado acuñado en los Estados Unidos y por supuesto del neoliberalismo mundial y sin patria.

Si en cada una de estas etapas los países periféricos han tratado de emular sin éxito las directrices de los países centrales, estamos ante una especie de

caricatura de la modernidad, la cual se manifiesta en todos los ámbitos y espacios sociales con los lastres que implican las malas copias hechas sin contar con las bases requeridas que posibilitaron el modelo original. Esta realidad que se reproduce con los ajustes que cada mutación del modelo genera en su versión periférica, se manifiesta también en estos tiempos posmodernos, con sus respectivas directrices.

Decíamos más arriba que en el caso de México y muchos países latinoamericanos el proceso de independencia y la asunción política del modelo de la modernidad norteamericana, marca el inicio de nuestra historia de simulaciones e intentos de alcanzar el desarrollo de la modernidad, logrando una especie de caricatura de la modernidad. Salcido (2010) señala:

El modelo inspirador de la Carta Magna de los mexicanos, emulaba la Constitución Norteamericana redactada el 1787, la que dio lugar al primer sistema político liberal, republicano y democrático, con un gobierno federal con dos cámaras legislativas. La influencia era obvia, hasta el nombre de la nueva nación era casi el mismo, el modelo federal y republicano, que refrendaba los principios del liberalismo político se recogía en toda su amplitud. Y no podía ser de otra manera, en su momento no había un modelo más avanzado, y constituía para América el momento crucial del advenimiento de la modernidad. Para Norteamérica estas transformaciones constituían un traje cortado a la medida, todos sus componentes respondían al contexto propio para fundar la modernidad. Para nuestro país, en cambio, el traje resultaba bastante holgado, teniendo como resultado una caricatura de modernidad, pues resumiendo, se trataba de una sociedad agraria, centralizada, tributaria, la riqueza era de los que poseían grandes extensiones de tierra, la clase social mayoritaria eran la campesina, dominada por la clase terrateniente. De esta manera la instauración del modelo constituyó una acción meramente política sin el sustrato necesario para soportar el avance inherente a la modernidad. (pp. 116-117)

En este primer ensayo, aunque existían condiciones políticas y era una coyuntura para iniciar un nuevo proyecto de nación, estas no eran lo suficientemente fuertes

para sustentar los cambios que se buscaban, al grado que se hicieron acuerdos que distaban mucho de ser lo que los mexicanos anhelaban en ese momento. “El Plan de Iguala a través del cual se consuma la Independencia lo emite Iturbide en febrero de 1821, apoyado por Guerrero, constituye un acuerdo político con muchas contradicciones pues atendía de manera formal a todos los intereses en juego, pero negaba tácitamente la independencia al reconocer a la monarquía aunque sujeta a una constitución. Esta primera simulación de independencia sobrevivió apenas un año, pues en mayo de 1822 mediante un golpe de estado Iturbide se proclama emperador de México...” (Salcido, 2010: 116)

Los intentos de transformación estructural hacia la modernidad se volvieron a manifestar con las reformas juaristas, cincuenta años después de las transformaciones derivadas de la independencia.

Las Leyes de Reforma dieron un fuerte impulso al proyecto liberal, la separación de la Iglesia y el Estado creaba nuevas condiciones para eliminar las trabas que aún se oponían al orden buscado por los liberales, se avizoraba el inicio de una nueva etapa que fue enturbiada por la necesidad del gobierno juarista de suspender los pagos de la deuda externa que se tenía con España, Francia e Inglaterra lo que dio lugar a la intervención extranjera y un nuevo proceso de lucha entre liberales y conservadores que buscaron en la coyuntura el establecimiento de una nueva monarquía, esta vez le correspondió a Maximiliano de Habsburgo quien aceptó el ofrecimiento buscando el apoyo de Napoleón III.

El desgaste del gobierno juarista en la confrontación de la oposición interna y externa y el impacto de la Leyes de Reforma consumieron las posibilidades para llevar a cabo los cambios estructurales requeridos para desatar los factores indispensables para dar continuidad al proyecto de implantación de la modernidad. (Salcido, 2010: p. 117)

El periodo porfirista crea nuevas condiciones para el avance de la modernidad al promoverse la industrialización y la inversión extranjera, pero se ve detenido al renunciar Porfirio Díaz a sus principios liberales convirtiéndose en un dictador, lo que viene a desencadenar la guerra revolucionaria.

El proyecto revolucionario se perfilaba como la nueva coyuntura para lograr la implantación de la modernidad capitalista, las condiciones materiales se encontraban maduras y las políticas liberales eran bien acogidas. El acelerado proceso de urbanización impulsado por la migración del campo a las ciudades, eran un efecto de la transformación del México agrario a una sociedad moderna.

Las contradicciones, sin embargo, no se hicieron esperar, el modelo nacional revolucionario apostó por difundir el nuevo proyecto de nación a través de la educación, este medio se perfilaba idóneo para cohesionar las masas de mexicanos en un perfil de identidad nacional, dando lugar a un modelo de educación nacionalista y rural de tipo centralizado, comandado por José Vasconcelos quien diseñó la estrategia de incorporación de las masas campesinas e indígenas en el nuevo proyecto de nación a través de su integración forzosa. La divisa revolucionaria, sin embargo, fue la difusión de la justicia social, aspecto que radicalizó el proyecto emanado de la revolución llegando a su punto más álgido en el periodo de Lázaro Cárdenas, en el cuál se impulsó el modelo de educación socialista.

Este nuevo factor terminó por agudizar las contradicciones respecto a la propuesta liberal de modernidad, pues el escenario se abrumó con demasiado ruido sobre los enormes sesgos que estas propuestas significaban al proyecto original. Ahora la ausencia de una clase proletaria consolidada no sólo se evidenciaba desde los requerimientos de la producción capitalista, sino también desde los de un proyecto socialista donde se supone esta clase sería protagónica, además la socialización de los medios de producción era una reivindicación que para los campesinos significaba la socialización de la tierra, lo que se contraponía a la propia Reforma Agraria, la que finalmente no sólo no acababa con los grandes latifundios, sino que arrasaba las tierra de explotación colectiva de muchas comunidades y replicaba las prácticas porfiristas de despojo a campesinos e indígenas. (Salcido, 2010: 118)

El saldo de la búsqueda de la modernidad mexicana, terminó configurando un modelo siempre incompleto de modernidad capitalista con todos los defectos que esto puede suscitar. Las nuevas transformaciones mundiales derivadas de las dos

guerras mundiales, del cambio del capitalismo liberal al capitalismo regulado, de las transformaciones geopolíticas y el advenimiento del neoliberalismo, así como la aparición del fenómeno posmoderno, contribuyeron a fortalecer este modelo retorcido de modernidad, pasando de caricatura a grotesco posmoderno.

El contexto que se ha descrito permitió las condiciones necesarias para que el tipo de capitalismo promovido por el neoliberalismo diera pauta a un tipo de producción posmoderna, aquella del modelo de producción flexible y del «todo vale». Los noventa llegaron con todo el empuje tecnológico que permitió la elevación cualitativa de la copia al clon, de la simulación al cinismo, y de los consumidores defectuosos, los pobres, que ahora pululan por doquier.

Desde estas perspectivas, cabe reflexionar en los resultados que produjo este tipo de modernidades en torno al sujeto, si lo usual eran las malas copias, las falsificaciones y el consumo cínico, los sujetos habrán interiorizado estas determinaciones externas sin mayor conflicto, y hasta siendo cómplices de los usos y abusos del modelo, mientras deje regalías.

4.2 Sujeto región IV

Para los fines de este trabajo se ha optado por usar el término región IV como adjetivo del sujeto producto de la modernidad periférica, aludiendo la región latinoamericana, y su uso en los productos para consumo de esta región, pero particularizaré en ejemplos de nuestro país por ser lo más cercano como referente empírico de lo que se afirma conceptualmente.

Lo que se pretende demostrar es que en los países llamados periféricos, al no consolidarse la modernidad capitalista de manera plena, se produjeron caricaturas del modelo original de la modernidad y por ende del sujeto típico de este modelo. En otras palabras la emulación no consolidada del modelo de modernidad capitalista dio lugar a versiones sarcásticas encarnadas en los sujetos, que a fuerza de siglos de simulación terminaron como versiones degradadas y decadentes del sujeto moderno, es decir la versión región IV.

Aunque toda nuestra historia es referente de estos procesos incompletos, como lo hemos visto más arriba, nos enfocaremos ahora a poner de relieve el contexto que terminó puliendo el modelo de sujeto región IV.

Un ejemplo de particular relevancia de los procesos que configuraron este modelo de sujeto, lo encontramos de manera muy clara a fines de los setenta y principios la década de los ochenta, antes de la instauración plena del neoliberalismo. En la expansión de los mercados, los países maquiladores asiáticos, en particular Taiwán, orientaron su producción de baja calidad para el consumo de los países no desarrollados, iniciando la producción de las copias de los productos prestigiados, de consumo preferente en el mundo desarrollado o por las clases pudientes del mundo periférico. De esta manera, los mercados populares se vieron inundados por productos copia de baja calidad y bajo precio, por supuesto.

Los ejemplos de estos productos son innumerables, pero haremos alusión a algunos muy representativos del producto copia. Los cassettes Sony, tuvieron su versión sucedánea como Sonni, las herramientas Stanley, fueron copiadas como herramientas Santa Ley, los cassettes Memorex fueron imitados como Memormex, las gafas Ray Ban, tenían su versión Ray Van.

La maquila de ropa fue otro de los ramos reproducidos a escala, con el detalle de que utilizaban las mismas marcas en las versiones copia. Toda la raza usaba su jeans Jordache, sus camisetas Chemisse Lacoste, las del cocodrilo

En México la maquila de las copias fue un boom en los ochenta, Tepito se conformó como el centro de operaciones de estas actividades, y no sólo distribuían mercancías ilegales, introducidas de contrabando, pronto aprendieron las técnicas del copiado y la falsificación. Una de estas actividades, que aún se realiza es el rellenado de botellas de licor fino. Otra lucrativa actividad era la de los perfumes, en Tepito se encontraban todas la marcas de prestigio, desde Channel V en botellón, pasando por Hugo Boss y Carolina Herrera.

Los mercados de los países periféricos se prestaban para todo; otra actividad de país de segunda era el consumo de reciclados, particularmente aparatos electrónicos con fallas, que se reparaban en los países productores y se volvían al

mercado con una etiqueta que nadie sabía que significaba, en esta se leía *Refurbished*, era lo de menos, costaba la mitad.

Un fenómeno que resultó muy interesante fue la competencia entre los propios países industrializados por cooptar mercados y como se manipulaba esto políticamente. El caso que se refiere es el de la producción japonesa de videograbadoras de formato Beta, estos productos inundaron los mercados latinoamericanos, con un producto original, de buena calidad y precio, sin embargo, las presiones de los países desarrollados, particularmente los Estados Unidos, donde se producía y consumía masivamente el formato VHS del mismo tipo de videoreproductor, forzó la salida de los productos japoneses para introducir los norteamericanos, obviamente los consumidores latinoamericanos perdieron doblemente, pues no sólo sus aparatos de formato Beta quedaron obsoletos, sino que tuvieron que volver a consumir en el formato vigente. Pero no sólo se retiró el producto de los mercados latinoamericanos, sino que se dejó de producir.

Este ejemplo finalmente dio la pauta para un nuevo tipo de producción, al darse cuenta de que el consumidor finalmente cambiaba a los nuevos productos sin mayor problema, la idea de la producción de diversidad de consumo masivo y de corto plazo cuajó plenamente.

En casi todos los ámbitos de la vida social se apreció el fenómeno emulador, pero haremos un repaso de aquellos que resultaron más significativos. Recordemos que se trata de poner en evidencia la copia de los originales, de encontrar la versión de la región IV con la que el sujeto medio de la sociedad mexicana se identifica.

En el terreno de la música existe un fenómeno que se denominó “el fusil” las melodías que se hacían famosas en los Estados Unidos, particularmente, eran pasadas al español, y se fomentaban figuras que las interpretaban tratando de emular al cantante original, hoy para disimular les llaman «covers». Quien no ha escuchado hablar de los años dorados del rock mexicano, para cada ídolo extranjero se tenía la versión mexicana. El Paul Anka mexicano era Cesar Costa, Franky Avalon, pues Enrique Guzmán. Cada artista de este movimiento tenía su referente extranjero. Recordemos también el fenómeno de los grupos infantiles, como los españoles Parchís, rápidamente se armó Timbiriche en México, Menudo

en Puerto Rico y los Chamos en Venezuela. Recuerdan que el Tri, se llamaba Three souls in my mind, algo que ver con la Experience de Hendrix; no se olviden de Rockdrigo, el profeta del nopal, acaso el Bob Dylan región IV, también tenemos nuestro Elton John, pues ni más ni menos que Alex Sintec, o como compositor «gay» no será Juan Gabriel.

Lo mismo pasaba con los cómicos, la versión mexicana del Gordo y el Flaco, pues Viruta y Capulina.

El icono de este tipo de fenómeno de modernidad periférica es sin duda la figura del pachuco representado por Germán Valdez, conocido como Tin Tan. Esta figura es el modelo acabado de la caricatura del original moderno. Recordemos la vestimenta del pachuco, no es otra que la del traje que en todo le queda grande al portador, el saco de solapas anchas y grandes hombreras semeja un abrigo, el pantalón fajado debajo de las tetillas y muy amplio del tiro, la corbata muy ancha y los zapatos de charol blanco y negro, para terminar el pelo a la brush y sombrero con una pluma. Lo más triste de esta imagen es que no sólo es una caricatura del sujeto blanco de la modernidad, sino también del negro marginal y clase mediero, con sus colores chillantes y escandalosos diseños. Pese a todo, Tin Tan significó una fuente de identidad del pachuco mexico-americano, llamados posteriormente chicanos.

En nuestro país vienen a triunfar todos los artistas de medio pelo del resto del mundo, aquí se les acoge y admira, aunque en sus lugares de origen sean lo más mediocre. Este icono del mal gusto y de las copias mal hechas es el promovido por la empresa Televisa, aunque TV Azteca no se queda atrás, ya que no hay programa extranjero con un poco de éxito que no lo mal copien de inmediato, sean los programas de concurso, los realitys o las series; son verdaderamente grotescos los programas de concurso de cantantes, los de baile, o el big brother. Un caso patético es el programa de la señorita Laura, más burla del pobre espectador mexicano no puede haber. Y si se trata de verse progresista, pues ahí está “Mujer, casos de la vida real” o la versión azteca, “Lo que las mujeres callamos”.

Las telenovelas son uno de los ejemplos de mayor tradición donde se machacan las historias de mujeres pobres que se casan con ricos, “María Isabel”.

“Rina”, “Rosa salvaje” y las “marías de Thalía”: Marymar, María la del barrio, o María Mercedes.

Alguna vez alguien le preguntó a un dirigente de Televisa, que por qué la empresa no invertía para hacer buenas producciones, el dirigente respondió cínicamente, ¿para qué? si lo que hacemos les gusta a los mexicanos y a muchos televidentes de otras partes del mundo.

Y no es mentira, recientemente visitó nuestro país el Presidente Chino Xi Jinping y la primera dama de China, Peng Liyuan, quien dejó de lado la diplomacia para visitar el mundo glamuroso de las telenovelas.

“La misma Angélica Rivera dio cuenta de que su homóloga asiática, había pedido visitar Televisa pues admira las telenovelas mexicanas. «Esta mañana, a petición de la señora Peng Liyuan, gran seguidora de las producciones de telenovelas mexicanas, hicimos un recorrido por las instalaciones de Televisa San Ángel. De la mano de la primera dama mexicana y ex estrella de telenovelas, Angélica Rivera, Peng recorrió foros de la cadena Televisa, donde estuvo en la grabación de un capítulo del culebrón nocturno «La Tempestad»”.⁹

No cabe duda que saben lo que hacen, de otra manera no seguiría al aire el programa de la “vecindad del chavo”, este programa anulador de neuronas lleva casi cuarenta años al aire, día tras día, año tras año, ahora ya se hizo la versión en caricaturas para el mantenimiento de las nuevas generaciones de sujetos región IV.

En el mundo del trabajo se han experimentado cambios cualitativos que también han repercutido en el sujeto región IV, hablemos particularmente del fenómeno de la flexibilidad. Siguiendo a Richard Sennett, el término “Flexibilidad designa la capacidad del árbol para ceder y recuperarse, la puesta a prueba y la restauración de su forma. En condiciones ideales, una conducta humana flexible debería tener la misma resistencia a la tensión: adaptable a las circunstancias cambiantes sin dejar que éstas lo rompan. Hoy la sociedad busca vías para acabar con los males de la rutina creando instituciones más flexibles. No obstante, las

⁹ Notas aparecidas en El Nacional y Proceso, junio de 2013.

prácticas de la flexibilidad se centran principalmente en las fuerzas que doblegan a la gente.” (Sennett, 2000: 47)

El sistema de acumulación flexible desarrollado por el neoliberalismo busca romper con la dependencia tradicional de la fuerza de trabajo para fines de valorización, de esta manera “El sistema de poder que acecha en las formas modernas de flexibilidad está compuesto de tres elementos: reinención discontinua de las instituciones, especialización flexible de la producción y concentración sin centralización del poder. (Sennett, 2000: 48)

Los resultados han sido contundentes, la reingeniería de la estrategia de la flexibilización ha permitido la reducción de puestos de trabajo en todos los ámbitos laborales. “Las estimaciones de las cifras de trabajadores americanos afectados por una reducción de plantilla desde 1980 a 1995 varían de un cálculo -a la baja- de trece millones, a la espectacular cifra de treinta y nueve millones.” (Sennett, 2000: 50). Y este es sólo uno de los efectos de la flexibilización.

No obstante, en nuestro país el principio de flexibilización, si bien ha inundado el mundo laboral formal, en el terreno informal ha existido desde hace muchas décadas. La inseguridad y precarización laboral han sido uno de los males que muchos mexicanos padecen desde antes de la globalización. Baste recordar aquella película donde Héctor Suárez hace el personaje del “mil usos”, un tipo que para sobrevivir tiene que hacerla de todo lo que le pidan. Se puede afirmar sin mayor problema que una de las características del sujeto región IV es que también cubre el perfil de sujeto flexible.

Para cerrar este apartado que es evidente por sí mismo, ya que todos pueden recordar buenos ejemplos de este fenómeno de degradación y decadencia de la cultura mexicana, voy a referir un fenómeno que resulta ser la imagen del sujeto región IV por excelencia, en su versión italo-mexicana. Se trata del libro del escritor italiano Prem Dayal, que resultó todo un éxito de mercado, llamado «Me vale madres, mantras mexicanos para la liberación del espíritu».

Dayal llegó a México en el año de 2003 para impartir unos talleres, pero descubriendo algo de lo que Breton dijo sobre México hace muchos años, se quedó, encontrando la mina de oro en el libro que se menciona. En este libro se hace

referencia de ciertas características del mexicano que entre broma y broma describen parte de nuestra identidad, pero refiriendo una verdadera la caricatura del sujeto región IV del que hablamos. El libro lleva por título principal “Me vale madres”, quien no recuerda el famoso “valemadrismo mexicano” el que descubre Dayal caricaturizándolo junto con otras clásicas expresiones mexicanas.

Dayal dice que esto constituye una posibilidad para la liberación del espíritu, cuando en realidad sólo se trata de enfatizar la mediocridad que en muchas cosas demostramos los mexicanos. El valemadrismo mexicano tiene su versión menos grosera en el “ahí se va” clásico de la actitud mexicana para no hacer bien las cosas, también es conocido como “ahí se_ba_stian las paga” es decir, no me hago responsable, pues me vale madres, ¿yyyyyy?

El escritor venido a cómico, dice que hay cuatro dichos mexicanos que él los ha elevado a mantras que operan para liberar al espíritu, o bien para hacerse pendejo ante cualquier cosa que se trate de hacer en serio.

Primer mantra: el mantra del desapego, «me vale madres»;

segundo mantra: el mantra de la purificación «a la chingada»;

tercer mantra: el mantra de la desidentificación «no es mi pedo»;

cuarto mantra, o la ley universal «no hay pedo».

Dichos mantras dice el escritor permiten liberar de las malas vibras al espíritu, de la energía negativa impuesta por el mundo material, y así salir del estado jodido en que se encuentra la humanidad.

Esto no parece requerir comentarios, pero abusando del lector creo que esto nos lleva a una expresión muy posmoderna, la del «todo se vale», particularmente cuando la mediocridad y el mal gusto es lo *cool*...

Ante los problemas sociales lo más fácil para no asumir ninguna responsabilidad es aplicar estos mantras. Si el neoliberalismo a precarizado la vida, pues «no es mi pedo», si siguen matando mujeres en Cd. Juárez «me vale madres», si el gobierno aprueba las reformas «a la chingada», total, «no hay pedo». Ahora Prem Dayal ha publicado un nuevo libro “Tantra y salchicha” se le olvido que a los mexicanos todo nos vale madres, así que no será extraño que éste pase sin pena ni gloria.

Y pues como yo no soy pepenador, ahora que en México se cobrarán impuestos al producto de los pepenadores, oficio muy lucrativo que se debe controlar, pues «no es mi pedo».

No cabe duda que Pierre Bourdieu fue muy agudo al pensar el concepto de “habitus”, ya que nos permite entender por qué estos fenómenos son propios de las sociedades donde se ejerce la dominación de clase, donde el dominado participa activamente y de buen gusto en su dominación.

Éste es pues, el sujeto región IV, dominado por gusto y complicidad, apático a los problemas sociales, consumidor defectuoso, fan del futbol, nacional, europeo y hasta el de los Emiratos Árabes, consumidor de programas de Televisa y Tv Azteca, apolítico y fan de Chespirito, habido seguidor de Joaquín López Doriga, y lector de Cornejo. Todo un pendejo, sí, pero no un pendejo cualquiera, pendejo, pero de excelencia.

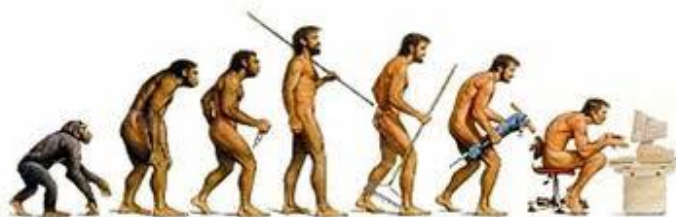
CAPÍTULO 5. Iconos representativos de las distintas modernidades

En este último apartado se presenta un conjunto de imágenes representativas de los distintos tipos de sujeto de los que hemos hablado a través de todo el trabajo, buscando contrastar las versiones periféricas con las de los países centrales.

Advierto que no se trata de hacer un ejercicio de reproducción de las estrategias de dominación cultural, tan sólo se trata de enfatizar una realidad que no podemos negar y tratar de hacer conciencia sobre la cuestión de que nosotros mismos hemos contribuido a producir el sujeto región IV, y que sólo haciendo este reconocimiento podemos insertarnos en un proceso de resistencia a la dominación.

Sé que habrá reacciones encontradas sobre esta visión, pero no debemos mistificar el trabajo del sociólogo, este no se encuentra en una torre de marfil desde donde nos lanza sus interpretaciones metafísicas de la realidad social, se deben reconocer las particularidades disciplinarias y reconocer que el sociólogo hace contacto con regiones de la realidad muy de la vida cotidiana.

Se debe tener presente que de acuerdo a como se desarrolló este trabajo, se ilustrará tanto con imágenes de los n tipos de sujetos como con aquellas otras que reflejen los habitus de los mismos. Trataré de hacer una selección representativa de estos iconos, cobijándome en aquello de que una imagen dice más que mil palabras.

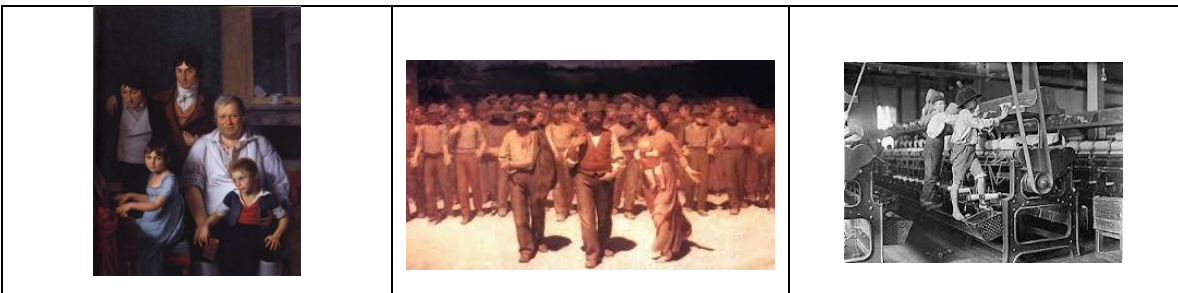


Como se observó en el primer capítulo, la construcción del sujeto moderno partió de las directrices de la Ilustración, dando lugar a la conformación del ciudadano, libre, universal e igualitario, pero también al surgimiento de una nueva clase dominante, la burguesía y una nueva clase dominada, el proletariado.

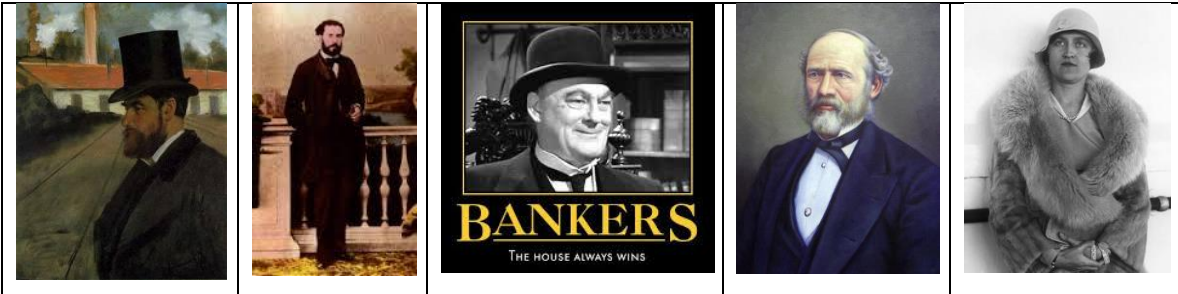
Pensadores de la modernidad



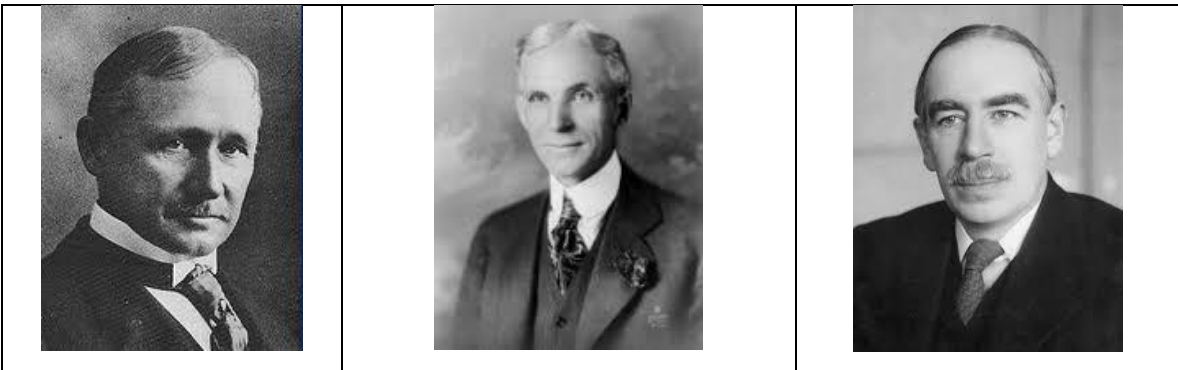
Burguesía y proletariado



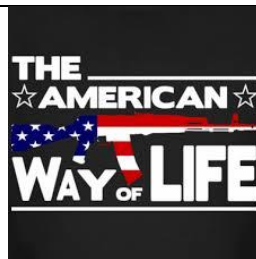
La clase capitalista.



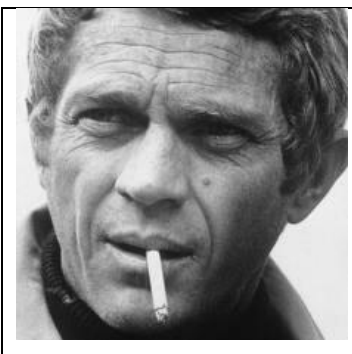
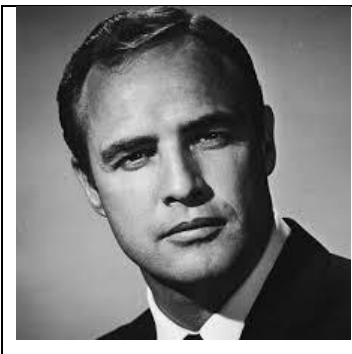
Los padres del capitalismo regulado.



American way of life



Hollywood



Europa en los sesentas



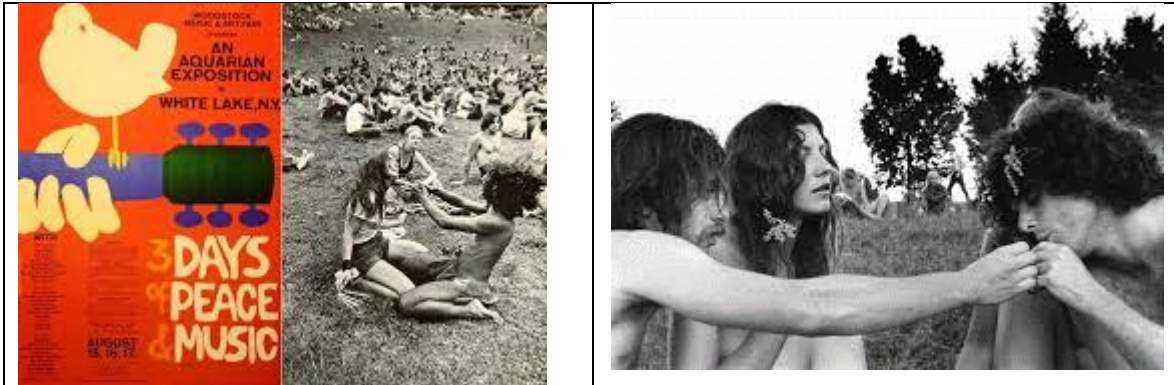
1968



Vietnam en el cine

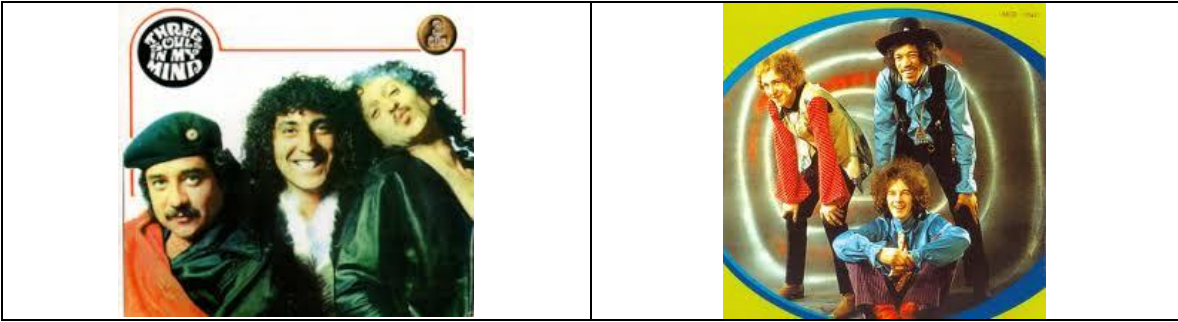


La contracultura de los años sesenta y los movimientos sociales de la juventud en todo el mundo, parecían una coyuntura de cambios profundos y radicales, no obstante, el resurgimiento de las crisis terminó por mellar el radicalismo de fines de los sesenta y los setenta.



Hippies y jipitekas





1989



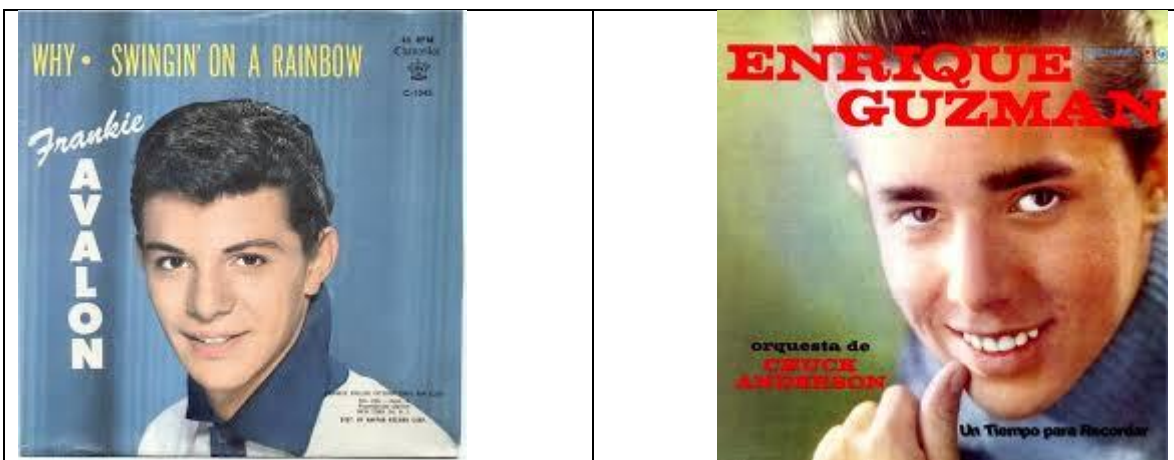
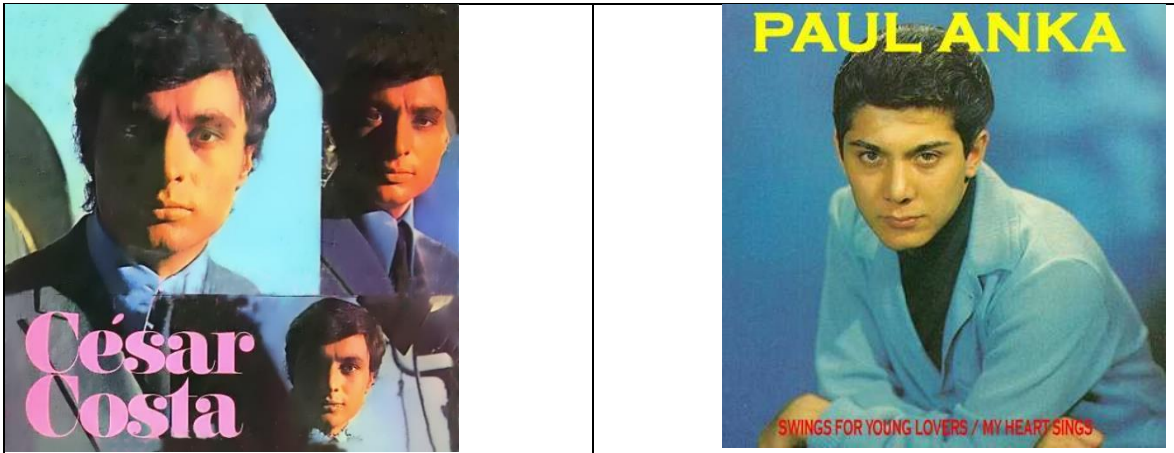
Modernidad periférica



A través de un dandismo grotesco y de una conducta anárquica, señalan no tanto la injusticia o la incapacidad de una sociedad que no ha logrado asimilarlos, como su voluntad personal de seguir siendo distintos. La novedad del traje reside en su exageración. Octavio Paz.



En los sesentas el modelo americano fue replicado por los países no desarrollados buscando que las copias se acercaran a los originales en un franco reconocimiento de la incapacidad de pensar algo original.



En los setentas y los ochentas la tendencia continuó en la misma línea conceptual, buscando acercarse principalmente en la imagen física de los artistas.



No se puede decir lo mismo de la calidad de las obras, aunque se trataban de seguir los mismos conceptos.

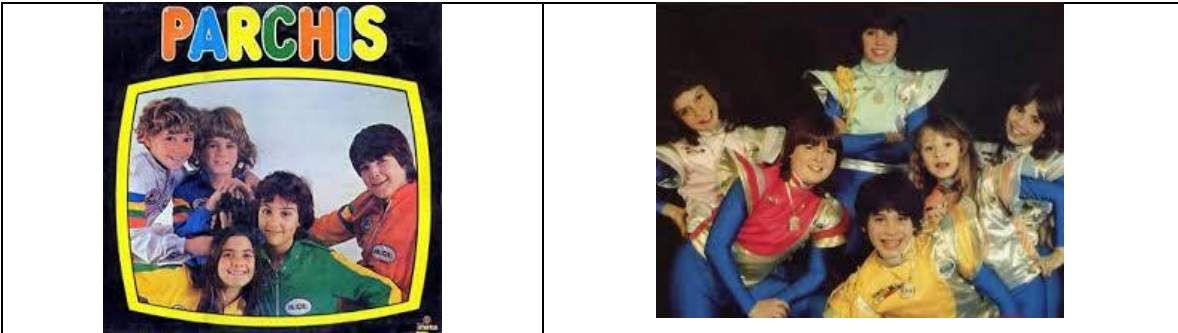


La apuesta por la imagen extranjera por parte de los artistas nacionales en realidad no tenía mucho significado para el grueso de la gente ya que aunque siempre predominó la baja calidad de la obra, el público seguidor fue fiel.





Los grupos infantiles fueron otra beta de imitación.



Contracultura en los noventas, y siguen las copias

Punks o poncs



Marilyn Manson o Menson



Darketos



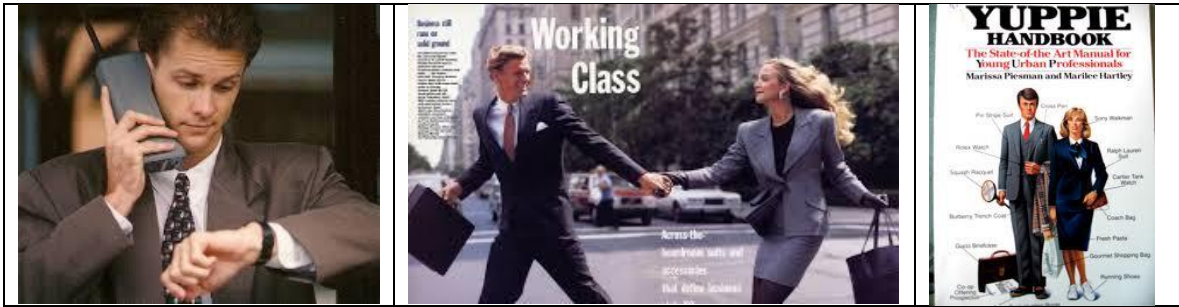
Emos



Contracultura de la pobreza



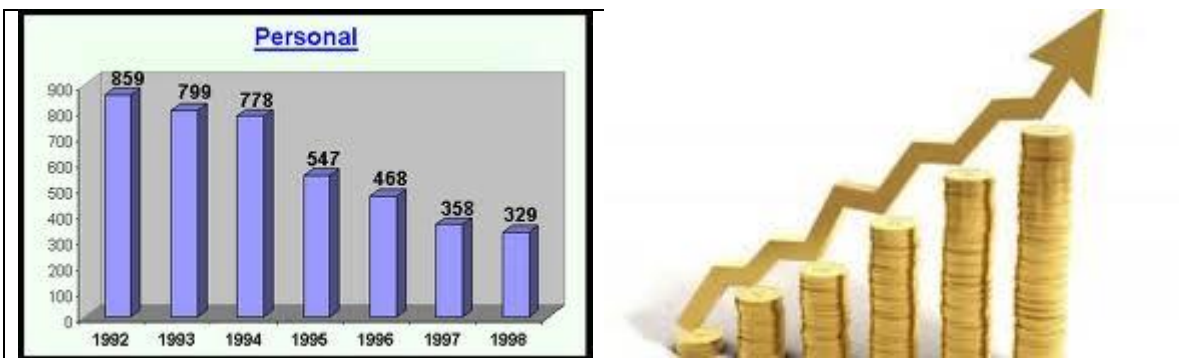
Yupis (Young Urban Professionals) años ochenta



Yupis noventas y nuevo milenio



Trabajo flexible



La imagen de la modernidad capitalista representada por Edward Norton en el papel del hijo de J.D Rockefeller en la película Frida.



El hombre nuevo, la imagen deseable de la modernidad socialista.



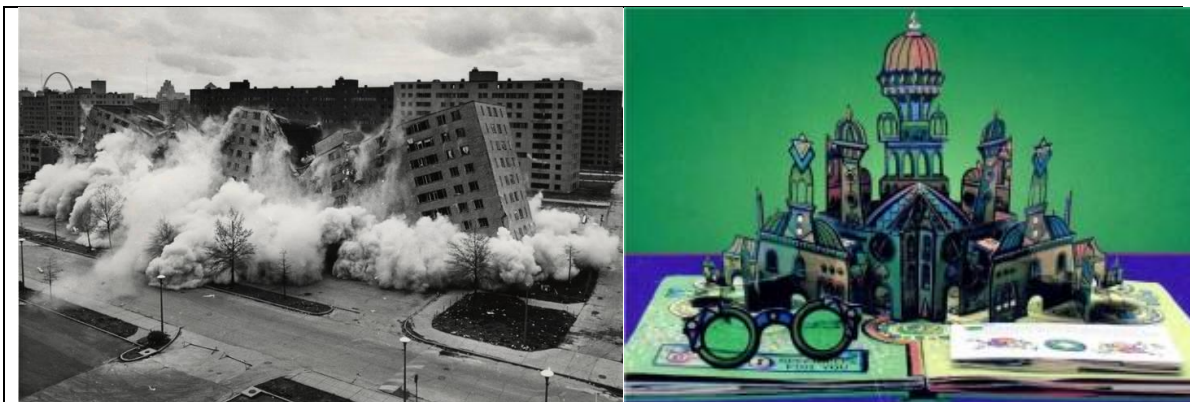
Mundialización global, el mundo de los mercados libres.



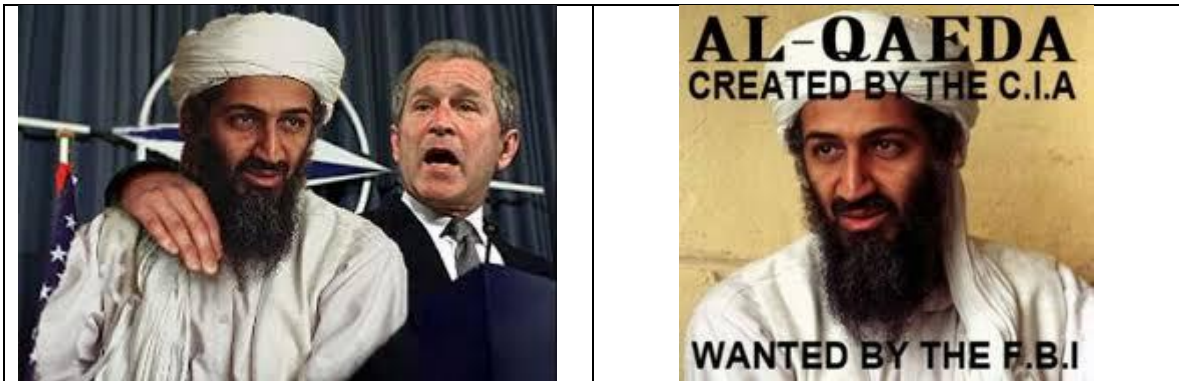
Otra versión de la globalización



Posmodernidad



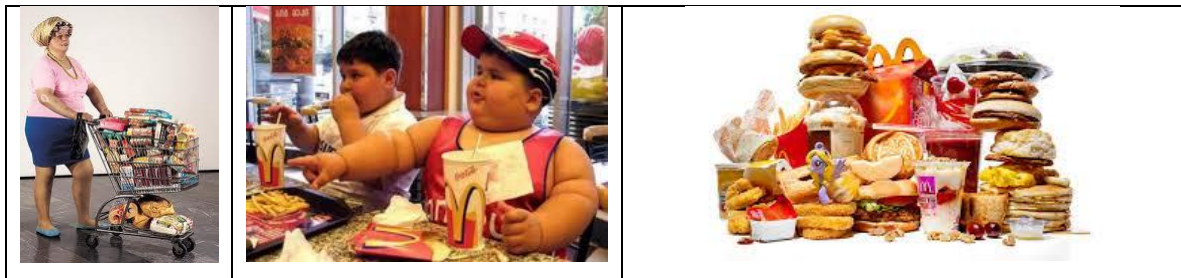
Terrorismo



La macdonalización del mundo



Hiperconsumo



El inframundo



CONCLUSIONES

La mayoría de los aspectos temáticos abordados en este trabajo resultan controversiales, pero ahora estoy convencido que desde una perspectiva sociológica, todo tema es controversial, pues por eso existen, no una sociología, sino muchas sociologías. Para cada posibilidad de comprensión de la realidad social existirá un enfoque sociológico, y cada fenómeno social podrá ser tratado desde diversos enfoques, no necesariamente complementarios, ni tampoco necesariamente antagónicos, esto no significa que la visión válida sea la de un relativismo sociológico, es decir un enfoque en la línea posmoderna del «todo vale» y todo es igual de importante.

El potencial de la sociología es la de no sólo poner en evidencia las distintas visiones sobre una misma realidad, sino además asumir una posición crítica a partir de un ejercicio reflexivo que permita entender los mecanismos sociales que se ven involucrados en cada fenómeno.

En el caso del tema que opté para esta tesis se ven involucradas distintas posibilidades conceptuales, pero el enfoque que me pareció de mayor pertinencia es el de Pierre Bourdieu, cuya sociología reflexiva posibilita un análisis tanto de orden estructural como desde una perspectiva subjetiva. Es decir, el sujeto no se encuentra ineluctablemente determinado por las estructuras, sino que incide en ellas a través de procesos psicológicos que permiten objetivar lo subjetivo, interiorizando las externalidades que invariablemente intervienen en los fenómenos, pero con una múltiple diversidad de posibilidades.

El tema de la construcción del sujeto y sus transformaciones en cada estadio de desarrollo de la modernidad, en cada contexto histórico del mismo, es un tema que exige de un enfoque que permita entender las estructuras y su interacción con los agentes sociales.

El corpus conceptual que aporta la sociología reflexiva de Bourdieu, nos permite contar con poderosas categorías de análisis del tipo de fenómenos que se abordan en este trabajo, categorías como *habitus*, *campo*, *capital cultural* y *violencia simbólica*.

Esto significa que desde la perspectiva metodológica el tratamiento temático ha sido el correcto.

La perspectiva estructural permitió el manejo de las diversas modernidades y el estudio de sus particularidades en un estudio comparativo de las mismas.

Las características del sujeto conformadas en cada una de estas estructuras se identificaron de manera abstracta y luego de manera histórica en cada momento de análisis.

Hecha la fase abstracta se armaron los diversos contextos y se escudriño en la empírea para contar con los referentes de cada perfil definido.

En este proceso también reconozco las influencias de las microsociologías, particularmente de las de línea fenomenológica como la de Alfred Schütz y Herbert Blumer, así como la etnometodología de Garfinkel y el enfoque dramático de Goffman.

Muy importantes para este trabajo resultaron los libros de Giovanni Reale, “La sabiduría antigua” y el de David Harvey, “La condición de la posmodernidad”, pues gracias a sus reflexiones pude cuadrar las vagas ideas que tenía sobre el tema.

La conclusión más importante para mí es que en este tema no hay conclusiones, ya que se estudió un fenómeno muy dinámico y altamente complejo, de manera que cualquier conclusión resulta provisional, además de contingente ya que de acuerdo al enfoque que se asuma se pueden obtener conclusiones encontradas, pero igualmente arbitrarias.

Espero que este trabajo despierte el interés de mis colegas de estudio para que no renieguen de sus temas por muy locos que parezcan.

Doy gracias a todos mis profesores y particularmente a mi asesor.

JMVM

Febrero de 2014

REFERENCIAS

Introducción.

Touraine, A. (1978). *Introducción a la sociología*. España: Ed. Ariel.

Enguita, M.F. (1998). *La perspectiva sociológica, una aproximación a los fundamentos del análisis social*. Madrid: Tecnos.

Capítulo 1.

Hoyos, C.A. (1992). *Epistemología y objeto pedagógico, ¿Es la pedagogía una ciencia?* México: UNAM.

Touraine, A. (2003). *¿Podremos vivir juntos?* México: FCE.

_____ (2006). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.

Giner, S. (2008). *Historia del pensamiento social*. Barcelona: Ariel.

Allegue, P. (s/f). *Sobre el concepto de ciudadanía: ¿una senda ilustrada?* consultada el 30 abril de 2012 en URL: dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=174859

Castany, B. y Pérez, P. (2010). Refundar la ilustración: el espíritu de la ilustración de Tzvetan Todorov. En *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*. Número 19, julio de 2010. Consultada el 23 de mayo de 2012 en URL: <http://www.um.es/tonosdigital/znum19/secciones/estudios-7-ilustracion.htm>

Beck, U. (2008). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Huberman, L. (1979). *Los bienes terrenales del hombre*. México: Nuestro Tiempo.

Weber, Max. (1983). *Historia económica general*. México: FCE.

Albercorro, R. (s/f). *¿Homo economicus o idiota moral?* En *Filosofía i Pensament*. Consultada el 25 de mayo en URL: <http://www.alcoberro.info/V1/liberalisme5.htm>

Boltanski y Chiapello. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.

Berman, M. (2008). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo XXI.

Castells, M. (2001). *La sociedad Red*. Vol. I. México: Siglo XXI.

Guevara, E. (1965). *El socialismo y el hombre en Cuba*. México: Siglo XXI.

Capítulo 2.

Wallerstein, I. (2006). *Análisis de sistemas-mundo*. México: Siglo XXI.

Coriat, B. (2005). *El taller y el cronómetro: Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. México: Siglo XXI.

Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.

Reale, G. (1996). *La sabiduría antigua: Terapia para los males del hombre contemporáneo*. Madrid: Herder.

Marcuse, H. (1985). *“El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. México: FCE.

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrourtu.

Coriat, B. (2004). *El taller y el robot: Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*. México: Siglo XXI.

Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado: Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. España: Taurus.

Bauman, Z. (2003). *La globalización: Consecuencias humanas*. México: FCE.

Beck, U. (2008). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Capítulo 3.

Touraine, A. (2003). *¿Podremos vivir juntos?* México: FCE.

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrourtu.

Beck, U. (2008). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Torres, S.J. (1998). *El curriculum oculto*. Madrid: Morata.

Flachsland, C. (2003). *Pierre Bourdieu y el Capital Simbólico*, Madrid: Campo de ideas.

Reale, G. (1996). *La sabiduría antigua: Terapia para los males del hombre contemporáneo*. Madrid: Herder.

Sibilia, P. (2006). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. México: FCE.

Bauman, Z. (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.

Rivera, G. (2009). *La pertinencia sociológica del estudio de la naturaleza*. Tesis. México: BUAP.

Capítulo 4.

Lizarazo, D. (2007). *Paradojas de la sociedad cibernética*. México: UAMX.

Bell, D. (1976). *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Madrid: Alianza Universidad.

Arriarán, S. (2005). *La modernidad en América Latina*. Consultado el 12 de febrero de 2013 en URL: biblioteca-arriaran.blogspot.com/.../.htm

Casilda, R. (2004). América Latina y el Consenso de Washington, en *Boletín económico de ICE* N° 2803, del 26 de abril al 2 de mayo de 2004.

Informe de OXFAM 174. (2013). *La trampa de la austeridad. El verdadero coste de la desigualdad en Europa*. Consultado el 15 de enero de 2014, en URL: www.oxfam.org

Salcido, R. (2010). 200 años de modernidad postergada: un enfoque sociológico sobre las revoluciones mexicanas. En *DIKÉ Revista del Centro de Investigaciones Jurídico Políticas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. N° 7, enero – junio 2010. México: BUAP.

Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Ed. Anagrama.

* * * * *

